GABRIEL MIRO

GLOSAS DE SIGÜENZA

COLECCION AUSTRAL

ESPASA-CALPE, S. A.

UNA CREACION

DE

ESPASA-CALPE, S. A.

La **COLECCION AUSTRAL** publica:

Los libros de que se habla; los libros de éxito permanente; los libros que usted deseaba leer; los libros que aun no había usted leído porque eran caros o circulaban en malas ediciones y sin ninguna garantía; los libros de cuyo conocimiento ninguna persona culta puede prescindir; los libros que marcan una fecha capital en la historia de la literatura y del pensamiento; los libros que son actuales ayer, hoy y siempre. La COLECCION AUSTRAL ofrece ediciones íntegras autorizadas, bellamente presentadas, muy económicas. La COLECCION AUSTRAL publica libros para todos los lectores y un libro para el gusto de cada lector.

GABRIEL MIRO

Gabriel Miró, el gran estilista español, nació en Alicante el 28 de julio de 1879 y murió en 1930. Espíritu selecto, vivió mucho su intimidad, enfrentándose con su sensibilidad de artista, y creando una prosa que ocupa un lugar impar dentro de la moderna literatura española. De niño había pasado largas temporadas en la enfermería de un colegio de jesuítas; más tarde estudió leyes, pero atraído por la música y por la pintura pronto se encaminó hacia la literatura, escribiendo con lentitud bellos libros de extraños e inolvidables títulos. Autor cuya personalidad suscita cada vez mayor interés entre los públicos de nuestra habla, la COLECCION AUSTRAL incorpora hoy a su catálogo **GLOSAS DE SIGÜENZA**, obra en la que se recogen diversos trabajos que Miró escribió entre los años 1912 y 1930, y que, como emocionadamente dice Constancia Miró, la notable poetisa, hija del escritor y autora de la introducción que acompaña a este volumen, puede considerarse casi inédito. «Creo —dice la prologuista— que en este Glosario el lector reciente de la obra de mi padre hallará, en las más lejanas, como un feliz descubrimiento o revelación, que le invitará a seguir irresistiblemente el peregrinaje de Sigüenza, y para el antiguo será una nostálgica colaboración espiritual con el autor y su mismo pasado. Desde «La crueldad de Sigüenza», «El parricida» «Del dolor», y las magníficas impresiones sobre Xenius, «Un libro de Azorín», «De una conferencia del doctor Ingenieros», el psiquiatra argentino, «De una blanda gentileza» hasta «Una fotografía de Don Miguel», en la que Miró evoca una visita que hicieron juntos al monasterio de Poblet —visita que, a la vez, fué rememorada por el gran Unamuno en uno de sus escritos—, todo este glosario mironiano, que hoy enriquece nuestra Colección, es una fiesta del estilo y el espíritu de un hombre que permaneció como absorto ante el arte, con la mirada del que mira más allá y, por sobre la realidad circundante, tiene la certeza del camino a seguir.

•

ESPASA-CALPE, S. A.
Ríos Rosas 26 - Madrid

GABRIEL MIRÓ / GLOSAS DE SIGÜENZA

COLECCIÓN AUSTRAL

GABRIEL MIRÓ

GLOSAS DE SIGÜENZA

ESPASA-CALPE, S. A.

Primera edición especialmente autorizada por los herederos del autor para la

COLECCIÓN AUSTRAL

Queda hecho el depósito dispuesto por la ley Nº 11723.

Todas las características gráficas de esta colección han sido registradas en la oficina de Patentes y Marcas de la Nación.

Copyright by Cía. Editora Espasa-Calpe Argentina, S. A.
Buenos Aires, 1952

IMPRESO EN LA ARGENTINA
PRINTED IN ARGENTINE

Acabado de imprimir el 31 de julio de 1952

Cía. Gral. Fabril Financiera S. A. - Iriarte 2035 - Buenos Aires

ÍNDICE

	Pág.
Introducción	9
El parabién de un viejecito	13
Cordialismo	17
Glosas de Sigüenza	20
Niños	25
De España y de América	28
Nosotros	32
Del dolor	35
Últimas glosas del naufragio	39
El parricida	43
La prisa y el arte	46
De la crueldad de Sigüenza	49
Balances	55
Pentecostés	59
La paz de la catedral	62
Verano	66
Barcelona necesita un río	69
Dante	72
Lujo y nobleza	84
¡Mañana es Corpus!	89
Cuaresma	94
El turismo y la perdiz	107
Nombres y recuerdos	114
De una conferencia del doctor Ingenieros	135
El dedo de Dios	139
Rafael Romero	142
Una fotografía de Don Miguel	146

INTRODUCCIÓN

Se reúnen ahora en volumen por vez primera unos trabajos de Gabriel Miró escritos desde 1912 a 1930. Se trata de una selección rigurosa de la bibliografía que hemos ido copiando en archivos de Alicante, Barcelona y Madrid, y del material que se guardaba entre los papeles del autor.

Si he llevado a cabo esta recopilación ha sido pensando en que muchos cuentos y crónicas de mi padre, publicados en la prensa de España y América, fueron más tarde recogidos por él mismo en volumen, y es muy probable que igual hubiera hecho con estas páginas, especialmente con esos artículos que aparecieron en «El Sol» de Madrid en abril de 1930 y que ahora adquieren tan conmovedor interés, pues fueron los últimos que publicó un mes antes de su muerte.

Estos trabajos ofrecen una pureza casi de original, ya que, como he dicho, jamás se imprimieron en libro, si se exceptúa —y aquí se trataba de unas cuartillas inéditas— el prefacio «Rafael Romero-*Alonso Quesada*» escrito en 1926 para las Obras Completas del malogrado poeta isleño que iba a publicar la Editorial Atenea de Madrid. El proyecto quedó truncado y sólo en 1944 el «Gabinete Literario» de Las Palmas de Gran Canaria, al editar su obra póstuma «Los caminos dispersos» incluyó esas páginas de mi padre, de una hermosura elegíaca tan profunda.

Algunos de los artículos que aquí se insertan

tenían como epígrafes: «Pláticas», «Comentando», «Del huerto provinciano»... Si los suprimo, es pensando que entonces eran necesarios y circunstanciales para aquella colaboración periodística, y es preferible que en el libro solamente quede su título desnudo. Además, varios ya estaban tachados por el autor al corregir éste el texto en los recortes de prensa.

Creo que en estas GLOSAS el lector reciente de la obra de mi padre hallará, en las más lejanas, como un feliz descubrimiento o revelación que le invitará a seguir irresistiblemente el peregrinaje de Sigüenza; y para el antiguo será una nostálgica colaboración espiritual con el autor y su mismo pasado. Un libro como éste es como un parque de nuevo recorrido que, de pronto, nos brinda las más insospechadas glorietas o caminos, las más escondidas fuentes en reposo o con el frágil cántico del agua que antes quedaron inadvertidas por un paso más apresurado. Es la transfiguración de aquello que vimos y aspiramos un día, transido ahora por las tonalidades de otros otoños y de otros estíos. «...porque tú, lector, revivirás en Miró, leyéndole, oyéndole, a la vez que Miró revivirá en ti», escribió Unamuno al prologar, en la Edición Conmemorativa, «Las cerezas del cementerio», y hablando de la visita que hizo a Poblet con Gabriel Miró. En esta selección vemos la impresión que aquella jornada le produjo a mi padre. Los dos escritores han eternizado estéticamente aquel día en el Monasterio, entonces desolado; ambos se llevaron en el alma el mutuo y entrañable recuerdo que más tarde describirían magistralmente.

En *El parabién de un viejecito,* escrito a raíz de haber sido otorgado a Gabriel Miró el premio de «El Cuento Semanal» por su novela corta «Nóma-

da», se inician las inefables desilusiones de Sigüenza, las suyas y las de tantos de sus personajes, que en el transcurso de los años se irán sucediendo en su obra. (Hoy decepcionará —y quedará él asimismo desencantado— al humilde maestro de escuela; más adelante, en *El favor de Su Majestad* («Los amigos, los amantes y la muerte»), en un episodio de exquisito humorismo, será una respetable dama quien, dolida y severa, le hará descender de su fantasía. En cambio, en *Don Marcelino y mi Profeta* («El humo dormido»), Gabriel Miró es quien intenta engañar piadosamente al viejo criado.)

También en *La crueldad de Sigüenza* tenemos una de sus primeras observaciones del mundo de los insectos que empiezan en «Del vivir» y culminan en «Años y leguas». Como «Azorín», se detiene, vigilante y meditativo, ante la vida de esos seres diminutos. En esta crónica hay toda una lección de filosofía, un resumen del desdoblamiento psicológico de la compasión.

Según Melchor Fernández Almagro, en una de sus certeras críticas, dice que a Sigüenza le falta acción porque quizá le sobra pasión. «Pasión que no desborda jamás, por lo que se aprieta y adensa, hasta cuajar en el alma fundiéndose y confundiéndose, bajo un gesto de melancólica serenidad.»

Los primeros trabajos de mi padre entrañan una hondísima riqueza emotiva y la evidencia, a veces ya total posesión, de un estilo definitivo. La misma tensión dramática aparece en la descripción del parricida que en el fatalismo estremecedor evocado ante *La Creación,* de Miguel Ángel. Porque algo inaudito, temeroso, la tiniebla y la claridad, acompañan el paso vacilante del Hombre. Volvemos a la tierra, volvemos a ser no *lo que fuimos,* sino *lo que fué* antes de nuestra vida. La eternidad quedará en un concepto de naturaleza,

de elemento, en suma. Hemos alentado en una faz planetaria un fugitivo instante, y empujados por la prisa nos desvanecemos quedando inconclusa la realidad en nuestro programa de sueños. Gabriel Miró, como el Dante, contempla a las desesperadas criaturas, traspasado de ternura y respeto. Sabe que le aguarda también el círculo incesante de las aguas, y al oír el latido de su pecho, presiente su silencio. Por esto, su apasionado deseo de vida y su renunciamiento a un tiempo en las líneas finales de «Años y leguas». Y por esto, su ironía cristalina queriendo aligerar la pesadumbre de la soledad en nuestro destino.

La obra de Gabriel Miró no se incorpora hoy por primera vez a la Colección Austral, puesto que en 1937 se publicó en ella «Figuras de la Pasión», y en 1943, en «Antología Siglo xx. Prosistas españoles», de María de Maeztu, tres narraciones de *El águila* y *el pastor, Las campanas* y *El ángel.* En esa Antología hay un magnífico estudio de Margarita de Mayo sobre la creación mironiana. En él afirma que la mejor novela de Gabriel Miró es «El abuelo del rey». Reinado hipotético en una de las islas más remotas de la Tierra del Fuego.

Me gusta pensar que desde la Argentina nos lleguen ahora las palabras de mi padre; con su misma fragancia, y renacidas bajo la luz de otro firmamento; esas estrellas que guiaron los pasos de su héroe Agustín.

Clemencia Miró

Madrid, 1950.

EL PARABIÉN DE UN VIEJECITO

Cuando en Madrid habla el escritor de la provincia, luego imagina rincones umbrosos, salas con sillerías enfundadas y cuadros de santos, como en aposento de prelada, donde la esposa reza o hace labor mientras el padre, cristiano viejo, de austeridad de hidalgo del Greco, pasa el rosario o maquina en su escritorio; y las hijas, delgaditas, se mustian de hastío y quimeras detrás de las ventanas, emblanqueciendo como las palmas que se atan y guardan del sol para el Domingo de Ramos.

Y no es posible la misma traza para todas las ciudades españolas; ni es la tibia y romántica tristeza del crepúsculo ni ese ambiente de ranciedad lo que aquí aspiramos. En los pueblos levantinos hay sosiego y recogimiento, mas también inquietudes y alborozos.

No es siempre amor lo que dobla la frente de las pálidas doncellas. Tal vez la madre abre el cajón de la cómoda y se angustia y habla a solas y mira suplicante el fanal que guarda la imagen de los modernos penates. El mes tan sólo media; la señora cuenta con los dedos los días que faltan para el cobro. No alcanza, ¡Señor!, no alcanza lo que queda en el mueble. Y busca a las hijas, que rejuvenecen ansiosamente un sombrero usado, inspirándose en el de la amiga dichosa que pudo comprarlo nuevo, busca a las hijas, y por mitigarse les desmenuza sus agobios, muy paso y jesuseando. ¡Oh, si lo supieran los hermanos y el padre, que tienen el hogar como yacija —según frase de Unamuno— y vierten sus alegrías en el Casino y en la familia violencias!

La vida moderna ha cegado muchas fuentes de

tristezas y melancolías exquisitas, dulces como el loto de Homero.

Yo no digo que la paz provinciana sea una bella fábula como la de los álamos del Eridano que lloraban lágrimas de ámbar; pero sí que la quietud se ha de buscar hasta en la misma provincia. De sus paisajes, de sus lugarejos y almas, escribiré mis cuartillas.

Hoy me sirve el asunto la visita de un viejecito que ha venido a darme su parabién.

Este amigo mío, en su mocedad, fué soldado carabinero. Trajéronlo a estas playas alicantinas. Salió la primera noche a custodiar la costa haciendo pareja con otro soldado antiguo y descendiente de la picardía militar. Cuando estuvieron en la soledad grande y rugidora de las olas, el carabinero antiguo díjole al novicio que, puesto que la noche era larga, podían repartirse la vigilia y el reposo, y así él se echaría sobre el arenal, abrigaríase con la manta para dormir hasta que aquel lucero —e indicó un astro de lumbre amarillenta y gozosa que rasaba la negrura del mar— se alzara a las «Cabrillas». Después él velaría para que el nuevo descansase. Y así lo hicieron.

Rendía el sueño al despierto y miraba afanosamente al lucero, que parpadeaba como una pupila irónica y no se movía.

De tiempo en tiempo, tímido y respetuoso, meneaba al dormido.

—Es que viene la ronda — y luego murmuraba: —Aún no se mueve la estrella.

—Si es temprano — decía el otro bostezando —; o ¿piensas que ha de correr como un muchacho cuando escapa de la escuela?

...Y amaneció y el lucero seguía brillando fijamente. De pronto se apagó. Y en la bendita calma del crepúsculo rodó una carcajada.

—Qué, ¿y el lucero, amigo?

—El lucero, el lucero no se ha movido en toda la noche...

—Pero ¡si es un faro!

...El viejecito me lo contaba riendo sonoramente de su simpleza:

—Y bien, ¡qué hemos de hacerle! Embaucadores y engañados pueblan la tierra. Yo estoy convencido que nací predestinado a ser de los últimos. Y todos los días me río de mí mismo.

Este viejecito abrió escuela de párvulos. Recientemente se le pasó una hoja impresa para que en ella anotase el número de alumnos, disciplina pedagógica y condiciones del local.

Una de estas casillas era para la anotación de la «Luz cenital».

—¿Comprendes —me dijo amargamente— que en un barrio y con siete discípulos se puede tener esa luz?

—¿Y qué ha escrito usted en la hoja?

—¿Yo? La verdad monda: que no tengo aparatos.

Y éste es el viejecito que me ha visitado para felicitarme.

Sus brazos se han levantado para golpear amorosamente mis hombros. Sus ojitos gastados eran dos cuentas de vidrio turbio por humedad de senectud y gozo; sus mejillas son blandas, limpia la calvez, miserables las ropas; el reloj oxidado y tan enorme como el de una torre visto desde la calle, y la corbata un retazo de algún rojo y negro tapete de mesa-camilla.

Me contemplaba desde mi frente a mis pies, y su contento le apagaba el habla.

Entraba por mis rejas la honradez y alegría silenciosa de la mañana campesina.

Yo también estaba contento, hasta de mí mismo, sin altanería. ¡El viejecito y yo solos!

Y cuando pudo hablar, sollozó una risa.

—Lo he leído todo, todo... ¡Hijito, qué hermosura! Los periódicos de Madrid no llegan a mis manos; no puedo mercarlos; pero recibo gratis uno de Alicante que ha copiado lo que decían de ti. ¡madre mía! Te quiero como a un discípulo ya hombre...

Y tornaba a abrazarme.

La felicitación del viejecito me envolvía como un santo incienso o fragancia de sierra verde.

—Pero donde tú eres todo tú y hasta has puesto lo más noble y fuerte de tu pluma es en el discurso que pronunciaste en la comida contra los caciques de los pueblos de la Marina. Lo del paisaje está bien, pero aquello es lo de brío y bruma...

—¿Contra caciques, yo? ¡Discurso de caciques!

—...Hermoso, valiente —añadía, inflamándose, el viejecito—. Lo he leído a cuantos conozco; a los padres de los chicos de mi escuela; al vigilante...

Y declamó párrafos de prosa fiera y amarga, de brillo periodístico.

—¡Maestro, no; eso no es mío!

—¡A mí qué has de decirme! ¡Por Dios, no siempre he de engañarme!

—Pues también ahora se engaña, buen maestro. Yo no sé hacer discursos. Eso tan hermoso no es mío. Lo juro.

—¿Lo juras? Pero..., ¡si estaba en la misma plana del periódico que hablaba de ti!

—¿Y qué importa el sitio? No es mío, de veras lo digo.

—¡No es tuyo! ¡Qué tú no lo has escrito!

Y el viejecito gimió, y sus pobres brazos se apartaron de mis hombros.

El parabién del viejecito, un parabién efusivo y bondadoso de abuelo, que había enternecido dichosamente mi alma, el parabién no era... para mí...

1908.

CORDIALISMO

Del encumbramiento obrero por el cerebralismo o intelectualidad se escribe copiosamente y sabréis más que yo. Las doctrinas redentoras se multiplican y tratan de vosotros en plural, en masa. Confieso que encender el entendimiento con lumbres de ideas tranquiliza el ánimo del adversario, viendo vuestro avance fundado en una aspiración pasada y apurada por la noble alquitara del estudio. Y yo admiro y respeto grandemente al obrero intelectual; pero temo que las palabras de vuestros profetas y los esfuerzos y cuidados de vosotros se dirijan con preferencia al cerebro abandonando el corazón. Bien conozco que el descuido moral de esta entraña lo padecemos todos; mas, siendo estas líneas escritas para vosotros, del corazón obrero diré que si los altos me invitasen, también les hablaría de la sequedad del suyo. «No basta poseer una verdad; es necesario que la verdad nos posea», ha escrito Maeterlinck.

Todo ideal ha de nacer en entrañas de pureza y amor, y a su abrigo y dulzura se enternece la semilla que revienta en raíces y prorrumpe el árbol y fructifica abundoso recibiendo la miel de la sazón del sol del cerebro.

No es sana, ni consoladora, ni justa doctrina fundida en frío, en la turquesa del cerebro, y que no chupe la dulce y fuerte savia que sube de la hondura del corazón.

Hemos de creer y doctrinar cordial y cerebral-

mente y de esta manera poseeremos la verdad en su entereza porque antes *Ella* nos había poseído y envuelto amorosamente.

No tengamos verdades pegadizas. Yo temo que muchas bellas filosofías sean de esta condición suelta y helada. Doctrina madre fué la cristiana y Jesús habló, ante todo, al corazón de los hombres de buena voluntad.

Y de aquí se infiere el amor.

No es preciso odiar para destruir al adversario, porque no se trata de destruir sino de coexistir. Y el problema de la lucha de clases es un trenzado de egoísmos e injusticias y también de algo semejante a lo que viera Pío Baroja en el problema catalán: de odios; odios ciegos, heredados, *fisiológicos,* que podríamos casi manifestar con palabras de La Bruyère: «Aborrecemos fieramente a los que hemos ofendido mucho.» Y el aborrecimiento se ha hecho recíproco.

Pero es menester iniciar, preparar el sagrario del corazón para recibir el santísimo crisma del amor.

Por eso hablo al obrero en singular, en unidad y no congregado en masa como hacen los intelectuales.

¿Qué importa que un obrero sepa nombres y palabras de señores filósofos y le sirvan para ataviar las suyas en reuniones y juntas, si luego en su hogar tiene asperezas y hasta crueldades?

¿Qué perfectibilidad supone que un obrero se inflame apostólicamente defendiendo la redención de la gran familia obrera si no redimió antes la suya de la auto-tiranía?

¿Puede tener por suyo y verdadero ese ardimiento que emociona y presta arrogancias a su voz o a su pluma defensoras de la causa altruísta, siendo egoísta e inefusivo en la intimidad?

Triunfe el corazón alumbrado por el entendimiento.

Pero la vida externa ha de proceder y derivarse de la vida íntima. Y así, prepárese, iníciese, el corazón a ser amoroso sin menoscabo de la energía en el hogar. Ame a los suyos.

Familias hay en que el esposo parece hundido en la bárbara creencia de los pueblos remotos de que el mal estaba encarnado en la mujer, teniéndola como algo impuro y bajo, de donde nacía el menospreciarla. Aparte el padre la hosquedad y dureza en el trato con sus hijos, de modo que no vean éstos en él la mano pesada que castiga y la voz tremenda que injuria y maltrata, sino brazo que halague y defienda y voz amiga que corrija y aliente. Recréese en el heredero de sus ideales y plásmelos en su alma nueva, abriéndola a la grande y serena visión de la vida, con sus dolores y contentos y anhelos y amistades, y avezándola, también, al culto y respeto de lo bello, de lo sencillo y de lo divino.

Y vendrá una raza noble y pujante, poseída de gracia, y de verdad, de corazón y cerebro cultivados, hidalgos y amorosos, cuya fuerza no será aborrecida y recelosa sino admitida y admirada.

No olvidemos que el clamar contra las injusticias sociales sea sin farsa y por tanto, habiendo remediado las nuestras.

Sonría dulcemente el hogar y su beatitud nos inspire la vida externa.

...Y aunque los altos, los grandes, no me invitaron, si estas humildades que os digo las supieren, quieran aplicárselas en lo debido.

Y ahora recibid mi saludo.

GLOSAS DE SIGÜENZA

«Una gran capacidad no se rinde a la vulgar alternación de los humores ni aun de los afectos; siempre se mantiene superior a tan material destemplanza». Recordadas estas rígidas palabras, Sigüenza amohinóse con el sabio jesuíta. ¡Sigüenza no era gran capacidad! Sólo diré que el mal olor le penetra en las entrañas, le entorpece, le angustia hasta sentirse desdichado; y fragancia de flores, de sembrados verdes o maduros, de mujer limpia y hermosa, le mitiga de toda pesadumbre, le hace venturoso y animado para la más alta empresa. De modo que una letrina rota o un costal de heno bastan a alterarle grandemente todos los humores. Bueno; pero ¿no le sucedería lo mismo hasta al padre Gracián? ¿Son, acaso, los hombres fraguados en condición o temple único y definido, o todos son distintos en sí y capaces del bien y del mal, incluyendo en éste el de la tontería, que es mal pegadizo? Y Sigüenza pasó a sutilezas y sofisterías para justificarse. Y era que la noche pasada le mustiaron humildes preocupaciones, y amaneció con una inmensa *aleluya* en su alma.

Hallábase sentado en un ancho sillón de bejuco, bajo la terraza del Casino. Delante estaba el mar azul y resplandeciente, desierto y silencioso. La mañana era limpia, clara, muy grande. Y esa luz y transparencia, y ese sosiego del día, redundaban contento y animación en Sigüenza. ¡Oh, y cuánto dependía él de todo! ¡No era gran capacidad, sino planta, árbol, cuyas raíces se torcían por la tierra, en angosturas y cumbres, por el mar, por las gentes, y tomaban dulce mantenimiento o amargor de

un alma de mujer o de la mirada de un alcabalero.

Quiso aquietarse y librarse de tan menudo examen. Valíale más abandonarse a su condición. Y pues, entonces, lo inmenso y luminoso de la mañana de domingo le llenaba de dicha, no había de anticiparse el disgusto que pudiera acometerlo por la tarde del santísimo día. Lo primero que le distrajo fué el conversar de dos señores, conocidos por su mucha riqueza y sobriedad. Hablaban de la guerra; decían mal de toda lucha y fuerza, que trae derramamiento de sangre. —¿No estábamos bien así? —exclamó el más gordo, cruzando sus piernas y tragando la respiración salina y tonificadora de la mañana.

«¡Sí que estaban bien!», pensó Sigüenza, admirando sus mansos y generosos intentos, y escuchó que dijeron:

—Bien que a todos esos moros que tenemos en Madrid, astutos, pesados y gorrones, yo... vamos, la verdad; yo los fusilaba.

—Sencillamente, repuso el otro.

Y esto convenido, desdoblaron sus periódicos y leyeron con mucha complacencia.

... Poblado, ruidoso, estaba ya todo el Casino. Abundaban los forasteros, barbihechos y mudados, fumando puros y pasmados de la opulencia de la casa. Porque la ciudad donde vive Sigüenza es clarísima, como de nieve y ámbar traspasados de sol, y no tiene palacios, ni muros, ni templos, ni museos que gocen celebridad; pero el Casino es muy hermoso, con salones señoriales y cuartos de baños a la inglesa y camareros afeitados. Lo del rasuramiento de estos hombres es de moderna disciplina. Sigüenza, admitiendo lo mucho que ganaban en autoridad los señores socios —de ellos ¡tan modestos!— con que los mozos tuvieran tan

limpia y servicial catadura, recibió honda herida en sus memorias cuando vió la siega de esas mejillas; muchos de ellos son aún los buenos hombres que conocieron a Sigüenza muchacho, llevado de la mano de su padre; y mientras traían blancos delantales y crecían libres sus bigotes foscos, marciales, lacios, curialescos, fueron estos hombres los amigos de antaño que despertaban en Sigüenza sabrosos recuerdos. Después, ya no: la rozagante casaca, la blanca corbata, el labio desnudo, los desemejaba y apartaba de su memoria.

Pero todo esto asombraba a las gentes extrañas, y hacía que mirasen muy despacio al presidente de la casa, que sabe más que un gerifalte, y les devolvía la mirada como diciendo lo que Augusto de Roma: «Ved; lo recibí de ladrillo y lo dejaré de mármol». Y los señores socios se sentaban y hablaban a los mozos de manera que descubriesen que ellos eran de la casa también, como si dijeran: «Somos ciudadanos romanos».

...¿Por qué tan grande rebullicio? Y supo Sigüenza que por la tarde había lidia de toros. Algunos amigos pretendieron que fuese con ellos a la fiesta. Él nunca iba a las corridas; no por enemigo y creer que envilezcan o rebajen, sino porque no lo entiende y se aburre. Lo dijo, y todavía le instaron. Pensó que podía recibir una impresión casi desconocida, ¡y esto le atrajo!, y fué. ¡Oh, padre Gracián! A su lado sentáronse dos negros jóvenes, macizos, que se reían ferozmente. Habló con ellos, y supo que viajaban en un barco grande, rojo, sin pasajeros, silencioso. Conocían lejanos países de India, de África, de Europa. Conmovido el pobre Sigüenza, envidió a los negros.

Cuando miró al circo, un caballo, largo, descarnado, como traído de un muladar, casi devorado de cuervos, lisiado de un brazuelo, saltaba pisándose

las entrañas; sus quijadas se torcían en una mueca humana de padecimiento. El toro estaba inmóvil contemplándolo; toda su carne enorme y negra palpitaba; tenía un costado encendido por una llama de sangre y sol; sangre estremecida, renovada, viva.

Muy altos, por el redondo cielo de la plaza, pasó un bando de gorriones rubíos de esplendores de la tarde.

Para descansar, asomóse Sigüenza a las ventanas. Vió las calladas afueras de la ciudad, y luego el paisaje verde, fresco, inocente y dichoso; lo limitaban montañas azules, cuyas cumbres estaban llenas de claridad, y allí se adivinaba un vientecillo suave como un bálsamo que aroma la frente y limpia el alma. Pues, mirando los huertos cercanos, con sus casales que parecían ermitas, también él recibía impresión de ternura.

¡Allí toda la tierra estaba en recogimiento, en santísimos instantes de oración! ¡Cuán distinta la serena visión campesina de la de esa fiesta de ardimientos crueles, de sangre, de sensualidad y locura!

Todo esto pensaba, cuando de una «ermita» salió un disparo. Después, en otros huertos, tan recogidos y humildes, sonaron más tiros y voces y ladridos, que se fueron deshaciendo en la buena tarde de los campos.

Dos hombres que también miraban por la misma ventana de Sigüenza se rieron, y el uno dijo:
—No hay gentes tan diestras y aficionadas a matar gorriones como las de este pueblo y sus contornos.
—Y de todos los contornos —le respondió el otro; —yo creo que el hombre es enemigo del pájaro.

...Y la tarde siguió tan inocente y pálida. Sigüenza volvió a su asiento. ¡Señor, la crueldad estaba en todo lo que pisaba el hombre, o quizás en todas partes, aunque él no estuviese!

Salió Sigüenza de la plaza. Iba sudado, rendido y temeroso de preguntarse si después de habérsele alterado todos «los humores y afectos» se había aburrido viviendo sin sentirlo y sabiéndolo.

Y otra vez revolvióse contra el jesuíta aragonés. ¡El padre Gracián no tenía razón! «No alterarse, no destemplarse espiritualmente, Señor, ¡qué pobre vida! Lo humano, lo grande, lo que ansiaba y necesitaba y merecía el alma, era una emoción que la trastornase, que la enterneciese; ¡y en ese instante de la ternura se crea, se es superior a sí mismo!»

...En el crepúsculo llegó Sigüenza a su cuarto. Conmovido leyó el vuelo de un hombre desde Francia a Inglaterra sobre las aguas. Y ese hombre fué un arcángel, un artista supremo, que dió a su aeroplano la gentil hechura de avecita, de libélula. ¡Hender el cielo sobre el pálido y violento Canal de la Mancha y bajo las graciosas alas de una libélula! ¡El mismo Gracián habría temblado de santísima envidia!

Y un telegrama de Ricardo Blasco decía que el «arcángel» no sintió más emoción en su vuelo que la de ver los submarinos entre las aguas, como si fueran peces.

Y Bonafoux, nuestro Luciano, grande, tierno y «perverso», añadió que el artista supremo fué condecorado por su mujer, que le prendió una roja cinta, entre aplausos y lágrimas de amigos, porque el hombre-pájaro había ganado la apuesta.

—¡Válgame! — exhaló Sigüenza —. ¡Voló por apuesta! Para subir como las aves, ¿será preciso dejarnos la humanidad entre los nuestros, porque si no quien vuela es el invento?

¡Oh, padre Gracián! ¿Y es posible que llegues a tener razón?

1910.

NIÑOS

Entre el dictado de fiera que un filósofo le plugo dar al hombre, y el de eterno chiquito, que muchos, más o menos filósofos, aplican también a la pobre criatura humana, vosotros y yo preferimos el postrero, ¿verdad?

Si a nuestros enfurecimientos, crueldades, egoísmos y a todas nuestras flaquezas no les concediéramos, de cuando en cuando, el origen y disculpa de la ceguedad y el ímpetu de los niños, verdaderamente seríamos más fieras de como nos pintaba el malhumorado señor Hobbes.

Por grado y por fuerza somos infantiles.

* * *

Yo vivía, antes, en una casa de las afueras de este pueblo levantino. Era en una calle como de aldea, ancha y sosegada, con sombra y fragancia de pinos. Enfrente empezaba el paisaje de llanura sembrada: campos torrados por este buen sol.

Leía yo una mañana; y, de súbito, la quietud de esos lugares llenóse de vocerío y contienda de muchachos.

Me asomé, y los vi subiéndose a un pino, desgajando las ramas tiernas y cimeras por alcanzar nidos de gorriones.

Les grité. Temblaba mi voz de misericordia por los pájaros recién nacidos y por el árbol; y temblaba mi voz también de iracundia porque me quitaban el silencio campesino, tan propicio para la

lectura. Bien; pero, yo creí que más les apostrofaba de generoso que movido de egoísmo.

Dejemos esto, porque no me conviene auscultarme rigurosamente.

Los chicos se quedaron mirándome, mirándome. Y dentro de mi ánimo —no osaré ocultarlo— se encendió una gozosa lumbre; y alguien, una vocecita —no sé cúya era, ¡quién sabe si mía!— me piropeaba muy lindamente porque en la mirada sumisa de los pequeñuelos, en su actitud de arrepentidos, en su silencio, en todo, se notaba la nueva eficacia de mi ardimiento y predicaciones. Sí, gorriones, árbol y niños se habían salvado del mal y de la crueldad ciega de las criaturas.

Y vi que los chicos se fueron apartando y... se subieron a otro pino más lejano donde no llegaba mi voz ni... casi mi indignación y misericordia.

No desacredita este cuento mi elogio y mi deseo de infancia. Infanticos debiéramos ser, pero sabiendo que lo somos y con una buena crianza espiritual para así mejor sentir nuestras ternuras y alegrías, y pasar pronto y dichosamente del enojo y furia a la mansedumbre y al amor. Niños con el corazón, sin mucha vanidad —que sin ninguna sería demasiado prodigio del cielo—; niños interiormente pulidos, sin rebrotes de las fatales crueldades para no bajar de un árbol y... subirse a otro.

La gracia más sutil, el encanto que más nos embelesa, la desventura que más nos aflige, la felicidad que con más pureza contemplamos sin retorcedura del mal o de la envidia, y los «pecados» y malicias que merecen más fácil indulgencia son la gracia alada, el sencillo donaire, la desgracia, la alegría y las travesuras de los niños.

Los pintores y poetas idílicos y geórgicos pueblan sus paisajes con figuritas de rapaces pastor-

citos que llevan sus hatos de cabras por un sendero, o de niños que traen costalitos de leña verde, o de niños que juegan, que ríen, que lloran y se pelean o caminan por una vereda solitaria de cuento. Y el paisaje habitado de niños conserva toda su inocencia y hasta no pierde la emoción augusta de soledad.

¡Oh, un mundo infantil, cuán amigo sería de nosotros, los artistas, que no sabemos de gravedades, de solemnidad y frías consecuencias!

Mas ¿por qué ese plañido? Quizás la vida conserva aún mucha pureza y hermosura, porque a semejanza de aquellos cuadros, todo es como un magno paisaje por cuyos senderos y eriazos caminamos nosotros, pobres hombres-niños, que jugamos a soldados y sabios, a hermanos y enemigos, a regocijos y pesadumbres... Sólo que no nos vemos, ni lo sabemos y nunca gozamos de la infancia.

1911.

DE ESPAÑA Y DE AMÉRICA

Muchas veces he leído que si perdimos la grande hacienda que teníamos en América, dejamos allí la huella de nuestro espíritu y de nuestra sangre dejando nuestro idioma.

Es verdad que allí quedó el habla castellana, acaso porque no se la pudieron traer en sus cofres y faltriqueras algunos dignísimos varones, que, además, tampoco la necesitaban.

En todas las relaciones que de nuestra «colonización» en Indias tenemos, se habla principalmente del hallazgo y remesa de tesoros. Todas las cartas que don Fernando Cortés escribía desde Méjico traen algún párrafo parecido al que copio: «estos señores dieron muy cumplidamente lo que se les pidió, así en joyas como en tejuelos y hojas de oro y plata y otras cosas de las que ellos tenían, que fundido todo lo que era para fundir, cupo a vuestra majestad del quinto treinta y dos mil y cuatrocientos y tantos pesos de oro, sin todas las joyas de oro y plata y plumajes de piedras y otras muchas cosas de valor que para vuestra sacra majestad yo asigné y aparté, que podrían valer cien mil ducados y más».

Y esto es una pobreza para lo que después habían de vendimiar en sus cuévanos nuestros oidores, caudillos y otros dignatarios y mercaderes.

Pero no sólo por codiciosos y desacertados —y es bastante— sucedió la mala ventura de perder aquellas tierras. Más tarde o más temprano toda

colonia desata bonitamente, ella misma, el cordón umbilical que la une a la madre-nación y por el que debe sustentarse. Antes y mejor habían de cortar su cordoncito nuestras criaturas coloniales, ya que, lejos de nutrirse de nosotros, parecía que era la metrópoli quien, por culpa de algunos, se estaba manteniendo de las hijas, no como madre sino como «tía fingida», o padre vano, borbachón y trashoguero. Esto es injusto, porque esa madre, a pesar de tan mala apariencia por pecados de algunos rapaces de la familia, fué y sigue siendo limpia, honesta y honrada según lo acredita su misma pobreza.

Pero esto, además, es viejo, y candoroso el repetirlo.

Nosotros, ahora, hallamos una dulcísima consolación diciéndonos y creyendo que aquellos pueblos tienen nuestra levadura y plasma espiritual gracias al idioma.

Y de esto sí que debemos hablar, que así hablamos de hogaño.

Amigos recién llegados de los opulentos países americanos, espíritus muy curiosos que leen y todo, me han dicho lo que de revistas y obras se infiere desde nuestro retiro español: que los libros italianos y principalmente los franceses son los que predominan en el mercado literario de América.

Hoy he recibido carta de un editor de Barcelona lamentándose de nuestra ruina libresca en América —no creo que nos quedase otra—. «Allí, de nuestras obras sólo buscan los folletones, chocarrerías, aventuras de forajidos y de lujuria».

Yo conozco autores de América que escriben en castellano averiadísimo y sienten como si luchasen con una confusión de lenguas en su alma. Ese castellano es hijo de muchos padres extranjeros y

traducidos. Bueno; pero contra aquellos pecadores de adulterio del lenguaje, pocos escritores nacidos y criados en España podrían arrojar la primera piedra.

Apuntados los males que nos cuentan el editor catalán y los amigos viajeros, reconozcamos también lo favorable. Amar nuestro idioma es hacer obra de texto en la Universidad de Buenos Aires de «La ruta de don Quijote» de «Azorín». Es amarlo también escribir páginas de oro como las que salen de las plumas de un Rodó, de un Larreta, y notables libros como «Juana de Asbaje», de Amado Nervo. Y finalmente, *todavía* se admira con profundo rendimiento en *nuestras* Indias lo escogido de nuestras letras buscando (aunque no lo crea el editor barcelonés) los libros de Palacio Valdés, Galdós, Valle-Inclán y otros de limpia ejecutoria literaria.

Aquellas acusaciones contra el mal gusto del público y escritores americanos, y estas alabanzas que acabo de hacer, no se contradicen.

Prueban que de todo hay en aquella viña amugronada de la rancia y abundosa cepa-madre española. Y es lástima que nos la vayan esquilmando por nuestras torpezas y malaguarda.

Porque estas hijas literarias, estas colonias espirituales, sí que podrían pardurar unidas a nuestras entrañas y sin riesgo a que su mismo crecimiento o el filo del tiempo pudiera cortar el sagrado vínculo por el que verdaderamente toman el alimento de nuestro lenguaje. Pero en cambio, bastaría nuestro abandono idiomático y nuestra intención codiciosa para que ellas se declarasen gustosamente huérfanas, y el castellano se fuera alejando y esfumando hasta quedar como un recuerdo de un antepasado. El pecado de la rapacidad es el que menos se perdona en el Arte.

Y de nuestros escritores, histriones y editores, hay muchos que, cuando emprenden su viaje a Indias, en vez de limpiar y cuidar y apercibir el viático y las santas arcas de la palabra, preparan los cofres y alforjas que preparaban los virreyes y gobernadores de antaño.

1911.

NOSOTROS

«Nosotros» somos vosotros y yo... Y vosotros sois..., yo no sé cuantos seréis, pero, *sois*, tenéis realidad muy halagadora para mi ánima. Perdonadme esta puericia vanidosa; ¡quién no es vano en este mundo!; y hay instantes en que la ufanía es inocente y buena; sí, porque hasta la flaqueza puede tener un dictado, un impulso y latido de inocencia. Perdonadme, ahora, estos bulbuceos atropellados y confusos... Toda esta efusión y estas palabras desensartadas como un collar roto, se originan de mi vuelta a la salud. Un dolor ferocísimo hinchó monstruosamente mi quijada. Postrado, con las mejillas fajadas y la pluma en el astillero del ocio, yo recordaba que una hija mía, chiquitina, viéndome trabajar una noche me preguntó que a quien escribía tantas cartas. Yo le dije que no eran cartas, sino cuentos. Los ojos de la nena resplandecieron de júbilo.

—Son cuentos —añadí— que el papá envía a señores, y ellos me dan dineros para que nosotros vivamos.

—¡Dineros, por cuentos!

Mi hija quedóse tan pasmada de que me lo pagasen, a mí que les he contado para que se duerman hasta las andanzas de Polifemo y Ulises, que llamó a su hermanita y se lo dijo. Y ésta, que es mayor, quedóse mirándome. La menudita, también. Después, dijo:

—¿Y cuántos dineros te dan?

Yo confesé el precio, pero en duros.

La mayor no tuvo el regocijo y asombro que yo esperaba.

—¿Aún te parecen pocos? —comenzaba a decirle para encarecerle la ganancia.

Pero la pequeña, abriendo elocuentemente su manita, gritó vehementísima:

—¡Son duros, duros, esos que son tan grandes, tan grandes!

Y luego, descansando sus bracitos encima de los papeles y libros de mi mesa, me pidió mirándome con dulzura y firmeza:

—Escribe, escribe.

Seguí trabajando. Sentía la felicidad de su mirada sobre mi mano y en los puntos de mi pluma palpitaban gozosamente las palabras. Y siempre que alzaba mis ojos hallaba la compañía alentadora de los suyos y sonaba despacio y grave su vocecita:

—¡Escribe..., escribe!

Y nunca trabajé más ahincadamente que entonces. Me tuve por dueño de grande caudal, y llegué a creerme que ya tenía lectores propios, lectores «míos», siendo yo tan novicio, entre los lectores de este periódico.

...Pues, estando enfermo de un mal tan ruin y plebeyo que casi no sentimos compasión por quien lo padece, no sosegaba, siempre pensando en «vosotros» —y ya sabéis quien sois, o quien somos— acaso dos o tres nada más y por ahora me basta y me contenta el número. Me figuraba que estabais pasmados de mi silencio, que me esperabais, y... os lo confieso: sentía constantemente sobre mi vida el calor y la súplica de los ojos de mi chiquitina, y dentro de ellos notaba la mirada de todo mi hogar: «¡Escribe..., escribe, porque si no escribes, ni siquiera puedes permitirte la holganza de la enfermedad, aunque sea la de un dolor terrible de quijada!»

«Vosotros» o sea «nosotros» tenéis *metafísica*

existencia, no hay sino creerlo; pero seamos veraces, muy llanos. Mirad: si no existierais, si no fueseis más que «yo», si mis *Pláticas* y todos mis trabajos no hallasen lectores..., pues, tendría que inventarlos, porque, para alegría de mi vida, siento la mirada de mis nenas, de todo mi hogar. ¡Y éste sí que existe, gracias al Señor!

1911.

DEL DOLOR

Enrique Heine escribió en sus «Cuadros de viaje»: «La naturaleza, como un gran poeta, sabe producir los efectos más grandes con escasos medios; un sol, árboles, flores, agua y amor. Pero, seguramente, si falta el último en el corazón del hombre, todo presentará un miserable aspecto: el sol tendrá entonces no más que tantas o cuantas leguas de diámetro, los árboles serán buenos para leña, las flores para clasificarlas según sus estambres y el agua una cosa húmeda...»

Algo semejante sucede en el hombre que perdió la salud, esa alegría de nuestra alma y de nuestra carne, esa divina gracia cuya magnificencia comprendieron y loaron artistas y filósofos cuando estaban enfermos.

«No nos damos cuenta del bienestar que acompaña a la cabal salud, pero en cambio nos tortura la enfermedad más insignificante» —dice Montaigne; y luego copia del *Selphani Botetiani poemata*:

«Nos impresiona un ligero arañazo que apenas se marca en la piel, y somos insensibles a los goces de la buena salud. De ordinario vivimos indiferentes al placer de estar sanos, de sentirnos fuertes y vigorosos».

Y cuando este placer nos falta, sécase la preciosa fontana del contento; y entonces, yo no diré que nos entretengamos precisamente en contar las leguas de diámetro que tiene el sol; pero sí ocurre que toda la poesía de la vida parece una señora

más vieja, presumida y malhumorada que aquella «doncella tierna, de poca edad y en todo extremo hermosa»; y que la virtud es más rígida y desabrida, y el hombre es menos hermano nuestro. ¿Es que agotóse nuestro amor en fuerza de amarnos demasiadamente?

Quizá no, porque entonces también solemos clamar con Job:

«¡A mí mismo me soy intolerable!»

No debe ser egoísmo de amor sino de dolor. Consideramos el nuestro el único o el más intenso, el más insufridero; y nos apartamos de todas las criaturas.

«Retírate dentro de ti mismo, sobre todo cuando necesitas compañía».

Son palabras de Epicuro.

El enfermo no busca su interior morada gustosamente. Tampoco suele hallarla limpia, purificada, luminosa; que este atavío y esta abundancia han de apercibirse en los días de salud, «de ausencia de todo mal» —la felicidad según Funio—. Y como no encontramos nuestra íntima compañía, salimos para saber el testimonio y ejemplo de otros que fueron dechados de fortaleza en el padecimiento.

Pero aquellos héroes para sufrir, de antaño, ya están muy lejos en tiempo y temple de nuestra edad. Escasa es la consolación que su memoria puede traernos. Padecieron demasiado y con demasiada voluntad.

No recuerdo si he leído o si yo lo he pasado, que en lo antiguo el dolor hallaba un alma todavía muy virgen de las inquietudes y flaquezas que han devorado el alma contemporánea.

Las lacerías de la carne no encuentran ahora alivio, mitigación o resistencia en nuestro trabaja-

do espíritu; y el dolor material acaba por dominarlo y apocarlo.

Más que del recuerdo de varones gloriosos en el padecer, noto que recibimos consuelo de las noticias de pobres hombres enfermos como nosotros, y cuanto más menudos, débiles y desmedrados sean, mejor. Es que no se busca ni apetece muerte heroica, sino la curación, la vida.

Hay una ansia angustiosa de vivir. Y de ella nace el rechazar fieramente el dolor. ¿Para qué el dolor de la carne, si el bien, la santidad, la gloria, pueden lograrse hogaño sin la cicuta, sin el martirio, sin el braserillo?

Un muchacho de Lacedemonia robó un zorro y lo escondió bajo sus vestidos; y como sospecharan de él, prefirió que la alimaña le desgarrara el vientre antes que ser descubierto.

Ahora, cuando un cajero de alguna sociedad bancaria desfalca los dineros, busca un pueblo donde no exista tratado de extradición.

¿Qué hace el dolor en nuestra época?

Los ascetas, los santos, ofrendando sus padecimientos a la divinidad, realizaban un sacrificio grato a los ojos del Señor, que, siendo provechoso al alma del que los sufría, parece que endulzaba las llagas de la carne. Era esto una «aplicación del dolor».

Claro que estos elegidos, elevando, ofreciendo sus lacerías a Dios, no buscaban el alivio, sino que se les daba «por añadidura».

Yo lo expreso profanamente. Lo que llamo alivio no es otra cosa que aquel abrazarse alegremente al padecer que equivale a la gracia.

¿Porque nuestra flaqueza y frialdad nos distancien de los santos, hemos de resistir ciegamente, como las bestias, el cauterio, la sonda, el bisturí,

las pinzas, las desgarraduras y torceduras de nuestro pobre cuerpo?

Necesario es aplicar, ofrecer, el dolor. ¿Cómo, si dijimos que el «ideal heroico» en el individuo lo creemos apagado?

Existe otro ideal perenne, que es el amor. Hagamos una dedicación de nuestros sufrimientos en bien de un hijo, de la amada, de la madre, del padre. Y gustaremos la gracia divina que se derrama sobre todas las almas de todos los tiempos.

Sea esta *plática,* escrita en días cercanos de la Semana de Pasión, para los lectores enfermos y entristecidos.

1911.

ÚLTIMAS GLOSAS DEL NAUFRAGIO

Estábamos en una terraza, frente al Mediterráneo. Sin darnos cuenta, buscamos el mar. Para nuestras fiestas, para nuestros paseos predilectos, para vivir, necesitamos el mar. Lo bueno y lo malo lo atribuímos al Mediterráneo.

Hoy pasaba por su confín una procesión de barcos grandes de vela. Cinco barcos de una blancura vaporosa y fantástica.

Alguien comenzaba el elogio de la belleza, de la sencillez y del silencio de estas naves; y una voz cercana lo ha interrumpido comentando el siniestro del *Titanic*.

El que hablaba es un exportador de almendra. Merca cosechas enteras en nuestros campos alicantinos, tan ubérrimos de almendrales, y envía el fruto descortezado y mondo a Inglaterra. Así gana un caudal todos los años.

Mis amigos y yo nos lo hemos dicho frecuentemente, quizás no limpios de envidia bien intencionada. «Pero ese hombre —solemos añadir, tampoco exentos de cierta complacencia vanidosa—, ese hombre no ha leído a Homero, ni le impresiona una cumbre de montaña». Y habiéndole negado otras finezas de sentimentalismo, de curiosidad y entendimiento, decidimos tenerlo por inepto, y apenas le miramos si pasa a nuestro lado. Pero como él, por su parte, debe de creernos baldíos, sin arrogancias ni fortaleza, y lo que es peor, sin sabiduría para la vida, sucede que tampoco nos hace caso. De esto resulta una templada indiferencia, un

equilibrio de relaciones, que bien pudiera ser ejemplo de los pueblos, y así acabarían guerras, gabinetes diplomáticos, conferencias y otros males, si el amor y el progreso no lograran antes más dulce eficacia.

Pero hoy, cuando el rico mercader ha cortado la alabanza que alguien ofrecía a los viejos barcos de vela, hoy lo hemos oído atentamente. Es que en sus manos aleteaba un número del *Daily Telegraph.* Y creemos a los que leen periódicos extranjeros, singularmente ingleses, tan sabedores del naufragio, que hasta nos parecen recién llegados del mar de los «icebergs», y todo cuanto dicen lo recogemos con acatamiento y emoción.

—¡Parece mentira que una mole como el *Titanic* haya naufragado!

Asentimos moviendo la cabeza. Verdaderamente sentíamos el mismo pasmo del mercader, cuya frase sólo es comparable en hondura a la de un gran lord británico, que en el Parlamento ha dicho: «Mientras enviemos barcos a los mares habrá naufragios».

Después, como nuestro interruptor sabía de memoria la prensa extranjera, contaba menudamente la grandeza y fastuosidad del buque hundido; sus jardines tropicales, los baños turcos, los salones y cámaras con ornatos riquísimos Luis XV y Regencia; pinturas y tapices costosos; maderas labradas pacientemente, sin olvidar los quince camellos mirando con tristeza el Atlántico mientras sobre sus jorobas gritaban gozosos los hijitos de los opulentos.

No nos saciábamos de escuchar esas maravillas.

Cuando todavía las imaginábamos, el mercader, que nos parecía muy interesante, hablaba del fabuloso abastecimiento de las despensas del buque. Se había acercado más gente para oírle.

«...3.800 kilos de carne fresca; 12.500 kilos de volatería; 35.800 huevos...; y así una ristra de millares de provisiones suculentas y azucaradas. Todos le atendíamos vorazmente.

Y al desgranar las piedras preciosas y el oro de los pasajeros millonarios, ya amábamos y admirábamos al exportador de almendra.

Satisfecho el interés y paladeo de las hermosuras, de los caudales y viandas, vino la lástima por la muchedumbre ahogada, la piadosa y encendida alabanza del holocausto de los hombres, de las proezas de los tripulantes, y nos fingimos el barco amortajándose de resplandores, entre salmos, himnos y músicas, antes de acostarse para siempre en el fondo de las aguas heladas.

* * *

Confesamos que la primera emoción que el desastre ha producido en el alma mundial ha sido la de extrañeza de que se perdiera un barco tan grande; después, la de su lujo, la de las riquezas de algunos pasajeros; después, la de la cifra de los muertos. Por fin hemos ensalzado el sacrificio de los hombres que supieron vencer las ansias angustiosas de salvación, y pálidos, rígidos, trágicos, sonrientes como los mártires, dejaban paso a los ancianos, a las mujeres, a los niños, para que ocupasen los botes.

Y en presencia de esas virtudes y heroicidades, recordando el cataclismo, que necesitó toda una montaña de hielo, ¿no creéis que resulta ruin que ahora se aceche la llegada de un pobre señor Ismay para exigirle responsabilidades?

Ya sé que en este designio late un espíritu de justicia, según suele decirse, que guarda también un propósito de enmienda, de previsión, un aviso, un remedio de catástrofes. Pero, ¿no entrañara

también un ciego sentimiento de venganza «por ser quien era» el *Titanic,* mezclado con una ansia feroz de heroicidad... ajena porque el señor Ismay no ha aumentado con su muerte el número de los mártires?

...Todo el día han estado pasando los viejos barcos veleros por nuestro horizonte.

En la paz de las aguas azules, esas naves, con las blancas vestiduras de sus velas, parecían ángeles que predicaban el evangelio de la sencillez, de la templanza.

Que su ruta sea siempre dichosa, porque si un vendaval la sepultase, el silencio de su vida humilde se enlazaría con el silencio eterno de la muerte, sin músicas, sin coros, sin resplandor de luminarias ni de piedras preciosas y caudales, sin estremecer a un mundo de mercaderes que atraen la atención de los que no le daban su saludo, sin pasmo y alabanzas de toda la tierra, pero también sin despertar anhelos de justicia que mueven a pedir responsabilidades a un náufrago Ismay...

1912.

EL PARRICIDA

...Cuando estuvo cerca de nosotros, le miramos con horror las manos. Son unas manos venudas callosas, agrandadas por la faena, con una costra de muchas tierras y de mucho sol...

Durante algún tiempo vimos entre aquellos dedos leñosos, trémulos de ferocidad, la garganta rota y amoratada de la madre.

Y las manos del matricida se juntaban con un torpe reposo; después se quedaron colgando, y la sangre bajó hinchando violentamente las arterias.

Nuestra mirada llegó a los pies. Estaban desnudos, cruzados con las cintas negras de las alpargatas. Son unos pies deformes, cortezosos, tan duros que parecen tallados en hueso, o de raíces viejas quemadas; pies de caminante, de campesino, que se han cansado en las soledades, que han sangrado en todas las jornadas de la miseria.

Traía ropas de luto, unas ropas de lienzo negro, muy lacio, arrugado, que confesaban todo su cuerpo enjuto, estrecho, necesitado, enfermo; ropas vacías, sin nada en los bolsillos, ni un papel, ni un dinero, ni un recuerdo de la casa, de la mujer, del hijo chiquito, nada; no tenía nada; negras.

Sus mejillas son lisas, exprimidas, de una palidez de cárcel; sus labios, largos, finos, afeitados; sus ojos, parece que miran siempre distancias fatigosas, yermas, sin esperar nunca la alegría de una mirada que llegue a sus entrañas. Hay un gesto en todos sus rasgos, de soledad, de lejanía sin nadie.

Y habló este hombre recibiendo un haz de sol

en sus espaldas que le cubrió con un manto de fortaleza, y durante un momento sintióse amparado. Y habló con sencillez de las labores campesinas; y sus manos ya no horrorizaban sino que semejaban dar el olor honrado y generoso de las tierras recién labradas.

Pero vinieron los años ruines de sequía, y la miseria le llevó a los campos franceses, para alquilar sus brazos.

Su relato tiene el contento y la paz del trabajo hallado, y un goce de salud. Después, se le amontonan las palabras, porque viene el recuerdo de sus tristezas, de su enfermedad, de su flaqueza viéndose escarnecido de hombres y mujeres. Aborrece el comer porque no sabe qué repugnancias tiene aquel pan; y dice que le hacen engullir unas drogas en pastillas que le abrasan; y huye con la ponzoña en las entrañas; y cuenta sus hambres, su desnudez, su miedo, vagando como un perro sarnoso por las noches en los campos extranjeros.

Llevado a su pueblo, le rodea la madre, la mujer, el hijo pequeño. Y él siempre postrado y solo; y tampoco halla gusto en el sabroso pan de la casa, no quiere comer. La madre mata gallinas; y él apenas puede probarlas; todo es desabrido, ruin, quemante, y huele a droga y al veneno de Francia; no quiere comer; ¡el comer, que es para los campesinos el descanso y goce del hogar, comer «de caliente», rodeado de madre, de mujer y de hijos!

Ya no habló más.

Le preguntamos por la madre. ¿Qué hizo con la viejecita angustiada por sus padecimientos? Y nuestros ojos se fijan acusadoramente en sus manos. Son manos para los bancales, para la honradez, para hacer fértil la tierra con el rudo sudor de la labranza... ¿Cómo pudieron alzarse y oprimir y retorcer y secar la fuente de su vida? Lo han

matado todo, —porque han matado hasta a la que lloraría pidiendo compasión por el hijo malvado. Y está solo: la mujer, los hermanos, el hijo han huído.

¿Por qué mató? Y no lo sabe y se contempla sus ropas negras. Una noche de olvido y de silencio envuelve su memoria y su palabra.

¿Qué negrura, qué noche, habita perpetuamente en el abismo del corazón del hombre, allí donde se fraguan los impulsos ciegos, los movimientos fatales que nos confunden con la bestia? ¡Y aún preguntámosle por qué mató! ¡Si ni siquiera buscaron sus manos un cuchillo, un cordel, como los asesinos; ni escogió ni acechó la víctima. Estaban los dos solos. Y la fiera escondida se irguió entre la sangre y los músculos humanos, y sus garras se crisparon y apretaron sintiendo recrugir desgarradas las carnes de la presa!

Y otra vez agazapóse dentro de las tinieblas de la raza del hombre; y el parricida ya no se vió zarpas, sino manos.

¿Quién penetrará en la noche humana y matará a la fiereza sin matar al hombre?

Entre tanto los sabios nos hablarán de locura, de epilepsias, de *estados crepusculares,* y los jueces irán encajando delincuentes en el encasillado de los códigos y los verdugos cumplirán sosegadamente un deber suavizando con aceite las tuercas y argollas que el día tantos, a tal hora, retorcerán una garganta sin matar la fiera...

¡Benditos sean los siglos que nos apartan de las ferocidades primitivas y los siglos que alejarán las nuestras!

Pero, ¡cuántas muertes aún!

LA PRISA Y EL ARTE

Vivimos con inquietud: siempre sentimos impaciencia, una prisa tormentosa.

Necesario es — dicen — que el arte dé obediencia al pulso de la vida. Ya no se debe escribir como antes, porque no se puede leer como entonces, que falta tiempo. Pero, acaso, haya todavía tiempo; sino que antaño el vagar era a pie o en litera, al amor de los árboles o reposando junto al fuego; y ahora es en automóvil o en un casino o en un escritorio hablando de negocios vertiginosos.

No imaginemos que antes fué todo reposo y ahora todo celeridad. Más razonable será creer que lo que era ímpetu, turbación y vida jadeante para los rancios hidalgos, se considera paz y quietud por nuestros trajineros; y aun mejor: que la vida siempre fué corriente recial y tronadora para unos, y claro remanso donde se espejan los pensamientos para otros.

¿Será que los hombres se ilusionan creyendo que la prisa de sus piernas, del tráfico y de las máquinas la sienten en el corazón?

* * *

No; no es posible negar la inquietud de la vida moderna, una inquietud nerviosa, muscular, deportiva, mercantil, política, urbana y casi literaria. Sólo se lee en el tren, en el barco o en un momento de hastío del hogar; y se busca el libro o la crónica que cuente lances de amor, de riesgos, de viajes. Los que no escriban de este modo se les to-

ma por poetas, y a los poetas no se les hace caso; son pobres hombres vanos, ociosos, sin fuerza y sin negocios. ¿Para qué sirven? Es verdad. Pero ¿para qué sirven los otros a los poetas? Las gentes que tienen prisa no les hallan mezclados en su rapidez, en sus lonjas, en su vida ruidosa; y los artistas tampoco les vieron nunca acercarse a su reposo, un reposo que guarda y esconde la perpetua inquietud de su alma.

Se rechaza la intimidad del arte sereno; esto es ya demasiadamente arcaico. Y no hay vida más ansiosa, inquietada y conturbada que la del artista que ofrece la obra sosegada, honda, clara y armónica. El áspero recogimiento es tenido por una dulce paz; no se oye el oleaje amargo de ansiedades que rueda constantemente en la vida interior de esos hombres.

En cambio, ¿no se sigue y atiende con fervorosa sumisión la ruta veloz, intrépida y portentosa de la ciencia?

No es posible negar que la ansiedad, la *prisa* científica, se comunica y emociona a los hombres de buena y de mala voluntad. Acaso no sea por la ciencia misma, sino por lo que ella da «de añadidura», por su grosura, por sus utilidades; y hasta ahora parece que la depuración, la emoción de la obra artística, no ha sido juzgada conveniente al corazón del hombre, al menos de una conveniencia apremiante.

* * *

Sentimos prisa; nos atormenta una insaciable ansiedad. Decimos que no puede aplacarse esa hambre porque es la herencia de muchas hambres padecidas, y no se encuentra el pan que se quiere y tampoco se sabe qué pan sea el codiciado. Más lástima deben darnos los futuros hambrientos.

Sufrimos la pesadumbre de muchos siglos, de

mucha vida pasada; nos revolvemos hacia el ayer y hacia el mañana; codiciamos también el mañana; y con tanta abundancia de vida nos falta tiempo, nos falta vida, y nunca paladeamos ni vivimos el *hoy*.

Tropezamos con nosotros mismos nos aturdimos, nos enloquecemos, viéndonos. Nuestra vida está hecha de vía pública, de tranvías, de autos, de trenes, de cables, de escritorios, de rollos de papeles bajo el brazo; y para descansar buscamos las playas, los campos, y jadea el corazón sintiendo la prisa de los barcos que *regatean*, de los caballos que saltan, de la caza, de vestirse para fiestas y saraos; y los árboles que se asoman a los caminos huelen a gasolina.

¿No tendremos una demasía de ciudad?

Nos sobra ciudad y nos falta naturaleza en su inocencia y sencillez. Nunca ha habido tanta soledad en el paisaje. Su paz, su fortaleza y serenidad, toda su magna hermosura, apenas hallan miradas y almas que lo gocen y recojan.

Es innegable el constante anhelo hacia lo primitivo y natural; y la vida moderna no deja satisfacerlo; originándose de aquí una angustia ciega, una inquietud amarga.

Macaulay escribió que «conforme avanza la civilización va declinando el Arte».

Aunque creyésemos en ese ocaso estético, no lo culparíamos a la civilización que alumbra nuevas zonas de vida y sabiduría, sino a las gentes civilizadas, perseguidas por el tábano feroz de la prisa, que desprecian el reposo del artista sereno..., empujado, forzado y rendido del mal de la prisa, que, al menos, es provechosa para el mercader y admirada en el deportista y en el político.

1912.

DE LA CRUELDAD DE SIGÜENZA

Cerca de la casa había un yermo. La grama, áspera y rubia, y las matas del tomillo, hinchadas y floridas, reventaban entre piedras que criaban una felpa de verde fungosidad. El dueño de la hacienda había plantado abetos, pero las cabras devoraron casi todos, recién nacidos. Y los que llegaron a ser árboles grandes, densos, con sus ruidos y plañidos del viento traspasando las ramas y sus cimas melancólicas y dobladas, parecía que se hubiesen equivocado creciendo bajo la diafanidad del cielo levantino, porque eran árboles de paisaje hosco y nevado.

Desde una ventanita, toda jubilosa de ristras de encendidos pimientos y dorados horcos de panojas, miraba yo este rodal fragoso de tierra rodeado de huertos y olivares. Me parecían estos pobres abetos los únicos en Levante. Y quise bajar y tocarlos y pasear a su sombra. Divertíame alzando las piedras, dejándolas que rodasen hasta el camino, y en su abrigo y misterio hallaba hormigueros avivados, hirvientes, que se despoblaban o algún sapito que me miraba espantadamente con ojos nublados y gordos. No osaba rebullirse ni para escapar. Los cogía de una de sus fláccidas ancas; se me iba transmitiendo el susto de aquella pobre vida helada. Luego los soltaba; y mientras el sapo huía dando brincos como si nadase en el aire, yo les sonreía protectoramente. Y al levantar otra piedra, apareció una araña prodigiosa, grande, rubia, velluda y fecunda, una araña madre; por su espalda le su-

bían las crías menudas y blandas, y bajo su vientre protegía dos bolsicas. No se movió al quedar descubierta; pero me sentí mirado ferozmente.

Reprimí un espontáneo prurito de matarla. No, no la mataría. Debemos arrancarnos esos instintos de crueldad que nos llevan a destruir, aplastar con indiferencia, esas pobres criaturas de los campos.

Matarla, no; la guardaría para saber su vida. Y con ese noble propósito la sentencié a la pérdida de la libertad. Grité cuanto pude a un muchacho de los labradores, pidiéndole un vaso hondo y liso; me lo trajeron: y aplicándolo en la tierra, y volviéndolo, recogí en el fondo al insecto, que se revolvió para salirse y no pudo porque resbalaba en los muros de vidrio de su prisión.

Iba yo ufano y contento, casi creído de que era un sabio, con mi vaso relumbrando de sol como una joya. Aún no había leído a Fabre ni el «Antonio Azorín».

Llegado al portal de la masía, todos preguntaron del hallazgo, y se reían; pero yo, pasmado de esas burlas, les dije en veras que nadie tocara este vaso, pues pensaba llenarlo de preciosos estudios.

Y afanosamente subí y encerréme en mi aposento. Sentado ante la mesa, comencé a mirar la víctima. El pobre animal estaba inmóvil, con las zancas muy abiertas; sus hijuelos seguían agarrados en el coselete y las bolsas o huevos, protegidos con fiereza de madre.

No era rubia del todo esta falangia. Por encima era parda, después clareaba hasta llegar a un suave color de ámbar y el cuerpo aovado y gentil de avispa. Tenía ocho piernas, larguísimas, finas, aristocráticas, y en los artejos o nudillos una veta, una sortija negra, opaca y solemne. Vi cuatro ojos como chispas de azabache, y los cuatro, ¡Señor!, me miraban con tanto desprecio, que parecía que fuese

la araña quien estudiase, y yo, el hombre, quien estuviera dentro del vaso. La araña también tenía barbas, sin mengua de su femenina gentileza; le brotaban de los palpos; unas barbas tostadas y ralas de viejo fumador noruego. Verdaderamente merecía que se la observase y se la cuidase. Pues el primer cuidado era el de mantenerla. ¿Y cómo había de alimentar a la araña sino con moscas?

Las moscas paseaban y revoleaban dichosas por los papeles, por el pocillo del tintero y un tosco búcaro de rosas anchas, carnosas, sensuales, delirantes de fragancia.

Precisaba el sacrificio de una mosca: comería la prisionera y estudiaría el hombre. Y humedecí algunos granitos de azúcar, y unté los bordes del vaso.

Después me quedé muy quieto, mirando, mirando. Y vino una mosca.

Regocijada, aturdida, loca, pisaba y probaba todos los dulces grumos; todos eran suyos, sin que nadie le impidiese su goce. A veces quedábase pasmada contemplándome. «¿Cómo las manazas de ese gigante enemigo no la oxeaban?» Y convencida de que no le hacían nada, estregábase las dos patitas de delante lo mismo que algunas gentes felices se frotan de gusto las manos.

¡Daba lástima que muriese! Pero no moría, porque no pasaba de las orillas del abismo de vidrio en cuya hondura el monstruo acechaba inmóvil a su víctima. ¿Y había de desfallecer de hambre el pobre monstruo? Dejé un cristalito de azúcar en el borde, y con lo demás fuí trazando interiormente en las paredes un gustoso sendero hacia el fondo.

De nuevo acudió la mosca; asomóse; empezó a bajar por el dulce camino de perdición; se detuvo; miró a la altura... ¿Es que tendría la audacia y bellaquería de chuparse el azúcar y después sa-

lirse, mientras la falangia, encerrada por mis curiosos afanes, perecería falta de mantenimiento?

Entonces mi mano, ¡qué mano tan enorme me pareció a mí mismo!, cayó como una losa sobre el vaso. La mosca, espantada, volaba dentro zumbando, golpeándose; enloquecida llegó hasta lo profundo; oyóse un ruido y temblor de alas; después, silencio...

Cuando miré al trasluz, los peludos dedos del monstruo pisaban, sujetaban la víctima. Rápidamente los feroces cuchillos de los palpos la descabezaron, y recogiendo la mitad, se la fué engullendo con voluptuosa lentitud. Parecía que se relamiese y todo como un hombre o como una fiera.

* * *

Al otro día, a hora muy temprana, seguí mis estudios.

La prisionera parecía entumecida, torpe, lacia; y el suelo del vaso estaba ennegrecido de piernecitas quebradas y de alas rotas de moscas. Otras, cebadas por el azúcar seco del vidrio, zumbaban y se posaban persistentes sin que el enemigo las dañase. Debía hallarse cansado y ahito de caza. No mataba, no devoraba más que lo necesario, dando así lección de templanza. Pero no la reconocí esta virtud, sino que la tuve por hipócrita. De hipocresía, de ferocidad y de moscas estaba hinchado el repugnante insecto, que, verdaderamente, nada hacia digno de notarse; ni siquiera una ternura de madre. Las crías continuaban agarradas a los mismos vellos de su cuerpo que la tarde anterior, y las bolsicas, donde aún se estaban fraguando otras arañitas, yacían abandonadas entre los restos de la matanza.

Recordé con remordimientos la primera mosca sacrificada.

Ya no quise mirar; y salí al campo.

Pasaba bajo los abetos contemplándolos recelosamente; estos árboles me habían avezado al roijal pedregoso donde encontrara al monstruo. Esforzábame en vencer la tentación de escudriñar otras piedras muy hendidas, prometedoras de misterios y prodigios de la menuda fauna; pero una grande, pelada, roída por las lluvias, me inquietó demasiado. Y la hice rodar apresuradamente antes de que un pensamiento de continencia y piedad me lo vedase.

En lo más recatado del alvéolo que hendió el guijarro brillaba un alacrán. Nunca viera otro, tan fiero y hermoso. Éste sí que era digno de ser estudiado, y no aquella araña aborrecible por su voracidad.

Y grité. Vino el labrador de la masía y quiso traspasarlo con un sarmiento afilado. Rechacé estas crueldades; quería cogerlo vivo, sin dañarle. El escorpión alzó ferozmente el astil nudoso que reventaba ponzoña; y el labriego, aprovechando una de sus acometidas, le ató con un esparto tierno la terrible cola.

En la casa todos se maravillaron de la gordura del caparazón, de la fortaleza de las patas, de la comba de su uña. Y todos pidieron su muerte. Pero yo los contuve. Había de estudiarlo, y en el mismo encierro de la araña. ¿Qué harían viéndose juntos?

Bajaron el vaso; y apenas pusieron dentro al escorpión, brincó la falangia, giró enloquecida; su enemigo blandía las hoces de sus bocas. Se confundieron, se abrazaron. Quedó en quietud el fondo de la prisión. Todos se asomaron para ver.

La araña vivía, pero sin zancas; el alacrán se las había segado todas y enteras. Sus vientres temblaban de cansancio y padecimiento.

El astil del alacrán hundióse en medio de la cargada espalda de su enemiga; pero al dejarle su veneno se retorcía atormentado recibiendo la ponzoña de la araña.

Sucumbió ella.

¡Ahora la recordaba libre y dichosa cuidando de sus crías en el abrigo umbroso de la piedra!

Todos pidieron la muerte del triunfador: rodearle de fuego para que él mismo se matase picándose. Me opuse al bárbaro suplicio. Es verdad que era odiable, pero no merecía esas torturas.

Todos, hasta las mujeres, gritaron insistiendo. ¿Nunca había visto cómo se mataban esos escorpiones? ¿Nunca, y no dejaba que lo hiciesen? ¿No quería estudiar esos bichos?... Y consentí.

...Hubo mucho júbilo mirando el encendido ruedo; la víctima crepitaba tostándose...

¡Una sencilla curiosidad naturalista cuántos sufrimientos había producido! Y los demás se reían. ¿Es que no les pesaba?

Dijeron que no les pesaba. ¡Acaso no quería y buscaba el estudiar! Pues yo que estudiase mientras ellos se divertían.

¡Si se le hubieran ocurrido a otro esas observaciones, ahora las aprovecharía sin remorderle la conciencia! ¡Pero qué pensaba! ¡Oh, crueldad; y cómo te enzarzas y multiplicas, y hasta cuando quieres apiadarte, eres ruin!

1912.

BALANCES

Un grande amigo mío recién llegado de Europa conoció en Amsterdam a un español, hombre docto, que escribe y además es maestro de lengua castellana en uno de aquellos liceos. Lamentábase de que el demasiado trabajo que le exige vorazmente la vida de su casa le hubiera hecho descuidar sus lecturas y estudios filosóficos; y conversando con mi amigo vino a citar el nombre de Ramiro y el apellido de Ortega y Gasset.

Seguramente este Ramiro será el de Maeztu; pero él solo decía Ramiro por la mucha amistad que deben de tenerse.

Pues aquel español le confesó que estaba muy preocupado porque Ramiro y Ortega Gasset sabían más que él de libros y cosas de filosofías; que los tres supieron siempre lo mismo, pero que ahora se había quedado zaguero; y, finalmente, que decidía trabajar y afanarse por codearse pronto filosóficamente con ellos.

Mi amigo me dijo que se había pasmado de la celosa preocupación de nuestro compatriota de Amsterdam.

—Yo —comentaba con peregrina llaneza—, yo reconozco en Ramiro, en Maeztu, y Ortega Gasset mucha sabiduría sociológica y metafísica; que son dechados de nuestra mentalidad y guías de juventud; pero me tiene sin cuidado que sepan más que yo; y no comprendo, y me divierte sin entenderla, la inquietud de aquel hombre porque otros le hayan *pasado* en saber.

Le contradije suavemente alabando la virtud de la emulación.

Mi camarada, sonriendo, me repuso:

—Pero ¿es que hace falta tanto para ser sabio? ¡Por Dios, mira que dentro de algunos siglos no será posible encontrar uno ni en la misma Europa si han de ir sabiéndolo todo, o los hombres serán, según ya anuncian, todo cerebro, semejantes a setas comunales y habladoras! Necesitamos buscar y poseer la verdad, pero no creo que sea medio de lograrla ni de entregarnos a ella enfermando de tristeza porque Ramiro sepa más que nosotros.

En 1755, Voltaire, que había ya cumplido sesenta años, escribía a D'Alembert remitiéndole sus cuartillas de Literatura para la Enciclopedia: «Con respecto a los españoles, no conozco más que *Don Quijote* y Antonio de Solís».

No me atrevo a decir que fueran estas palabras desdeñosas para nosotros. Acaso descubrieron un instante de sencillez de este hombre ilustre y ambicioso.

Sea lo que fuere, no está mal que lo recordemos ahora.

Buena es la emulación, «singularmente» cuando no hay otro interior incentivo de saber de más pureza. Pero ¿no sería preferible que nos atendiésemos y estudiásemos según nuestras naturales aptitudes y peculiar visión de las cosas, no dándosenos un ardite de lo que otros sepan? Así no tendría de qué afligirse el español de Amsterdam, que si no conseguía engullir toda la sabiduría de Maeztu y Ortega Gasset, probaría el contento de haber contribuído a que algunas gentes extranjeras, aunque sean humildes, sepan más de los españoles que Voltaire, huésped de palacios de príncipes y reyes.

Después de fumar un rato calladamente, le dije

a mi amigo que para qué habia hablado de esos hombres que hacen balance de erudición.

Me contestó que para nada, pero que no le negaría la virtud de la actualidad.

—Y si no —añadió— mira el afanamiento en este último mes del año. Si tienes amigos comerciantes, te dirán que ahora no hay un momento de sosiego en su faena porque han de hacer el balance. Esta buena gente anotará todas sus cifras, y llegada la última línea de su libro, libro recio, enorme, de atril, lo cerrarán sintiendo una profunda alegría; respiran con ímpetu y descansando, como si se asomaran a una altura después de haber caminado por lo angosto y obscuro; cierran el libro, y cierran, colocan verdaderamente una losa con la última página encima de un año; y se sienten ligeros y contentos delante del tiempo: van a comenzar un año nuevo del todo para su alma... ¡Nosotros vamos a seguir viviendo lo mismo, Señor!; es siempre la misma jornada. ¿Para qué el balance de nuestras ansiedades?

El sosiego que estos hombres alcanzan después de diciembre nos pasma y llega a entristecernos, porque nos presenta el contraste de nuestra seguida inquietud. ¡Si pudiéramos gozar esa interior animación y complacencia del saldo acabado, y tener una página en blanco que esperase los nuevos propósitos después de cumplidos todos los del acabado año, y dar ese suspiro íntimo, grande y placentero, que pasa oreando el libro gordo, enorme del facistol!

Entonces, yo le confesé a mi amigo que, en parte, me estaba él recordando a nuestro compatriota de Amsterdam.

Si de balances hablaba como nota oportuna en las postrimerías de diciembre, uno hay romántico,

íntimo, sin presunción ni codicia, que hacen todos los corazones en estos días grandes de hogar.

En las comidas particulares de las Pascuas, en las albricias que nos damos al nacer el nuevo año, la mirada de nuestra alma se vuelve hacia el recuerdo del otro pobre año ya devanado por la vida.

Y la alegría de la fiesta familiar queda a ratos silenciosa; la risa se trueca en sonrisa marchita de melancolía. Nos envuelve la memoria de las tristezas padecidas. Acaso miramos un hueco en la mesa, a nuestro lado.

Esperamos a contar...

Y las manos de todos los hombres tiemblan y no se atreven a pasar la última página del libro de las aflicciones, porque después del *saldo* vienen las hojas blancas, virginales, que han de seguir llenándose con cifras de nuestra vida.

En el alborozo, en la esperanza de la página inicial del nuevo año pasa la duda, hay un estremecimiento de inquietud dejados por el espiritual balance del año deshecho. Y los hombres que contando sus mercaderías, su sabiduría y sus goces se miraron con recelos y hasta con odio, se sienten únicamente hermanos repasando sus tristezas en el libro del alma...

1913.

PENTECOSTÉS.

Cincuenta días después de la Pascua de los Ázimos, en los primeros del mes de Sivan, que participa de nuestros meses de mayo y junio, celebraban los hebreos la solemnidad agrícola y religiosa de la recolección, llamada Asartha con voz aramea, según Josefo —*Ant. Jud., L.LIII. X 6º*—, y Pentecostés, según la literatura postbíblica.

En la fiesta de los Ázimos, corta el Pontífice la primera garba de cebada; principia la cosecha, se come el pan cenceño. En la Pentecostés se consagra el fin de la siega, se ofrecen los dos panes de la harina del trigo nuevo, de masa hinchada por la levadura, El libro de los Números y el Levítico dicen cuidadamente los holocaustos y ceremonias de esta fiesta de las primicias o de las semanas. «Siete semanas contarás desde aquel día en que echares la hoz a las mieses, y celebrarás el día festivo de las semanas al Señor Dios tuyo». —Deuteronomio XVI, 9-10—. Entonces Israel recuerda agradecido y gozoso que el Señor Dios le ha librado de la servidumbre de Egipto y le ha cumplido la promesa de llevarle a la abundancia de un país alto y feraz «para que comiera de los frutos de los campos donde manan panales en las rocas, y crece en las quebradas el olivo esquilmeno, y se exprime la sangre purísima de la uva; tierra de pastos donde halló grosura de vacas, leche de ovejas, carneros de Basán, machos de cabrío cebados con la médula del trigo...»

Por juntarse las fechas, se conmemora en la

Pentecostés la promulgación del Decálogo sobre el Sinaí fragoroso, llameante, terrible. Comenzó a sentir el pueblo escogido la presencia del Señor en el trueno, estrépito de vendaval y tormenta de montaña. Afirman los que lo saben que, desde el principio, el aliento de la Naturaleza, su soplo, su espíritu santo, es el aire conmovido. La fuerza pavorosa del fuego, el ruido del fuego, el crepitar del hervor, advierte al hombre la proximidad de un dios y le arranca el soplo del lenguaje, el primer grito articulado. La lengua de ascua que desciende sobre el cráneo apostólico quemó la garganta de la criatura atónita en su primer diálogo con el alma del mundo...

...Y a la hora tercia de Pentecostés, estaban los apóstoles y discípulos en el Cenáculo recogidos en oración, unánimes de pensamiento, redundados de confianza en la promesa del Señor. De súbito tembló el día con estruendo de tronada y aletazos de huracán; se quebró el cielo con rotas espadas de centellas, y la casa se llenó del ímpetu del aire y del resplandor de las exhalaciones.

Y salieron aquellos hombres radiantes, transfigurados, poseídos del Espíritu Santo, que les daba que hablasen inspiradamente, entendiéndoles todos; y había entonces en Jerusalén, reunidos por la fiesta y el mercado de cereales, «gentes de las tres ramas de la humanidad y de las tres lenguas madres difundidas sobre la tierra. De los hijos de Sem: los elamitas, los mesopotamios, los lidios, los árabes... De los que descienden de Cham: los egipcios, los cyreneos, los kananeos o fenicios, los del Cáucaso... De Jafet: los romanos, los cretenses, los medos, los griegos, los parthos, los frigios...»

Muchos se pasmaban de ver aquellas frentes y de oír aquellas bocas magnificadas. Otros reían y

encogiéndose de hombros gritaban: «¡Ya van llenos de mosto!»

Y el íntimo abrasamiento ideálico, la exaltación lírica y generosa, puede producir un pasmo y socarronería de entrañas y de ademanes fríos, que el Espíritu de la Gracia se remonta de nosotros y no entendemos la propia lèngua. Quede un poco de emoción de grandeza para desear con Paul Claudel:

Sonnez au-dessus de notre front, cloches
énormes de la solennité!

1918.

LA PAZ DE LA CATEDRAL

Huysmans ha recordado el íntimo sentido litúrgico, el simbolismo interior de las catedrales góticas: Jesús muerto; su cabeza, el altar; sus brazos, las ramas del crucero; sus manos taladradas, las puertas laterales; su tronco y sus piernas, la nave; sus pies traspasados, el pórtico. Pero el coro y su vía sacra y el santuario, de Reims imitan, más que los de ningún templo, el cuello y el cráneo del Señor, caídos hacia la nuca en el último ahogo de la muerte.

El cadáver de Cristo clavado es allí de carne de piedra, de silencio, de luz de ojivas, del sol poniente miniado por la gran rosa de vidrios, de tacto, de frialdad y sudor de pilares. Este cuerpo aparecía tendido, retrenzado y consubstanciado invisiblemente con toda la fábrica por la virtud de una eucaristía de piedad y de arte. Y esta hostia de los siglos ha sido el blanco de una ciencia aplicada: de la balística. El Cristo muerto en el ámbito y en la raíz de la piedra viva se retorció bajo el trueno de las explosiones vandálicas, quedó roto en cada hueso de sillar roto, y fué fragmentándose y esparciéndose en el día sin recinto, en el día desnudo, entre el iris desgranado y molido de los vitrales que se quebraban con una queja de esquilas y de joyas.

No es menester, y quizá no conviene, la exaltación simbolista, lírica, apologética, ornamental, para sentir el dolor de la catedral mutilada. Las catedrales góticas pueden significar y ser todos los escondidos conceptos de los poetas y de los católicos románticos, y todo lo fausto evocador de Víctor Hugo, sin menoscabo del organismo preciso, razo-

nado, metódico y laico que Viollet-le-Duc descubre y proclama en el arte gótico. Puede serlo todo cuando existe en la obra perfecta, en la unidad maravillosa de una síntesis, pero dejar de ser mucho más cuando la obra pierde su entereza; y nada se la arranca tan irremediablemente como un odio de soldadesca con cálculos de altas matemáticas.

Cifrando doctrinas escribe Emile Bayard: «El pensamiento de los siglos duerme en esas piedras que definen un estilo. En los estilos saludamos una depuración, un sello de eternidad, el «hallazgo» después de los afanes de los hombres. La Arquitectura necesita de un pueblo, de una raza, de una civilización, para alcanzar un estilo».

Un estilo es la destilación de una fórmula de pureza. Un estilo ha de traspasar lentamente el tiempo con el dolor y la gracia. Y cuando se prismatiza en las piedras de un monumento como el de Reims, su obra, que principia en lo hondo de la tierra y de los años, no acaba en el filo de las agujas; toda la obra se queda vibrando sensitivamente; recoge la vida que la envuelve, integrándose de generaciones, para evocar lo pasado sobre los horizontes de los siglos y así se plasma un concepto de eternidad. Un concepto de eternidad que unos hombres han roto.

* * *

Esto es lo horrible de la perfección: esto es la angustia de las obras bellas, únicas en sí mismas; que sean frágiles en su fortaleza de vírgenes; y que nada puede devolverles la perdida virginidad. Los hombres se suceden; pasan hollándose sobre sí mismos, y se ignoran o se olvidan ante el espectáculo renovado del hombre. Pero lo superior a los hombres, la obra de ellos, de sus momentos más puros, que alcanzó la plenitud, no la sustituye otra obra sino que la afirma. El tiempo la acendrará; es su hacedor, su orfebre perenne, que apurándola la

desgasta y la roe con una lentitud exquisita y sabia de uñas pulidas, y va produciéndose el estado de postración dorada y de tristezas evocadoras, augustas y santísimas de las ruinas. El tiempo es un arte sin técnica que añade una legitimidad en su destrucción primorosa. Nunca es plebeyo. El plebeyismo de lo feroz está en lo agresivo, en el golpazo, en la desgarradura, en lo «actual».

Mutilada la obra de belleza, ya no puede circular su sangre recóndita por toda la unidad precisa y suya; se detiene en los bordes de las heridas nuevas, bordes agudos, esquinados, astillados, que ya no son suyos siendo de su misma carne. Los escombros de lo perfecto; y los escombros no alcanzan jerarquía estética, sino con los siglos que los vuelven en ruinas, con los siglos que sublimaron la obra según era.

Pero las ruinas no pertenecen a los contemporáneos del vandalismo que los originó.

Nosotros sólo podemos asistir al vendaje y remiendo de la Catedral rota, que nunca será ya ella. Eso es lo angustioso de la fragilidad de lo eterno. Lo irreparable.

Restaurar torpemente es inferir otra injuria a la piedra martirizada; pero restaurar con sabiduría, con exactitud, ya se ha dicho que es restaurar demasiado; y su fidelidad se acerca a la falsificación.

Lo que resulte de la obra remendada, la emoción que le ponga el tiempo, todo lo recogerán otras generaciones. Nosotros hemos quedado interrumpidos del pasado y del futuro, entre los bordes frescos de la herida. Nosotros hemos presenciado la actualidad de una obra que como los astros no tiene presente relativo a nuestro presente; nuestro hoy no es el suyo, y el suyo nunca se proyecta con medidas precisas.

Llamaremos a la catedral de Reims la catedral

heroica, la gloriosa inválida, la ungida, la santa mártir. Se lo dirán los artistas, los devotos, los oradores, hasta los mismos técnicos y los ojos fotográficos que han de esparcir y transmitir la inmóvil convulsión, los gestos del martirio. Un martirio sin recompensa, porque los hombres quedan muy menuditos bajo las columnas y las bóvedas de la catedral.

Esto ha sucedido ahora, cuando los hombres vuelan sobre las frentes de las catedrales, y no podrán devolverles una astilla, un matiz de lo rasgado, ahora que pueden fraguar y montar en piezas articulables una catedral mayor que todas las catedrales, toda de cemento armado.

La edad del cemento armado significa, entre otras cosas, el propósito cumplido rápidamente. Es raro entre nosotros el designio, el ideal a distancia de los tiempos. Ha de intentarse, verse y gozarse ahora. Parece que este egoísmo y prisa equivalga a olvidar las obras estilizadas por los siglos en la perfección de su estilo. Y precisamente ellas son ellas porque se perpetúan residiendo en ese olvido de la pereza del tiempo y desde esa urna de su quietud presiden el espíritu de la humanidad. Duermen las gloriosas catedrales, pero se nos ofrecen como un enorme corazón hincado y ávido de la tierra al azul. Su sangre de sol en un ocaso, un momento de luna acostada en su ritmo, sobrecoge toda nuestra vida, y ese instante se transmite eternamente; y la catedral, inmóvil y virgen, avanzaba sobre todos los tiempos.

...La paz se ha firmado y sellado, y ha de proyectarse sobre toda la tierra; pero no puede tenderse al amparo de las piedras bordadas de la catedral de Reims; la catedral ha de hilarse su paz dentro de la paz, reanudando su sueño, que unos hombres han interrumpido.

1919.

VERANO

Esta casa tiene un pórtico de tres arcos lisos; y la verja, al cerrarse, produce un estrépito bondadoso de portal de heredad. Es un ruido que parece decirnos: ahora principia esto. Y no principia, sino que casi acaba. Una gradilla con dos jarrones de piedra morena y matas de púas; luego, la casa cuadrada y envejecida; detrás, una higuera ancha, que devora los jugos de todo el huerto de geranios. A la azotea se sube, principalmente en verano, para saber si arden los hogares de las fábricas. Barcelona se va desplegando desde las montañas hasta el Mediterráneo, un Mediterráneo cegado de humos, menos los domingos. Los domingos, el mar se ofrece desnudo; es de aguas azules y de lumbre gloriosa, y no de vaho como los demás días. Montjuich es una sierra de verdad, con senderos y árboles y barrancos, toda limpia, como después de una lluvia, una lluvia de claridad, sin hulla. Campanarios y palomos. El faro de Llobregat, como una ermita de yeso; y en el frescor de la vega, entre chopos, hortales y masías, suben las chimeneas de las fábricas, que nos quitan la pureza del azul a los que no tenemos fábricas. Pero ese humo que se acuesta tercamente encima de Barcelona y de su paisaje es la promesa de nuestra quietud, de paz ciudadana, de la paz semanal. Porque el tiempo, la confianza y el pan tienen aquí su medida en la semana. Si alguien nos sobresalta con un presagio de huelgas y tumultos, esperamos el lunes. Subimos al terrado; y si los campos, el mar y la ciudad

se pierden bajo la niebla febril, sonreímos confiadamente. Es una mirada atónita de humanidad primitiva que acecha el humo del ara, según diría un orador. Es la simplicidad de la fe, que no se cuida de la sabiduría de los hombres, de esos hombres que buscan todo nuestro remedio en que el nuevo gobernador de la provincia pertenezca a la estirpe de los ex ministros y que se sacrifique por el bien de nosotros.

Un ilustre cronista habló recientemente en «A B C» del bienestar de Barcelona. La ciudad convulsa nos ofrece un espectáculo de abundancia y de dicha. Es cierto. Es decir, es cierto que en las Ramblas, en el paseo de Gracia, en las calles de las Cortes, de Fernando, de Pelayo..., las gentes bullen, se amontonan y gastan dinero. Los almireces de la Horchatería Valenciana muelen cada día ocho, diez, quince toneladas de chufa de la Ribera para el suco delicioso de las redomas de horchatas. Los mejores edificios los compran o alquilan los nuevos Bancos, que pagan un caudal — cien mil duros, sesenta mil duros — por el traspaso. En los bares, la multitud engulle y bebe a codazos. La voz y la mirada de esta multitud tiene un júbilo de holgura. Pero eso es en la calle, en la calle de las Cortes, en las Ramblas, en el paseo de Gracia... y al español, sea o no catalán, y quizá a todos los hombres, hay que verlos en casa para saber cabalmente su bienestar.

Barcelona es la hermosa ciudad — «esa hermosa ciudad», se lee en los telegramas de contestación de los ministros a las quejas de los barceloneses, textos telegráficos frondosos que acaban siempre saludándose todos atentamente —, es la hermosa ciudad torva y la hermosa ciudad dolorida en sus entrañas. Todavía camina el verano sin revueltas.

Ahora pasa palpitando en todo el cielo el hidroavión de Zanetti. A veces, se precipita retorcido y

loco como un murciélago entre los tejados. Otras veces se hunde en el azul, se queda inmóvil, y entonces —dice un redactor de «La Publicidad» que ha dialogado por los aires con Zanetti—, entonces el aviador pasea o se acuesta encima de las alas y deja el volante como si abandonara las riendas sobre el lomo de su cabalgadura para que pasture a su placer por el prado de los cielos. Después vuelve a la silla, y el ave se derrumba retorciéndose en «hoja muerta». Las gentes gritan: «¡Ese hombre se matará!» Y nos asomamos a ver si se mata.

Nos rodean los cercados y follajes de los huertos, de las torres». Se derriten en la soledad los olores de magnolias, de jazmines, de campánulas. Ya comienzan a entreabrirse los nardos, y caer hojas y erizos de castaños de Indias, de plátanos, de parrales. Las pisadas de un viejo somatén arrancan a un pavo real un grito desgarrador. Ya de noche, entre un ruido recóndito y puro de aguas vivas, suena la queja de oro de los sapos. Cruza una estrella errante como una flor deshojada. No hay nadie en los jardines. Los que pueden tener jardines son madrugadores, o están obligados a veranear fuera de los jardines suyos, aunque sea en un piso de alquiler de pueblo. Pero ya es hora de cerrar la verja de mi pórtico.

1919.

BARCELONA NECESITA UN RÍO

Un señor, forastero, me ha dicho: «Verdaderamente, Barcelona es muy hermosa. Se le ha de llamar hermosa y no hermoso. Pero Barcelona no se parece a sí misma. Quizá tenga todavía pedazos o rinconadas de ella. En conjunto, es una ciudad como otra ciudad grande extranjera».

—¿Cuál? — Y sin contestarme, prosiguió: Los catalanistas no se preocupan de que su capital sea más catalana. En la plaza del Pino, un fragmento arcaico, no hay ningún pino. ¡Eso es muy español! Yo creo que Barcelona necesita un río.

—¿Un río de verdad? ¡Un río para qué!

—¡Cómo se conoce que usted no ha viajado! Casi todas las más bellas ciudades tienen un río.

—¡Pero Barcelona tiene mar!

—¿Mar? ¡Hay leguas de piedra antes de la orilla del mar o de los muelles!

Yo me he entusiasmado imaginándome a Barcelona con río, un brazo trémulo y desnudo que coge por el talle a la ciudad, y luego pasa reflejando el mismo júbilo azul al pie de la elegancia y de la pobreza, por la calle de Caspe y por el Paralelo. Un río, por torvo y tronador que sea, siempre trae en sus aguas el recuerdo idílico de los prados, de los molinos, de los chopos; una emoción de naturaleza, de silencio, de sencillez; una ilusión de inocencia, de primitivismo, de paisaje interpretado desde la complejidad de la vida dura y cerrada de ciudad grande; y, entonces, ese paisaje no significa en nosotros un ansia rural con términos concretos, no

es la óptica imaginaria precisa de una casa y su senda y sus árboles y su alcor de laderas plantadas, sino que ese paisaje evocado es la caricia de nuestra sangre y de nuestros huesos, y es de una visión cosmopolita...

Además, un río le daría a Barcelona silueta monumental. No me refiero a los puentes con candelabros, hornacinas, estatuas y pináculos de mármoles y hormigón, todo doble espejándose en la corriente, sino a los palacios, a los edificios oficiales y a las casas de alquiler. Otra fuera, entonces, la arquitectura barcelonesa en su color y labra, y otro el estilo de podar los árboles. El río cruzaría dos o tres veces por el Ensanche, por la Gran Vía Layetana, por la plaza de Cataluña. Hasta las márgenes se descolgarían las escalinatas y los atrios. Desde cualquier recodo del río, un fragmento, una perspectiva de Barcelona nos facilitaría una impresión de totalidad, y no necesitaríamos subir al Tibidabo...

Es verdad. Al Tibidabo se sube para comer y para mirar toda Barcelona. Homenajes, Congresos, Semanas municipales acaban en la cumbre del monte insigne con un almuerzo y un goce digestivo de panorama urbano. Los que se asoman a las otras vertientes bravías no son legítimos tibidabistas.

Desde las rotondas del tajo del funicular, los ojos se regodean en la enorme cantera rota. Y desde allí, el mar parece más cerca de Barcelona.

En verso, en prosa, en diálogos de familia, se principia o se corona el elogio de nuestra ciudad, diciendo: Tendida entre la montaña y el mar. Todavía es cierto. Pero Barcelona va devorando su topografía deliciosa. Será una víctima de sus bellezas naturales, como una mujer que acaba por suprimírselas. Barcelona agotará sus montes, su-

biéndose encima de ellos, parcelándolos y adoquinándolos. Y la bendición de Maragall: «Dichosa la ciudad que tiene una montaña al lado», llegará un día que no podrá caer sobre la frente de la nuestra. La única sierra del todo geórgica, magnificada por los ocasos, San Pedro Mártir, se ofrece ya en retazos de solares; cada solar ha de ser un mosaico de «torre» y jardín con hortalizas; cada «torre», un título, un nombre impregnado de dulzura lírica o conyugal; cada balcón abierto, un gramófono.

Según ese señor forastero, un río mitigaría la congestión urbana de las montañas, abriendo más por la llanura la ruta de la ciudad.

Pero eso ya no tiene remedio, porque un río, y un río de Barcelona, no había de ser un producto de la política hidráulica, sino un río de aguas caudales y viejas; y un río viejo ya no puede lograrlo ni la infinita voluntad del señor Pich.

El forastero se ha marchado. Volverá. Ése y todos vuelven; hasta los que se muestran más ásperos y desabridos vienen a Barcelona para gozarla muy ceñudos. En el fondo, son los que más se parecen a los que la alaban con exaltación, sin amarla como se debe; y para éstos es la Atenas comparada por Isócrates a la mujer a quien se rinden todas las finezas de encendido amor sin quererla para mujer propia.

1919.

DANTE

El tránsito de la conmemoración

Llegamos los últimos. Ha salido ya la gente y cruje, casi apagándose, la lámpara del voto. La misma gloria del altísimo poeta vuelve a cubrirle como una losa; y si el muerto está tendido en toda la tierra, la losa es enorme.

Parece que no es menester recordar al inolvidable. A los glorificados les creemos siempre cerca. Y vienen los centenarios, dejándonos la emoción y la medida de las distancias.

Pero, entretanto, el poeta duerme en un silencio de soledad; un fino silencio de gloria. Aquí crece la hierba en el ara, que se va quedando de color de sol; se derrite el precario concepto, la fácil pulidez de lo reciente. Todo aparece castamente desnudo. Obra inmediata, grito, promesa súbita..., eso prorrumpe demasiado vertical, sin lejanía, sin horizonte...

En el silencio, en el olvido glorioso (catedrales, claustros, panteones, con aire calmo y nítido, follajes, agua llena de azul y de luna, querencia de pájaros...), aquí es donde más claros y más humanos principian a resonar los pasos de algún devoto. Desde muy lejos se oyen. La piedra envejecida, el tiempo guardado en el recinto roto, laten con nuestro pulso, son una lente diáfana y tremenda que ponen la obra del enterrado encima de nuestros ojos.

Yo no negaré la gloria de clamor, de himnografía, arrimándome a un hombre de tanta eternidad

como Dante, un hombre que vió, en las calles de su destierro, cómo las gentes le dejaban que pasara, diciéndose: «Éste es el que bajó a los infiernos». Pero esa fama placera, que se hace símbolo en una trompa de oro tañida y mordida por la boca de luz de un ángel, motivo ornamental de conmemoraciones y sarcófagos, esa fama no es seguro que la codicien los elegidos cuando viven ni que la oigan cuando mueren. Además de la gloria de creación, gloria máxima, «no de verse a sí mismo en los otros, sino de ver a todos en sí mismo» —según palabras de André Suarés—, el elegido alcanza la de sentirse, la de afirmarse a sí mismo, pasando por sequedades y postraciones; y tiene su apartimiento jerárquico, y allí no le faltará la gloria que austeramente define San Pablo como «el testimonio de la propia conciencia», el que nos habla en voz baja, la voz que más oímos. No hay riesgo de engaño. Quizá no se ha podido discriminar el epifenómeno de la conciencia, pero hasta en los fondos más turbios y movedizos se recoge el dictado que nos merecemos; y si nos abalanzamos a corregirlo, de eso no tendrá la culpa la conciencia, sino los que celebran y exaltan al apócrifo de nosotros mismos.

Por ser quien era, y hasta por lo enjuto, afilado y ascético, desdeñaría al Alighieri el éxito de multitud. Escoge su cumbre. Modela con sus manos la criatura perfecta; le da como alimento su corazón de fuego; la pone al lado del Señor. Y Beatriz desciende y llama a Virgilio y le encomienda que sea el consejero y el *duca* del amado.

De Micer Brunetto Latini recibió la lección de su gloria:

«Quando nel mondo ad ora ad ora
M'inseguavate come l'nom s'eterna.»

El Viernes Santo de 1300, a la mitad del camino de su vida, Alighieri se pierde en una selva os-

cura, pero Virgilio le socorrerá. Juntos ingresan en el lugar apacible, de íntimas arboledas, y allí Dante se reúne con dilectos espíritus, hermanos suyos: Sócrates, Platón, Avicena, Averrohes.

Dante ha escuchado el testimonio de sí mismo, y con su poema en sus entrañas, en las soledades y lágrimas del perseguido, se ve y se proyecta fuera de sí mismo, dándose la gloria que le pertenece; la otra, la que los hombres conceden, se recibe o no por añadidura. Pero en él, los hombres no la negaron. Ha tenido que calar arenales de largos silencios; ha resistido frialdades volterianas, y lo que todavía es más costoso: ha logrado traspasar las selvas bibliográficas.

Yo sé que se les debe mucho a los exégetas, a los eruditos. Algunos son tan sabios que llegan a infantilizarse, y, como los chicos, siempre quieren ver lo que hay dentro de las cosas, y las rompen. Hay quien no las rompe, sino que las desarticula y, después de escudriñar las intenciones más escondidas, vuelve a montarlo todo sabiamente y lo deja vivo.

El artista no crea de la nada. No crea de la nada, porque la nada es todo que aguarda, que necesita la forma que recibe del creador. No es lo mismo que esa modalidad creadora de aprovechamiento, de la que dice La Bruyère: «Nos mantenemos de otros; les exprimimos; y cuando se llega a cierta categoría de autor y creemos que caminamos por nuestro sostén, nos alzamos contra aquéllos, y les maltratamos, como esas criaturas, engordadas por el pecho de una buena nodriza, contra el que se revuelven y lo golpean después de mamar.»

Cada nuevo hallazgo de una civilización remota nos trae un júbilo integral en nuestras emociones, un fino valor de técnica, una virtud de arte. De todo se apoderará el genio para ofrecer su sínte-

sis. Cuando así se hable y se añada que el artista es hijo de su época o se aprovecha de viejas edades, recordemos también que no era diosa el mármol cuando yacía en la cantera, y no nos vanagloriemos de nuestra porción en la obra genial que pueda ir fermentando en nuestros días. Otra frase de Suarés declara mi intención: «Los hombres de la realidad, los hombres de veras, llegan a ser los espectros de los hombres creados por Shakespeare».

Yo, ahora, no recuerdo, no sé todos los legados poéticos y alucinatorios que ha recibido la Divina Comedia. De tan sutiles primores de erudición sólo puedo notar los elementos musulmanes, gentiles y cristianos que intervienen esparcidamente en el poema de Alighieri. «Las doctrinas de los cristianos judaizantes —he leído en Boisssier— que han compuesto los cantos sibilinos, desaparecen de la Iglesia; pero ese tono de imaginación atormentada y pavorosa, las pinturas del Infierno y del Juicio Final, los terrores de la otra vida, se hincaron desde el principio en la poesía cristiana. Toda la Edad Media ha temblado bajo esas amenazas; y su huella resalta desde San Efrén hasta Dante».

El primer antepasado de Dante parece que fué Ulises. De la Odisea a la Eneida se tiende el puente lustral de las almas. Surge ya Platón; y a él se deberá, según los entendidos, la traza concéntrica del Infierno.

De la cabal y curiosa motivación de ascendencia que del poema de Dante va descogiendo Labitte, únicamente me valdré de algunas noticias —noticias esenciadas de nuestro patrimonio de lectores de la «Divina Comedia» y que, a la vez, nos dejan un conocido sabor. La leyenda de Er el armenio, donde las almas de los justos ya se colocan a la diestra,

y las de los réprobos a la siniestra de los jueces, lo mismo que nos prometemos en nuestro Juicio Final. La de Thespesius de Cilicia, que ve las almas arremolinadas en la foscura de un huracán eterno; y, «también», una de aquellas sombras impreca al viajero. Y de siglo en siglo las romerías al Infierno constituyen un obligado motivo y casi un recurso poético, pasando de lo épico a los diálogos de Zumba. La «gehenna» de la Biblia, sima de podredumbre, con gemir y rechinar de dientes, es el mismo lugar de llamas perdurables de la parábola, desde donde el rico avariento pide que Lázaro, el pobre bienaventurado, le refresque la lengua con la humedad de un dedo mojado.

Después, las visiones cristianas, más que la condenación, prometen la salud de las almas. Culmina entonces la idea de indulgencia. San Carpio, arrebatado en espíritu, ve en el otro mundo a los gentiles que se han resistido a sus predicaciones. El santo les maldice, pero el Señor les abre sus brazos misericordiosamente y exclama: «Hiéreme, Carpio, golpéame, que todavía estoy dispuesto a padecer para salvar a los hombres. Santa Cristina resucita, y refiere los espantos del Infierno y los prodigios del Purgatorio y del Paraíso. Dios le ha dado que escoja entre las delicias del cielo o las miserias de la tierra, donde con penitencias y plegarias puede rescatar las ánimas que ha visto penando en el Purgatorio. Y la santa prefiere vivir y padecer. San Bonifacio ha sabido que en la abadía de Milbourg hay un resucitado que trae nuevos ejemplares de ultratumba. El santo le interroga en presencia de los monjes; y el peregrino varón le cuenta que, desgajada su alma de su carne, se le reveló súbitamente el mundo entero. En el nuevo horizonte, la tierra se le aparecía rodeada de llamas. Las sombras desnudas de los que acababan

de morir surcaban el aire. Los diablos y los ángeles se acometían disputándose cada espíritu recién llegado. En lo más torvo de la contienda se presentaban los vicios y las virtudes. Así hicieron los suyos. Le acusó el Orgullo, la Pereza, la Lujuria... Pero el Ayuno, la Obediencia y hasta un Salmo, una oración cotidiana de este hombre bueno, le sirven de valedores. Nos parece que asistimos a uno de nuestros Autos Sacramentales.

Tanto poder logran estos relatos que suben a los tronos, inflaman a los más descreídos, el episcopado los lleva a sus pastorales; amedrentan y ejemplarizan, porque en los portentos hay ya alusiones expiatorias de contemporáneos, lo mismo «también» que en las páginas de Dante.

Después viene un siglo de demasiado temor. Y se paran los viajes al Infierno. Es que se aguarda el fin del mundo, y la humanidad, creyéndose inmediata al horrendo tránsito, no se atreve a imaginar y anticiparse el medroso camino. Y como el mundo no acaba, vuelve con avidez en busca de la sensación de los misterios de la muerte. No sólo brotan prodigios nuevos sino que renacen olvidadas tradiciones acomodándose a los gustos, a la sensibilidad y a la traza literaria del tiempo. Reaparecen las figuras de San Brendan, de San Patricio. Va fijándose el acento conminatorio implacable. Predicando el que había de ser ungido con el nombre de Gregorio VII, delante de la Santidad de Nicolás II, afirma un «caso» de expiación de toda una estirpe: un hombre justo, transportado en espíritu a la vida eterna, reconoce a un noble de Alemania subido en lo alto de una gradería cuyos últimos peldaños se hunden en los abismos de la condenación. La escala maldita, intacta entre el fuego, se va poblando de los descendientes del mismo título germánico. Cuando uno muere, los

otros han de bajar una grada. El hombre justo se pasma de que se haya condenado a aquel patricio tan lleno de virtudes; pero le dicen que uno de los antepasados del noble arrebató una propiedad de la Iglesia de Metz; y como los herederos seguían admitiendo los bienes eclesiásticos, un mismo pecado de avaricia les juntaba en un mismo lugar de penas.

Poco a poco decaen las jornadas infernales. Vuelve la sátira como en la decadencia clásica. Calla el grave y máximo acento de las visiones. A la lengua oficial de la Iglesia sucede el tono menor del romance. Abandona el Claustro los temas alucinatorios y los recogen los troveros. Se van relajando todos los rigores. La tentación no respeta las más altas virtudes. Se percibe como un temblor de alas del espíritu teológico. Es menester que el pensamiento de la muerte se vigorice. Y se acumulan las representaciones macabras, las alegorías de la divina venganza. Los artistas traducen en la piedra, en los retablos, en los vitrales, en las miniaturas, la delirante obsesión del suplicio de las almas. El Paraíso, no; casi siempre escasea la glosa plástica y literaria de la bienaventuranza. Más que ansia de Paraíso, siéntese miedo de Infierno. La fantasía más inflamada se alimenta siempre de realidades, y el artista tiene más documentos de dolor que de felicidad.

Finalmente, en los días en que ya estaba formado el divino poema, Alighieri presencia o sabe una catástrofe popular que es otro indicio del regodeo lúgubre de su época.

Los de Príano mandaron un heraldo por las vecinas comarcas convocando a todos los que tuviesen del otro mundo alguna nueva por revelación o aparecido. Y el primero de mayo acude la multitud al Puente de Corraia. Afluyen lanchones

transformados en cadalsos o teatros. Principia el concurso de terror entre alaridos de réprobos y demonios. Y de súbito, el puente, no pudiendo soportar la pesadumbre, se derrumba, y las aguas se engullen farándulas y público.

* * *

Éste es el sumario, rápido y leve, de los antecedentes de la «Divina Comedia», que Labitte estudia con anchura y entretenimiento.

La muerte, lo que ella nos oculta, el dolorido amor a nuestra personalidad, hambre de nosotros, de ser siempre nosotros, seguirá torturándonos en todos los tiempos. Pero ese mundo alucinatorio, con sus descendimientos a los abismos infernales, ya no eriza nuestra conciencia; ya parece una vejez o una infantilidad literaria que ha ido quedándose en las rinconadas de los siglos. Y el poema de Alighieri sigue estremecido, vivo, con la modernidad de lo cierto; eterno por su técnica, por su verdad de belleza, verdad del arte, «verdad de la poesía, más duradera y firme que la verdad de la historia», según el concepto de Aristóteles. Esta complejidad y plenitud del artista que nunca envejece no la vemos sólo guardada en la «Divina Comedia»; no la traen lo difícil de su «gnosis», de su esoterismo dogmático, y su ímpetu de candor teológico. La «Vita Nuova» está penetrada de claridades; palabra por palabra va naciendo desnuda; todo tiene la sencillez y la inocencia de una luz matinal; todo, allí, parece que quepa bien en las manos de un niño y pueda llevarlo a sus ojos y verlo con holgura, y «Vita Nuova» es el libro complejo y recóndito, de armonías que se tuercen finamente penetrando y nutriéndose con esa fuerza sustantiva de los hilos de las raíces. Este menudo breviario es el precioso documento de todo análisis y

ciencia de amor, de toda exactitud de verbo y de idea de amor, de toda fuente lírica, de confesiones, de memorias, de ensayos, de glosas de sí mismo. Todas las virtudes del arte íntimo y complejo están constitucionalmente en el de Alighieri, y las veo enumeradas por Walter Pater cuando escribe: «Desde el viejo casón de las orillas del Sena donde vive Abelardo, se expande ese espíritu de independencia, de cualidades precisas, de gracia íntima y suave, de agudeza en definir los elementos de las pasiones, de entusiasmo por la belleza física, de culto por la figura humana; todo, en fin, lo que penetra en la vieja literatura de Italia, y que halla su resonancia en Dante. «No encontrará — dice —, no encontrará el Alighieri, antes del siglo XV, un ilustrador que le merezca, porque nadie poseía ese gesto, ese «pneuma» íntimo, esa significación profunda, que hace temblar cada palabra del enorme poema».

La frente y el corazón de Dante se han golpeado contra la piedra de filo rudo del siglo XIII; y demacrado y ardiente, bajo su capuz de grana, se pone de pie, todo rígido, alzándose en la orilla del mundo, para recibir, para arrancar hacia sí mismo, las primeras luces del Renacimiento.

Quedó averiguada y cribada la genealogía de la Divina Comedia. Es trabajo de tozudez, de abnegación y de sabiduría que beneficia a la humanidad, a toda la humanidad menos al Dante. Pero su obra tiene un principio, un vínculo lírico, que siempre la alumbra y le preside. Todo en Alighieri se producirá desde que se le aparezca la «gentile Donna», hija de Fulco Portinari. Beatriz enciende cada uno de sus pensamientos, y ya le acompaña de sien a sien, desde la primera página de «Vita Nuova» hasta la última de «Il Convivio», libro de su vejez arrebatada. Y Beatriz, que es ella por su carne y

su alma, Beatriz es creada del todo por él, y fuera de la voluntad, de la sangre y del genio del poeta que la consustancia con Dios.

En la primavera de 1274, Dante, que apenas ha llegado a los nueve años —y hasta por lo frágil y tímido se le reduce el nombre con diminutivo, el diminutivo que se trueca en glorificación— ve a Beatriz, casi de su edad, y la ama. Amor parece que nos sacuda, que nos trastorne; y amor es la conciencia de nosotros mismos en lo amado; toda la creación nos rodea y se refiere, entonces, a nuestra vida. No en la mitad del camino y de la suya, sino en su principio, lo alcanza Dante. Plenitud y reconcentración. Minero de cada latido de su sangre. Todo dolor de humanidad se recoge gota a gota en su capacidad de amar. Todas las levaduras trágicas, las encarnaciones de desventura, las posibilidades y calidades humanas, en él se subliman. Por eso la implacabilidad de su código revierte en misericordias. Y los que se arrastran azotados por un vendaval de deseo; los iracundos, que se vuelcan sumergidos en el fango de la Estigia; los que yacen verticales, de cabeza, en sepulcros de llamas; los que sienten su carne y su ánima en corteza y raigambre de árboles crispados; los que andan por arenas que bullen y recuecen y con la faz llagada de copos de fuego; los que son mutilados y se arrebatan por juntar sus vísceras y despojos para que otra vez los rajen las espadas eternas; los que se tuercen podridos por enfermedades abyectas; los que sacan su frente viscosa, como una piel de carpa, de la faz congelada de una soledad perpetua de hielos..., todos los condenados de Dante, nos comunican su fuerza humana; y sentimos una encendida caridad de creador conjunta con nuestro propio amor desesperado de criatura. Ya lo que no tiene remedio pal-

pita «desde allí» hasta nosotros en la vida que siempre ha de ser. Nos apoderamos, nos incorporamos, de todos los pecados del mundo como de una verdad.

Y cuando Dante deja a Virgilio, y después a Estacio, y realiza con Beatriz su asunción hasta la grandeza de la ciudad de Dios, su cántico teológico se deshace en los gritos más humanos. Siempre, siempre, con lo imperecedero de la palabra nueva, y única por suya y exacta. Ya no es su palabra elemento para la belleza de mejor idioma; sale de él perfecta como la luz del mandato divino, pero con dolor estético, antes de que prorrumpa el fiat; y esta palabra es la que queda encima de los centenarios, en tanto que el poeta duerme bajo la losa enorme de gloria.

Nuestra época, tan cansada, tan aturdida y dura, se ha visto sorprendida por el tránsito de otros cien años desde la muerte de Alighieri. Nos ha sido dada esta memoria del Dante como una maravilla del firmamento, una maravilla que ha recorrido su órbita, y vuelve a comenzar su rotación para otros. Para otros: éste es el dolor elemental, y por serlo así es grande, que va dejándose el hombre en todas las conmemoraciones. Nuestra Nuestra época no semeja recogida y dotada para sentirlo. Pero nuestra época convulsa, desvalorada, estruendosa, mundana sin elegancias, centellante sin lumbre íntima, toda vestida de telas rígidas y nuevas; nuestra época también debe tener sus umbrías vírgenes, su huerto cerrado y esas rinconadas de inocencia y de miedo que nos acercan a las primeras mañanas y que antes decíamos que se quedaban entre los escombros de los siglos; es nuestra zona inefable. Hay unas palabras de Nietzsche en las que creíamos y pensábamos antes de haberlas leído. Estaban en nosotros y nos fal-

taba su pronunciación. Nietzsche las pronuncia: «En ciertas épocas parece que falta tal talento o tal virtud, y lo mismo en ciertos hombres; pero no hay más que esperar a los hijos y a los nietos, si hay tiempo para la espera: ellos sacarán a luz el alma de sus abuelos, el alma de que sus mismos abuelos no se dieron cuenta. Muchas veces el hijo es el revelador del padre, y éste se comprende mejor a sí mismo en su hijo. Tenemos en nosotros viveros y jardines desconocidos...»

Y yo no sé si consuela o acongoja el esperar a que otros averigüen y manifiesten el alma nuestra, de la que nosotros no nos dimos cuenta...

1922.

LUJO Y NOBLEZA

Aunque el lujo se regatease en las casas de los mercaderes y en las alcobas; y la nobleza, en los archivos y cancillerías y en las alcobas también, los lujosos y los nobles creían que sus galas y sus títulos no eran cosas pegadizas sino brotadas en su carne y en su sangre. Un gabán o un rebociño de pieles de cinco mil pesetas ya participaba de la naturaleza de su dueño como su verdadera piel. El lujoso y el noble lo eran por ser quien eran biológicamente.

Y ahora viene el señor Bergamín; les desgaja, les descorteza de sus personas la magnificencia suntuaria y la aristocracia, y se las tiende al lado para que se pesen y se tribute por estos preciosos dones como si fueran mercaderías de portal.

Ya el ministro ha leído sus proyectos, y antes de la lección, ha predicado la verdad de su obra con palabras que mitiguen el sobresalto de los nuevos pecheros. No lo logrará. ¿Puede el señor Bergamín descoger el concepto, las especies y calidades del lujo, con exactitud casuística? Siempre le vencería la sutileza de un modisto. Siempre vacilaría entre la glosa de la encíclica «Rerum novarum» de un capellán rural y la de un monseñor; entre la conducta del rey don Fernando el Católico, que, oyendo la queja de lo mucho que se gastaba, exclamó: «¡Oh, buen jubón, que tres pares de mangas me has costado!», y la del fabricante millonario que, pareciéndole escaso el oro de una vajilla, la pidió doble y además acortezó de oro la mesa de

maderas labradas. ¿Ha de tributar lo mismo el que toma entre sus manos un libro en la primorosa desnudez de una encuadernación de tisú o de piel cincelada, que quien, para leerlo, lo forra antes con un periódico viejo? ¿Pagará el rico magnífico, y quedará exento el adinerado con mugre? Porque no hay lujo más costoso ni más iritante que el de la sordidez.

* * *

En 1587, Alonso Morgado escribía del lujo de las mujeres de Sevilla: «Usan el vestido muy redondeado, preciándose de andar muy derechas y con menudo paso; y así las hace el donaire y gallardía conocidas por todo el reino, en especial por la gracia con que se lozanean y se atapan los rostros con los mantos, y miran de un ojo. Y en especial, se precian de muy olorosas, de mucha limpieza y de toda policía y de galantería de oro y perlas. Usan mucho los baños, como quiera que hay en Sevilla dos casas de ellos...» Para Morgado hay lujo en el pisar menudito, en el relente para decir, en el agua para bañarse, en el mirar de un ojo.

Pues ahora, aunque sude un ministro clasificando y tarifando plumas, pieles, joyas y medias frenéticas, quedará intacto el lujo interior, la dulce gloria de las espumas de los encajes, del cuerpo bañado y ungido de olores y de toda la variedad de cremas hechas de frutas y de la enjundia de aves y corderos. Estas delicias transpiran para todos los sentidos, pero será menester que los alcabaleros las comprueben, previniéndoles de requisitos y prudencia, como hacen los cazadores que le ponen prisuelo al hurón.

Cuanto más ávidos sean los recaudadores, al querer asir lo que se juzgue de valor subidísimo, no se les quedará nada entre las manos no pudien-

do cogerse la gracia, la elegancia y la belleza que informa y anima el vestido y lo hace codiciable.

En cambio, bien puede agarrarse y torcerse lo que quiere ser una cosa sin serlo, lo que se rebulle estando vano. No hay lujo como el de la simulación ni que más abunde: simulación de poder, de ingenio, de aristocracia, de juventud, de piedad, de gloria, de arte, de emoción, de inocencia, de pecado y hasta de felicidad y de desgracia. A todas se las conoce; todos tienen su prenda, su insignia, su melindre, su símbolo: una barba blanca de sabio, un uniforme de jefe superior de Administración honorífico, un discurso de mantenedor de Juegos Florales, un aya inglesa, una pianola.

Pero ¿qué lujo ha de tributar? ¿El caro? No es posible siendo el más barato. Es ya un principio económico elemental. He aquí un texto:

«...con estas pragmáticas (de los Reyes Católicos) llegó a contenerse el uso de los brocados y bordados de oro y plata, ¿y se impidió por ello el luxo? Nada menos: violentado el gusto y el capricho con tantas prohibiciones, procuró vengarse en cierto modo de ellos en el uso de otros géneros, si no tan brillantes a la vista, no por eso menos costosos. Cuando se usaban las telas y los bordados de oro y plata, un vestido solía servir para toda la vida, y aún para los hijos y los nietos; de suerte que aunque valían mucho en su primera compra, repartido el coste entre los días de su duración y lucimiento, como debe calcular quien quiere arreglar sus cuentas con exactitud, salían mucho más baratos, sin duda, que los que después se estilaron...»

Vea el señor Bergamín cómo en las palabras ingenuas y doloridas del buen historiador de entonces, se quejarán las madres y abuelas de ahora, en

tanto que las hijas segundonas aguardan que se decida el pleito de sus ropas usadas.

Quizá no sea éste el lujo de que se cuide el señor Bergamín, sino del otro, del que no se remienda ni se acomoda a solicitudes domésticas. ¿Cuál entonces? ¿El que no lo es para quien lo trae sino para quien lo mira? Ya es apartarse de de cuestiones suntuarias. Tribute el rico por sus bienes y no por su gusto de galán. Porque si el patricio ha de pagar, por su legítimo continente fastuoso, ¿qué impuesto no habría de exigirle al carnicero, al abacero, al ganadero, al bodegonero, al contratista y abastecedor enriquecidos?

El señor Bergamín, con el impulso que le dejara el señor Cambó, quiere rebajar el ornato de la república, y castigar el espectáculo de la ostentación para remedio de nuestra Hacienda y desagravio evangélico de los pobres. Quizá la Hacienda se beneficie con este arbitrio, pero no sé si el humilde, si el pobre, comerá y se abrigará más porque un duque de Alba pague las cuentas de sus joyas y pieles que no tiene la culpa de poseer.

Ni tiene la culpa de eso ni de su ducado. Ya se sabe que vanagloriarse de doce, quince o veinte abuelos del mismo blasón y solar es inocente y todavía poco para quien puede remontar su origen casi rectamente a nuestros primeros padres con residencia o no en el Paraíso. A no recuerdo ya cuántos miles de duros subiría el tributo que por sus ejecutorias habría de satisfacer según las cuentas de los alborotados senadores aristócratas, don Jacobo de Stuart Fitz-James y Falcó. Pues si este prócer ha de pechar por calidades rancias, tan ajenas a su voluntad como el color de sus ojos, ¿qué no debe demandársele al noble de ahora, al que compra su sangre nueva en las oficinas del

Papa o de Gracia y Justicia, trocándose en abuelo, en primer antepasado de sí mismo?

Si no hubiere remedio, pague el enriquecido y el noble; pero no se quite ni un abalorio ni un cuartel heráldico porque no crea la gente que se encogen de tacaños. Lo único que pueden hacer, para resarcirse es suprimir el lujo de las generosidades, de las que buenamente puedan sentir.

1922.

¡MAÑANA ES CORPUS!

¡Mañana es Corpus!... Se lo dice muchas veces Sigüenza, sonriendo y esperando. Pero Sigüenza no está concretamente contento. No es alegría; es una predisposición a la felicidad. La felicidad de una promesa, o el aroma y el dejo de una felicidad. Corpus Christi, infantil y agrario. Quietud en los campos, en los caminos. Nadie. Las masías cerradas. Todas las gentes han ido al pueblo, todas mudadas, conversando en corros, todas con el deber de la felicidad, heredado de muy lejos.

«Mañana es Corpus», se lo han dictado de abuelos a padres, de padres a hijos, como si nunca hubiesen sido dichosos de verdad y siempre lo aguardasen, la víspera de Corpus, repitiéndose la vieja promesa.

Saber que, hogaño, pasará ese día aquí —un Corpus rural—, es para Sigüenza un goce que le oprime como una pena muy callada.

¡Sor Juliana de Retinnes: quizá fueron tus ojos de niña los que antes compararon la hostia con la luna llena! Pero en la forma del plenilunio faltaba un fragmento. La liturgia necesitaba otro jueves eucarístico. Se lo confiesa la Santa al canónigo Juan de Lausana y al arcediano Jacobo Pantaleón de Troyes, que, cuando trueca su nombre por el de Urbano IV, clama, instituyendo la fiesta: «Cante la Fe, la Esperanza salte de gozo y la Caridad se regocije; alégrese la Devoción, tenga júbilo el Coro, la Pureza se huelgue...» Y

Santo Tomás prorrumpirá en su «Pange, lingua, gloriosi corporis mysterium...» Pero ¡todavía pasa casi un siglo sin prender el encendido cántico en la lengua católica! Clemente V removerá la bula «Transiturus» en el Concilio de Viena, al que asisten los reyes de Francia, de Inglaterra y de Aragón. Ya se aborrecían herejes y creyentes con cada latido de su sangre. El dogma se hizo patria. Las hogueras expiatorias y las luminarias eucarísticas alumbran las ciudades. La Caridad no puede regocijarse mucho, aunque lo diga Urbano IV.

¿Será todo eso el Corpus, Sigüenza?

Y por si acaso no lo fuera, se pone a imaginar: pompa de trono, atuendo de galanía, carros de la farándula, morteretes, tonadas y danzas en que

Era cada cascabel
de un danzante, silogismo
contra el apóstata infiel...

La tarasca, enanos y gigantillas, cruces de parroquias, banderas, guiones, mangas y ciriales; oro de casullas, coleto de plebe, paño de los gremios, jerga de sayales, capa de mendigo, blancura de túnica, de sobrepelliz y de manto de cruzado caballero, brocado y felpa de ropillas, libreas de lacayos, muceta de cardenal, estofas de Indias, terciopelos, paramentos, relumbrón de la Guardia española, alabardas, bandas, plumas, vellones y nieblas de los incensarios, centelleo del viril, la llama de la cima de la Custodia. Catorce arrobas de plata pesa la de la corte; trescientos noventa y dos kilos la de Cádiz; quinientos seis la de Sevilla...

Pero ¿es que recordará Sigüenza puntualmente las cifras?

Ni el rey reposa la siesta de Corpus. Ha pe-

dido de comer en la casa de un vasallo. Así lo hizo el señor don Felipe III en la del duque de Uceda, quien le sirvió un refrigerio de doscientos manjares.

En acabando la comida sigue el bullicio. Ya vienen retumbando las carrozas y se hinchan de viento de verano los toldos de los Autos Sacramentales, que parecen originarse de los primitivos poemas cristianos, como la «Psychomachia», de Prudencio, donde contienden los vicios y las virtudes: la Fe con la Idolatría, el Pudor con la Lujuria. Joan Timoneda, Josef de Valdivieso, fray Gabriel Téllez, Lope de Vega, don Agustín de Moreto, don Pedro Calderón de la Barca... producen su apologética del Santísimo y solazan a la multitud con las gracias y conceptos de los recitantes que han de encarnar y vestir peregrinas figuras: el Sosiego, el Cuidado, el Desabrimiento, la Noche, el Hebraísmo, la Culpa, el Afecto 1º, 2º, 3º, 4º, 5º, 6º, 7º, Máscaras, la Lascivia, Isaías, las Potencias del alma, la Serpiente de metal, el Ateísmo, los Reyes Magos con hachas encendidas, Hugo el Hereje, que se engulle una forma porque quiere averiguar «si en este día este pan tiene sabor de carne»... La jarcia escénica es de una simplicidad laberíntica. En la memoria de las tramoyas de «La Divina Filotea» se advierte que en una mitad del cuarto carro ha de aparecer «un jardín con su cenador, y en él una fuente en que, por elevación, salga un cáliz y su hostia, el cual, escondiéndose por la misma canal que ha de salir, deje detrás de sí un niño de la Pasión...»

¿Es eso, es todo eso, lo que beneficia en Sigüenza la raíz de la emoción del Corpus? ¿Es eso Corpus para él? Eso, algo de eso; pero sin recordarlo, sin sentirlo, que traspasa poco a poco la soledad del campo con tan viejas evidencias hu-

manas en los días lejanos de la víspera de fiesta.

Balcones colgados de colchas caseras y sahumadas, de damascos que tienen arrugas del arcón. Tabernáculos de follaje. Calles y plazuelas recién regadas, olorosas de murta y de chopo tierno. Campanas que giran aturdidas, infantiles, y nos parece que las toquen nuestras manos, nuestras manos «de entonces», manos de chicos delirantes de altura azul; y cuando se cansan un poco de tocar, se sienten las campanitas de otra aldea del valle. La procesión. La procesión dobla por una cantonada de tapias, y al pasar bajo los frutales el palio se inclina y relumbra viejamente. Un pegujalero y su hijo se arrodillan en el ejido. Vienen de traer nieve de los pozos de Aitana; los fardeles de terrones les suda el frío por los ijares; en seguida cuajarán el oro del agua de limón, la leche de la horchata de chufas. Tiemblan las esquilas de plata de las niñas que van delante de la Custodia, vestidas de blanco. Las madres les dicen a sus hijos: «¡Ya pasa, ya pasa Nuestro Señor!» Parece que se sienten las sandalias del Señor en el recuesto. El azul del horizonte del mar se deshila en una palidez de hostia. Desde la torre se ve un trozo de las aguas inmóviles, y va pasando, mucho tiempo, un barco de vela como una Custodia, con ángeles de alas de lona, moradas de sol poniente...

¿Será eso, Sigüenza, el Corpus para ti?

Inocencia de muchos Corpus, sin uno concreto, porque si lo fuese, casi se acomodarían a un ánima las palabras de Stendhal: «Tout homme sensible peut voir dans ses souvenirs que les moments les plus vifs de plaisir ou du peine ne laissent pas de souvenirs distincts.»

Tampoco. No es sólo el dolorido sentir de lo

pasado; es también la emoción de lo no saciado, de lo no vivido, de lo que nó se deseó.

...¿Qué alboroto sucede en el cielo? Las flechas de golondrinas rasgaban el aire; lo gozaban libremente. Y ahora, de súbito, entran los vencejos en todo el mediodía; se precipitan fuertes, raudos, incansables. Son mozallones de domingo, revolcándose en la era azul. Y las golondrinas, las niñas pequeñas, buscan el refugio de su querencia en los cornijales, en las balsas, encima de la mies. Principia el campaneo tan caliente y jovial. De todas las casas suben humos tranquilos. En todas cuecen pan. Mañana todos comerán pan tierno, de regaños rubios, todavía tibio.

Y todos los Corpus palpitan en la boca y en el corazón de Sigüenza diciéndose: ¡Mañana es Corpus!

1925.

CUARESMA

I

Dios y nosotros

«Afligiréis vuestras almas.» Afligieron la suya, y nada. «Hemos ayunado, Señor, y no lo miraste.»

Un vidente se puso a reír con ira, y les respondió en nombre de la Divinidad: «¿Es que también indagaréis mi justicia?» Podían hasta sentirse buenos y puros; pero ser Dios era otra cosa. En el día del ayuno se descubre vuestra voluntad. En la virtud es cuando se desnuda el hombre y se tropieza con su límite. Tiende la mano presentando la cuenta a Dios. Y Dios ha de decirle: «¿Escogí yo ese género de perfección?»

El hombre porfiaba resecándose de merecimientos, rasgando su túnica. Antes que Isaías grita Joel: «¡Desgarra tu corazón, y no tu ropa!»

«Fueron a sacar agua, y estaban secas las cisternas. Abandonó la cierva su cría recién parida porque no había hierba. Los asnos monteses, subidos a los oteros, se trasijaban ensanchando las narices para refrescarse, latiendo como dragones, y sus ojos comenzaron a desfallecer porque no había hierba». Sequedad en castigo de la sequedad. Y se levantó el clamor. Dios inclinóse un poco. Supo que los hombres seguían afligiendo su alma con el ayuno. «¡Que no ayunen! ¡Y si ayunan, que no me lo digan sin obras de misericordia!»

¿Lo había pronunciado Dios o su intérprete? ¿Ni

cómo saberlo, si Dios ha de valerse de la lengua del hombre?... Se receló de los profetas.

Y penitencia y plegaria, y penitencia y plegaria. Cuando ya no se podía resistir a un vidente lo mataban apedreándolo o aserrándolo, para que así muriese según su natural compacto.

Se obstinaban los elegidos en que la humanidad no fuese como es, sin comprender que por serlo se les daba a ellos la gracia de la profecía. No tenían razón, y ésa era la fuerza que los trabajaba, sublimándolos.

«Ayunar, doblarse como un junco, volcarse en ceniza, ceñirse de saco... Con tantas expiaciones, ¿qué discordia habéis evitado, qué hambriento habéis saciado, qué iniquidad habéis reprimido?»

Pero los hombres, en cambio, tenían razón. Lo gustoso para la criatura era sentirse a solas con Dios, humillada, padecida, arrepentida, y que Dios la mirase. Y otra vez el relincho del mal.

Así en toda la tierra, y lo aceptaban los dioses. De seguro que Israel presenció el *affligere animam suam* de los egipcios. «Desollado el buey, le limpian el bandullo, dejándole las entrañas. Cortan y separan las piernas, el cuello y el lomo. Embuten el vientre de pasas, de higos, de aromas y de panales purísimos. Derraman aceite en la víctima y la queman. Y después de abrasada se desquitan los devotos del ayuno hartándose con lo que apartaron de la res.» (Herodoto).

Ayunarán hasta los animales para conmemorar la muerte de Dafnis. «A pacer no salió ningún ganado.» Y en Nínive bajó el rey de su trono, se desnudó de su brocado, y un pregonero daba voces: «Hombres, bestias, rebaños, ni prueben pan, ni pasturen, ni beban. ¡Quién sabe si se volverá Dios y se aplacará y no pereceremos!»

Se prefiere el golpe de nuestra mano que de

mano ajena. La mano invisible de Dios, ¿dónde nos herirá? El hombre se le anticipa; se apresura a padecer hasta con actitudes generosas. Ayuno sin baño, sin tálamo, sin adobos. Necesita sentirse víctima, propiciarse, compungirse, lastimarse de sí mismo, y cuando nos afligimos hasta compadecernos de nosotros mismos, parece que Dios se nos ha transubstanciado y que ya no puede más y nos dice: «¡Basta! Ahora viene la recompensa. Precio del dolor.»

Vió el rey a su hijo en la agonía, y se arrastró y gritó al Señor. Callaba. Y no se oía la respuesta. Otra vez la imploración desesperada. No comió. Siete días de ayuno. Entraban y salían sus validos y criados mirándolo. ¿Lo habría oído y mirado también el Señor? Contuvo su congoja. Y de lo alto caía el silencio. El día séptimo lo rodearon todos. Había muerto el hijo. Entonces David se levantó de las losas, se bañó, se ungió, trocó sus vestiduras, comió, bebió y estuvo con Bethsabé, tan hermosa en su tristeza, y engendró otro hijo. «¡Ayuné y lloré cuando aún vivía, porque pensaba: quizá el Señor me lo guarde!»

Dolor por algo y para algo. Dolor práctico. Lo mismo lo aplicará y ofrecerá Sem que Jafet. Y en lo recóndito de Oriente, el ayuno con maceraciones horrendas, crispándose, inmovilizándose cada miembro, cerradas las manos hasta que las uñas crecen injertando palma con palma; ese atormentado desdén de vivir será el precio de fundirse con Brahama, y después la meditación, el desasimiento budista, se fijará en el hito azul.

El ascetismo más puro de los arios desciende por las viejas planicies de Sennhar y entre las rocas abruptas de Judea.

Se exalta el profetismo. De las márgenes del Jordán salió un aúllo. El río no pudo refrescar

la garganta y el corazón del hombre vestido de pieles, que se sumergía y asomaba goteando y ardiendo. Poco a poco se le apretó la manada de sus discípulos. El desierto se cremó más por las ráfagas de la palabra nueva. Se le sentía desde las ciudades, y los definidores de la pureza y de la doctrina quisieron verlo. «¿No cumplimos nosotros con el ayuno?» Ayunar era quitarse el alimento gustoso; era el sacrificio de la costumbre y de la delicia; no devorar raíces y langostas machacadas. El Bautista les ruge, soltando su vaho de camello y de tierra: «¡Si tenéis dos túnicas, dadle una al hermano pobre!» Los ortodoxos se ríen con la frente plegada. ¡Qué túnica dará el que se cubre de cortezas y zamarras podridas! Sus adictos le dicen: «Un profeta que recibió tu bautismo y va dejando la salud a los poseídos no ayuna y se unge y vive con buen goce.»

¡Qué le importa al que no es sino el clamor del desierto, el soplo que amenaza, el aviso de la santificación! Su alarido golpeaba la piedra. La soledad se poblaba de su vida. Sus discípulos se compararon con los discípulos del otro maestro. Buscándolo tuvieron que juntarse con los ensayalados de ceño duro. Las alianzas episódicas de los enemigos siempre ilusionan de bondad al hombre. Sorprendieron al Señor comiendo con pecadores. Jesús les dijo: «Misericordia y no sacrificio de humo. Estoy con los que me necesitan». Pero esto, que socarraba a los fariseos, no aqueja a los de Juan como reprocharle: «Tus discípulos no ayunan como nosotros.» Jesús, pasmado, les responde: «¿Por ventura los amigos del Esposo pueden afligirse mientras lo tienen a su lado? Vendrán días en que lo pierdan, y entonces padecerán y ayunarán.»

Siquiera vendría ese tiempo ruin para todos. Y

se queda diciendo el Señor a los suyos: «Vosotros, cuando ayunéis, no os pongáis tristes como los hipócritas para que así se conozca su ayuno. Con eso ya reciben la recompensa. Mas tú unge tu cabeza, lava tu rostro, muéstrate alegre.»

Ese elogio de la sencillez y de la alegría desanilló los recelos del fariseísmo, que se regodea compungiéndose profesionalmente.

Pero Jesús, como todos los profetas, ha de apartarse. Se interna en el desierto. El desierto entre Jerusalén y Jericó. Gredas caídas en pliegues deslumbradores; pedernal convulso; eriales volcánicos. Y una Naturaleza tan roída y torva para nuestros pies, para nuestro tacto, se deja modelar dócilmente por la luz y por nuestra mirada; acoge y multiplica las imágenes. Siempre es fondo virgen y propicio para reconcentrar y distender los pensamientos. Nada se glorifica tanto de sol y se enjoya con más dulzura de constelaciones como los riscos áridos. Todo palpita con los pulsos del anacoreta. Todo suena de agua viva de su sed. «Viene la hora.» Y sin embargo, es menester esperar. Cuarenta días resiste el Señor su ayuno y su ansia en la inmensidad petrificada.

...Conmemorándolo se instituye la Quadragésima. Penitencia y recogimiento. La carta de San Dionisio de Alejandría a Basílides es el testimonio más antiguo de la semana de Xerophagia. De la Cuaresma no hay datos anteriores al siglo IV. Su texto más remoto se contiene en el canon V del Concilio de Nicea. Pero el ayuno difiere en cada país. San Atanasio, jerarca de la Iglesia de Egipto, llega a Roma el año 341, y aquellos cristianos se le ríen por la inobservancia cuaresmal de sus feligreses. San Agustín, hablando de la doble oblación del Jueves Santo, alude a los que no han podido ayunar por haberse bañado. Baño y ayuno,

a pesar del consejo de Jesús, seguían siendo incompatibles en la Iglesia de Africa. (Duchesne.)

Los cuarenta días de ayuno no eran sino treinta y seis. San Gregorio —siglo VII— todavía descontaba los domingos.

Cuelga en los templos el gran *lienzo del hambre* hasta el Viernes Santo; pero los domingos se enrollaba. Se mencionan estos velos, que sirven de calendario de Cuaresma, en la literatura litúrgica del siglo IX. Ostentan asuntos de la Historia Sagrada. (Kellner.) Pasan a los museos y refectorios creyéndolos reposteros y tapices.

Treinta y seis o cuarenta días de ayuno constituyen una época de afligida preparación que nos valga en lo perecedero y en lo perdurable. Aceptado el convenio entre Dios y la criatura, ¿no será posible modificar alguna cláusula de penitencia sin rebajar los méritos? Se persuade al Señor. Después de todo, únicamente se quiere un cambio de horario: en vez de comer a la puesta de sol, como el judío, pide el cristiano adelantar la hora: la de nona, las tres de la tarde. Y ni aun atempranándola más, llevando la refacción hasta el mediodía, hora sexta, se rompe el ayuno, cuya esencia está en no hacer sino una sola comida y no en la exactitud del momento.

Se comè a las doce. Pero de hora sexta a hora sexta el arco es penoso. Los monjes llegan extenuados de sus faenas agrícolas al término de las tardes, ya crecidas de sol. Casi no atienden la lectura o conferencia —*collatio*— del anochecer. Para corroborarlos se les da un sorbo de vino. El vino sólo engaña y trastorna al necesitado. Por eso se consiente que se le migue pan. Este pobre alimento de antes de la *collatio* —«la colación»— saldrá del claustro al siglo. Pan y vino de monje

jornalero no bastan a los pueblos occidentales. Y se añaden hierbas y frutas.

No invadirá la mesa penitente ninguna mantenencia del reino animal, exceptuando los peces, por su naturaleza fría y otras razones misteriosas fundadas en las Santas Escrituras. (Dom Guéranger).

Si después se toleran los lacticinios, se compensará la mitigación con plegarias y procesiones de *statio* o parada en una basílica.

Pero se vedarán los huevos y otras gollerías, y abstenerse de sus sabores refina la conciencia de sufrir.

1930.

II

Cruzados, trovadores y sabores

Un arzobispo tuvo que decirle a Inocencio III: «Santo Padre: Casi todos mis hijos han de comer carne en Cuaresma, porque nuestros ríos y nuestros campos no nos dan víveres de precepto.»

El Pontífice le respondió con mucha claridad. Inocencio III necesitaba todo su ímpetu para la extirpación de la herejía de unos hombres que no prueban la carne ni el vino, que ayunan siempre. Y se publica la cruzada contra el catharismo.

Hace tiempo que los cruzados de Oriente traen de Grecia y de Asia nuevos conceptos y delicias de un mundo maravilloso. Al abrirse las puertas de los cielos con su espada se han asomado más a la tierra. No hay gloria sin molicie. Y ellos vuelven con la cruz de su costado desteñida de dulzuras. La Iglesia de Roma les sonríe en sus flaquezas de héroes. Aquí, en Occidente, sin el cansancio del largo camino, pueden gozar, matar y merecer la salvación.

Los cátharos o albigenses —budistas del Languedoc— son los gnósticos más aborrecibles: viven ascéticamente en el error. Para redimirse de reencarnaciones y fundirse en la unidad del Espíritu es menester anularse, negarse todo deseo, acendrar y encordelar los sentidos. La relajación del clero levanta más la execrable pureza de los herejes. Macerados, hambrientos, algunos suben a la hoguera sin sentirla, y de pronto se reaniman y

pueden morir en la plenitud del dolor porque un hermano que presenciaba el suplicio le transmite el signo luminoso del esfuerzo, el «consolamentum» heredado de Oriente. Los ortodoxos se revuelven buscando cómplices. El mejor indicio para conocerlos es la palidez y la demacración de la penitencia. Y los que sin contaminarse de herejía están descarnados y descoloridos se aderezan, se untan, se pintan, se fingen hartos y ebrios.

San Bernardo ha ido a las comarcas heréticas. Ha convertido muchas almas; pero no puede comunicar sus luces y virtudes a la clerecía. Y el mal recrece. Castillos, aldeas, ciudades necesitan fuego purificador. Arrecia la cruzada. Van prelados y nobles. Acaudilla el ejército el abad del Císter.

Las multitudes acosadas se refugian en Bézières. La víspera del asalto, un barón siente una duda:

—¿Cómo distinguiremos al católico del catharista?

Pero el abad lo sosiega:

—Matadlos a todos, que el Señor reconocerá a los suyos.

Sesenta mil personas fueron pasadas a cuchillo. No se reparó en sexo ni edad. Todo fué saqueado. Siete mil hombres se acogieron a la iglesia de la Magdalena. Nadie se salvó. (Pluquet: «Dict. des Heres.» P. Benoit).

Conquistas y matanzas trabajosas sí había que acomodarlas a los ordenamientos cuaresmales. La «tregua de Dios» humillaba cristianamente las armas. Ya Constantino suspende las empresas guerreras los viernes y domingos por reverencia a Cristo, que padeció y resucitó en esos días santos. Prohibida estaba la caza. San Raimundo de Peñafort afirma que se peca si la caza es bulliciosa, resonante, con halcones y perros.

Prohibido el goce del tálamo. Y es la época de los trovadores, de saciedad de mesa y amor. Provenza da idioma y rango nuevos a la vida. El pecado y la santidad alcanzan otra categoría de belleza. Guillermo IX, conde de Poitu, pudiera ser uno de los más antiguos documentos del donjuanismo. Hermoso, audaz, indomable, nada lo contiene. En Niort funda una enorme casa de celdas para una comunidad de mujeres, bajo el gobierno de una priora experta en delicias. Se desposa con una dama casada: la vizcondesa de Châtellerand. El obispo de Poitiers quiere excomulgarle, y a punto de pronunciar la fórmula condenatoria, le arremete Guillermo con la espada desnuda. Se encoge medroso el prelado, y el impío se amansa, de lo que se aprovecha su ilustrísima para acabar la excomunión. «¡Ahora ya puedes herir!» Pero Guillermo le dice: «No te quiero hasta el punto de enviarte al Paraíso.» (Frase reeditada.) Burlador de mujeres de todo linaje. Sabía trovar y cantar muy gentilmente. Sus asuntos ha de referirlos el abate Millot con pudorosa prisa; el del encuentro con dos viajeras casadas le parece inspirado por el Eunuco de Terencio. El trovador se finge mudo. «He aquí un hombre bizarro de quien puede fiarse una mujer.» Se le somete a la prueba de un gato enfurecido. Y el lacerado grita, pero no habla. Después de sus aventuras siempre da gracias a Dios y a San Julián. Finalmente se despide para la guerra santa. Entrégase en brazos del Señor en latín y en romance. Se penitencia con avidez. Lo arrebata un afán de martirio. Y cuando vuelve, cantará los peligros pasados desbordándolo las zumbas y las memorias placenteras.

De los claustros salen trovadores que iluminan con sus serventesios los estrados más rígidos y regocijan las mesas cuaresmales. El monje de Mon-

tandon pide a su abad que lo deje marcharse a la corte de Alfonso III. Corre a España. Su presencia se agradece en todos los festines. En algunas canciones se pinta a sí mismo con desenfado. Dice lo que ama: los convites de gente principal, la compañía de mujer a la vera de un arroyo límpido, el coloquio y el beso, los gordos salmones a la hora de nona... Dice lo que aborrece: el favor escaso, el poco vino, el caballero sin donaire, la mocedad parlera, el gran señor que trae mucho tiempo su escudo intacto, fraile salaz, marido muy enamorado de su mujer, galán que se casa con su barragana, ruin que medra, clérigo que miente. («Hist. litt. des troubadours».)

Aún falta medio siglo para que nuestro Arcipreste de Hita rime sus aficiones: las «duennas chicas, que no trocaría por las grandes, pues en asucar muy poc yase mucho dulzor; es pequenno el grano de la buena pimienta, pero más que la nues conorta et calienta.» Sus martelos de clausura: «Quien a monja non ama, non vale un maravedí.» Las contiendas de la tragonia. Si don Carnal está craso y ahito, a donna Quaresma, justicia de la mar, se le atribuyen ejércitos sabrosos y reparadores: «De parte de Valencia venien las anguillas, — salpresas e trechadas a grandes manadillas.» Las truchas del Alberche, el atún como un bravo león, los cazones de Bayona, las bermejas langostas, los arenques y besugos de Bermeo, los sábalos, la noble lamprea, el sollo, el pulpo, el congrio cecial y fresco, sin olvidarse de los cangrejos ni de las ostras.

* * *

Los breves de tolerancia respetan singularmente la voluntad del hombre. Bonifacio VIII resuelve la consulta del rey de Bohemia, cuya salud no se aviene con la abstinencia, comisionando a dos abades

que averigüen si el rey se había comprometido por íntimo voto a obedecer siempre los preceptos de Quadragésima. No siendo así, que coma según quiere, menos los viernes y sábados y la vigilia de San Matías; que coma, pero solo y no demasiado.

Clemente VI dicta las bulas para Juan, rey de Francia, permitiendo a sus ejércitos la carne si estuvieren en lugares de escasez de pescado y eximiendo de ayuno al rey y a la reina; pero las dos exenciones se otorgan sin perjuicio de votos de abstenerse. Afortunadamente, no suele haberlos. Y así van menudeando de siglo en siglo las dispensas, que alcanzan a los cocineros y catasalsas.

Ese respeto a la conciencia se invierte y llega a informar una casuística de acomodación. ¡Qué importa la puerta por donde entramos en el Paraíso, si el caso es entrar!

La Carta quinta de las Provinciales anota las disculpas de ayuno, según la Teología Moral recogida de los veinticuatro Padres; veinticuatro, como los ancianos del Apocalipsis. Se disculpa al que no puede dormir sin cenar, al que por el ayuno trastornase el orden de sus comidas; se nos disculpa por fatigas de nuestra pobre carne.

En 1741, Benedicto XIV escribe su encíclica doliéndose de las relajaciones cuaresmales, a las que se deben los infortunios de los pueblos y de las familias. Parece que el hombre devoto del setecientos haya de afligirse y clamar como en los tiempos del profetismo. No se atribularía cuando el mismo pontífice se sobresalta del número de solicitudes de dispensa que recibe. En 1745 recordará al mundo la prohibición de *mezclar*. Prohibición abolida hoy, que ya nos sentimos dotados para discriminar heréticamente los sabores.

Las últimas Cuaresmas, recogidas, esenciadas, se quedan dentro del siglo XIX. Siglo de investigacio-

nes y hallazgos orientales. De interpretación y de escepticismo. Íntimo y sutil; de bienestar con la duda y la tradición. Casi nunca se come fuera de casa.

En la de Sigüenza, llegado el tiempo de Cuaresma, se acentuaba la responsabilidad de Camila, la cocinera, y el Nuño el vielo, que iba a la compra. Las manos de Camila tenían las suavidades de tantas masas sobadas, de tanto vaho de condiduras. En su diestra ponía la frente para cavilar la vigilia. Cuando la levantaba todo estaba decidido. Entonces Nuño la oía mirando la noche de estrellas que se bañaban en el puerto. La Cuaresma la decretaba la Iglesia, y Camila y Nuño oficiaban con rúbricas y técnica llenas de gracia. Al otro día, un hojaldre de aceite, con farsa purísima, alarmaba de felicidad de sapidez. Verdaderamente, merecía ser manjar vedado. Y como no lo estaba, se compungía la madrina de Sigüenza comiendo y suspirando: «¡Y es posible que haya herejes en el mundo!»

1930.

EL TURISMO Y LA PERDIZ

La tierra, después de haber sido de Dios y de los hombres, va siendo del hombre. Nunca el hombre amó y perteneció tanto a la ciudad como ahora; nunca salió de la ciudad en busca del goce desinteresado de la tierra. Hasta los poetas que prefieren la gracia urbana y cosmopolita aprovecharán sus vacaciones para coger un ramo del paisaje. El paisaje más íntimo está cruzado, singularmente los domingos, por las rutas felices de las seis cartas de turistas de Taine y de las que crían los tiempos.

Las ciudades eran viejas; su vida, cerrada en las salas de familia; las fondas, desnudas, con olores de patio y de alcoba. Desde la ciudad, desde sus rejas, desde la mesa redonda, ¡qué lejos, qué ancha y soleada se prometía la tierra! Pero ¡qué cansancio costaba llegar al campo en diligencia de mulas, mulas de carretera como los camellos del desierto! Y, después, el cansancio de paisaje y de provincia en los libros. Deber de las descripciones paisajistas: literatura decorativa. El paisaje para que el poeta se acompañe y se cante su letra penada. Deber de la filosofía con naturaleza idílica donde pueden chozpar los blancos corderos de los pensamientos. Esperanto paisajista, que, como el otro, únicamente lo entendían los esperantistas líricos. Ahora, sensaciones y extractos de paisaje; Kodak, cine; paisaje anecdotizado en el Kodak y en el cine; albergues; colonias; Patronato del Turismo. Júbilo infantil y angélico; nieves, prados, sol, fondos para actitudes de inocencias y elegancias que, aunque signifiquen ojos que las vean, no perderán por eso su candor. Inocente retozo el de don Quijote en la hierba y la

peña de Beltenebros, y se revolcó para que Sancho le viese. ¡Aquellos dulces tiempos de estupor, del grito en oda, de curva contemplativa, de voluntaria ingenuidad retórica! Ingenuidad, porque entonces el hombre estaba suficientemente avanzado en el arte para poder equivocarse y sorprenderse en la Naturaleza. Todo lo que se ve, se encuentra de nuevo en sí mismo. Por eso lo vemos. Lo dijo también Flaubert en 1850.

El lenguaje literario del viajero se va cardando y laconizando hasta individualizarse como la interpretación del idioma etrusco. Se prefiere la exactitud. «Entramos en la Nubia, —dice Flaubert—. El paisaje es de una ferocidad negra». Pero la virtud de las exactitudes es la otra: la itinerarista. En el principio de su «Itinerario» nos advierte Chateaubriand que cuando emprendió su viaje, —1806— Jerusalén estaba olvidado. Como ya no había caballeros de las Cruzadas parecía que no hubiera ya Palestina. Su obra servirá de Guía a turistas y romeros. Se monta en París el *Panorama* de Jerusalén y Atenas. Reconoció en seguida los monumentos y lugares según su óptica. «Ningún viajero fué sometido a prueba de tanto rigor. Yo no sospechaba que se transportase Jerusalén y Atenas a París para cotejarlos con mi relato. Esa confrontación testimoniada me ha sido favorable». Se leía en sus páginas el «argumento» de los cuadros *panorámicos.*

Avidez de prolijidad y de identidad. Se quiere el libro de viajes para las identificaciones. No hay ojos que se hayan complacido tan generosamente en mirar como los de Herodoto. Si otros, después, no han visto lo mismo ni tanto, la desilusión —malaventurados los que se desilusionan porque siempre estarán hartos—, la desilusión se compensará con el goce de echárselo en cara. No podría hacerse

con Víctor Guerín, varón auténticamente sabio y puro en sus jornadas, ángel de la arqueología de Oriente, ángel con reloj en mano, identificador de las piedras más dispersas, cronometrador de las distancias desaparecidas. «A las siete y cincuenta y cinco minutos desciendo hacia el Norte por una cuesta rápida. A las ocho y cinco atravieso el Oued Rabadhïech. A las nueve y veinte salgo de un desfiladero a la planicie. A las nueve cincuenta y cinco estoy ya cerca de A'in el-Tin, *Fuente de la Higuera*...» No hay escape para el que le siga con la misma andadura.

Lamartine, para su *Viaje,* fleta el «Alcestes», de 250 toneladas, con veinte hombres de tripulación, un médico, tres amigos, seis antiguos criados; una biblioteca de quinientos volúmenes de Historia. Poesía y Viajes; cuatro cañones; una armería de fusiles, sables, cuchillos. Al levar anclas del puerto de Marsella, Lamartine ha de componer su *Adiós* de 17 estrofas. Lamartine, con todo su cortejo, su atuendo, su inspiración, resulta más hermanado con el turista silencioso en jumento, o en vapor de cabotaje, que con el que pasa en su coche por firmes especiales, orillados de hitos previsores del R. A. C. E., Lamartine y el otro llevaban su intimidad y no rompían las de los pueblos. Los pueblos permanecían en sí mismos, lejanos, después que salíamos de sus quintanas. Ahora la velocidad y la frecuencia enhebra, junta, encalleja los lugares. Los más hermosos de mi comarca dormían a distancias calladas, en el tiempo inmóvil. A mediodía y a medianoche arrancaban estruendosas las diligencias de los hostales de la ciudad. Oyéndolas y pensando en su viaje duradero hacia los pueblos del interior y de la costa, algunos los imaginaban como redondeles diminutos en el mapa de la provincia: Villajoyosa, Benidorm, Altea, Calpe, Benisa... En

lo alto del Barranco de Aguas, que nos seguía muchas horas, al borde del camino, una cruz y una lápida: allí volcó y rodó hasta el fondo una pobre diligencia. El mayoral calzaba el freno y refería la desgracia. La emoción de la muerte y de la soledad tenía leguas suyas... Se tardaba en llegar y en pasar. Los viajeros se persignaban y se querían. Mirábanse con interés recíproco. Iban a sus casas; iban a sus negocios rurales; si estaban juntos, por algo sería. Yo, que no iba por algo, sino por ir, adquiría un rango difícil. Para viajar por ocio estaba Elche. Cerca y en tren. Elche era el único pueblo alicantino celebrado y señalado con la constelación gloriosa de los asteriscos que sobrecoge, de pronto, al tropel de viajeros mandándoles implacablemente que se emocionen. En Elche, «único palmeral compacto de Europa», había de emocionarse también el turista porque estando allí, ha de creer que no está allí, sino en Oriente. Cada Domingo de Ramos, Elche respira en todos los atrios, altares y claustros del mundo. El 15 de agosto tiene su *Festa.* Junto a Elche, la *Alcudia,* su solariega, lleva muchos siglos dando cerámica, vidrios, camafeos, esculturas, piedras insignes aprovechados para brocales, cimientos, tabiques de los edificios nuevos. A Elche, tan medallado de gloria, y tan crecido —Maisón Dorée, Kursaal, Fut-bol, porque la gente no tiene la culpa de vivir ahora—, a Elche no se le quitará el dolorido sentir del tránsito a Francia de su «Dama» ibérica. Otro asterisco: celebridad por lo que se ha perdido. Elche se resigna a *posar* delante del Baedeker con el codo apoyado en la «Palmera del Cura». Elche fué el escogido por el eclipse total de sol de 1900. Sus azoteas y torres se coronaron de telescopios y sabios de todos los países. Flammarion, cabellera y barba de maíz, frente roja y gorda, tropezaba en

el techo del firmamento... Pero yo caminaba por pueblos que, salida la diligencia, cerraban su puerta de fuentes y de estrellas hasta el otro día, sin conocer ni desear al turista. Yo venía de lejos, de la ciudad —treinta o cuarenta kilómetros—; pero yo no era turista o no lo sabía. Y cuando trasbordaba a la enjalma de mi cabalgadura para internarme por caminos rotos, iba rodeándome la soledad y el silencio de 1800, de 1700... Separado del mundo. Desde allí no me podía comunicar con el mundo, sino por un hombrecito que atajaba abismos y breñas hasta que dejaba una o dos cartas en la valija del mayoral de la diligencia. Por mi camino, nadie. Sin querer reparaba en un enebro, un madroñal, una llambria, para referirlo a la imagen de mí mismo, a mi recuerdo límpido y exacto. Quizá, cuando yo volviese, ningún forastero se habría interpuesto aún entre ese arbusto o esa peña y la sensación mía. Yo solo. Y me daba lástima con un poco de vanagloria. Alguna vez, de cumbre a cumbre, volaban las águilas que, de repente, se paraban como subiéndose su manto y preguntándose quién era yo. Y se alejaban nadando por el silencio azul.

Se me apareció Guadalest. Macizos de roca de colores como vitrales. En dos pináculos de peñascal los dos rasgos aldeanos: el campanario y el cementerio, tan aniñados allí encima. Era tan hermoso y sencillo Guadalest que comunicaba la felicidad de la pureza; una felicidad sin posesión de nada concreto. En el instante de sentirla se sabe que está pasando. La buscaremos. Volveremos a Guadalest. Ya no se nos dará sino el recuerdo de nosotros. Y se recibe una sensación simultánea de permanencia que hasta nos lleva al *sigüencismo*. Yo comí en el casón abrupto señorial, con la vieja señora, la única que quedaba. Vi todas las salas; me asomé a la tribuna de la iglesia; me paseé al

sol de la honda biblioteca, de vasares de yeso. Pude guardarme, sin remordimientos, algunos libros curiosos. No me los guardé porque cuando yo quisiera allí los tendría. En Guadalest, tan recóndito y virgen, me esperaría todo, hasta yo mismo a mí mismo. Ahora, ya no está la señora. El heredero no reside en Guadalest. En el casón hay una mayordoma, que no me ha dejado entrar a verme allí desde entonces. No pasan más que turistas con tarjetas del heredero. ¿Buscan lo mismo que yo? La verdad es que por ser Guadalest como era, estaba predestinado a las admiraciones colectivas al tópico en el idioma del excursionismo, a la glorificación en el mapa Michelín. Y así Callosa, Altea, el Ifach, Jávea. Todas las hermosuras más agrestes de mi provincia no se acuerdan, ni ganas, de su doncellez. El hombre las buscará con amor desinteresado. Y esto no tiene remedio. Cuando nos damos cuenta de una perfección nos acogemos a ella acérrimamente. La tierra va siendo del hombre, pero desde hace siglos. Antes de J. C. ya visitaban los turistas a Rodas. Se maravillaban de los escombros del Coloso, del esplendor de las obras de arte. En las plazas, en los pórticos, en las avenidas, se agrupaban las estatuas como vecinos ilustres y extáticos. Plinio cuenta más de tres mil esculturas de oro, de mármol, de bronce. Sus templos —el del Sol, el de Isis, el de Júpiter Salvador, el de Diana del Buen Consejo y, singularmente, el de Baco— guardaban pinturas de Zeuxis, de Apeles, de Protógenes. De Protógenes era el cuadro del sátiro reclinado en un pilar donde acaba de posarse una perdiz. Siempre lo rodeaban turistas y críticos. Se daban conferencias. (La Oratoria, en Rodas, llegó o ser uno de los motivos de atracción de forasteros.) Las multitudes y los críticos se pasmaban de la perdiz, que vibraba, se tornasolaba, le

lucían los ojos con el ardor zahareño de estas aves. Algunos solían traer un cesto recatado por una cobertera de lana verde; lo desenfundaban después del discurso y de la prolija contemplación. Y era un jauloncillo de perdices vivas, pero cautivas, que se ponían a cantar inflamadas viendo la perdiz libre pero pintada. Hasta que Protógenes tuvo que borrar el pájaro, para que los doctos y los turistas se fijaran en su cuadro.

En el paisaje más ingenuo, en las piedras más gloriosas, con ayo de Patronato del Turismo o sin él, siempre habrá perdiz para todos.

1930.

NOMBRES Y RECUERDOS

Joaquín Ruyra

Hace algunos años, don Juan Maragall, ese dulce maestro que va dejando en todas las almas levadura de amor y las prende a la suya con gustoso acatamiento, me escribía una carta buena y sencilla que encendió la fe en mí mismo y derramó gracia y alegría en mi apartada vida. ¡Venturoso el más humilde hombre artista que ha recibido la santa compañía de una palabra amiga, sabia y alentadora!

En lo postrero de esa carta decía el maestro:

«¿Estará ahí nuestro Ruyra también este año? ¿Se conocen? Es un hombre angelical.»

Escasos días después, otro espíritu luminoso, lleno de fortaleza, cuajado de ironías amorosas... y terribles, que ciegan, hienden y ellas mismas suavizan su breve herida con la miel que lleva el filo de su donaire, José Carner, me escribía:

«¿Podría usted visitar a Ruyra, el gran prosista catalán, que vive en ésa, enfermo y retraído? Yo deseo muchísimo que ustedes se conozcan. Ha sufrido y sufre.»

Y lo encontré sufriendo.

Vivía en una casita dorada, cegadora de sol, cerca de un jardín umbroso de olmos viejos y cipreses de calvario, en cuya paz cae, con frescura deliciosa de fuente, el bullicio de los gorriones y las risas de algunos niños.

Estaba don Joaquín postrado, con las mejillas ajadas, desnuda la cabeza, los cabellos, impetuosos, se enzarzaban sobre sus sienes; un recio abrigo le caía encima de sus firmes hombros. Sobre la cama había libros abiertos y doblados, cuartillas y lápices.

Ruyra me acogió con la dulce mirada de sus ojos claros, infantiles, que de acuerdo en cuando resplandecen y ahondan y recogen lo que no perciben ni barruntan otros ojos.

Y cuando pronunció los nombres de los que me dijeron su escondida residencia invernal, una lumbre de amor bañó caliente y dichosa toda la vida del excelso prosista enfermo, y bajo su mirada y su sonrisa parecía florecer toda la grandeza y fastuosidad de Cataluña.

Llevaba muchas, muchas noches de insomnio y de dolores. Su habla, que después, en horas de salud y encendimiento artístico, la he oído vibrar firme y palpitante, sonaba entonces blanda, contristada, llena de resignación que me curaba de impaciencias y descontentos de mi mocedad, entonces demasiada. ¡Bendita y fuerte eficacia la de algunos corazones que apagan la sed y sacian el hambre del espíritu mostrándose alegres y sencillos en el sufrimiento!

Así estaba Ruyra. Yo pensé que su fortaleza y consolación tendrían un precioso origen artístico. Lo hallé acostado; pero entre papeles y libros, la fiebre y el goce de su arte serían como un suavísimo óleo que le mitigaría su mal.

Y me arrepentí de mi visita. Se había apartado y roto el encantamiento.

—Estaba usted trabajando, ¿verdad? ¡Y yo!...

—¡Oh, no se apure! Me distraía.

—¿Es un nuevo libro?

—Muy chiquito.

—¿Una novela?

—¡No! Es un tratado de Álgebra.

—¡Álgebra! ¿De Álgebra, dice?

—Sí... ¿Le gustan, le gustan las matemáticas?

¡Ah, don Joaquín, don Joaquín! ¡Cómo han de gustarme si me parece que nunca las he probado!

* * *

El autor de «Marines y boscatjes» ha llegado a la alta cumbre de su arte. Trabajosamente habrá subido a la perfección, pero aunque alguna crítica, muy docta y veraz, considere la paciencia y la labor como principales virtudes para alcanzar la excelencia y gloria en todo linaje del talento, bueno es creer que, aun padeciendo rigores y trabajos, la cima de la santidad, como la del Arte, sólo puede ser hollada de los elegidos.

La abundancia y flexibilidad idiomática, la agudeza y pulidez del sentimiento se logran con el seguido estudio y detenida visión de la vida que va mondándonos y limpiándonos de nuestra natural rudeza. Pero la íntima y siempre encendida ascua de amor por lo grande y por lo humilde, la adivinación de la palabra precisa, armónica, prócer o llana que se hace carne con la idea y con ella se funde hasta quedar inseparables en fondo y expresión como en la música, el poderío de la evocación y finalmente el transmitir ese incomparable y hondo goce del lenguaje, son virtudes y dones estéticos nada más otorgados a los escogidos como Ruyra que, al allegarse a su mesa de trabajo y tomar su pluma, obedeciendo un gustoso mandamiento que pronuncia una voz inoída, debe estremecerse y sentir algo que sólo puede parecerse a lo que sintió Saúl cuando, después de ungido por Samuel, vino sobre su frente el Espíritu del Señor y «fué cambiado en otro hombre».

Pero Ruyra no será reprobado como el hijo de Cis por la perversión que hizo de la abundancia de gracias que le fué concedida.

Ruyra es sencillo, abnegado y genial; y unas mismas raíces nutren a este escritor admirable y a este hombre bueno.

El párrafo; la palabra. «Azorín»

Hasta hace algunos años, el deleite de la obra literaria estaba para autor y lectores en la masa del párrafo. El escritor se afanaba por sobarlo, redondearlo y cocerlo; y las cuartillas o las páginas eran añacales de pan léxico muy gordo. No importaba que la harina fuese morena ni que llevase hasta el salvado y aun la granza y el tamo de la era. Consistía lo bueno en hacer un pellón grande y vano.

Frecuentemente una idea bien nacida, una visión honda y luminosa del paisaje, de almas, quedaba apagada bajo el apelmazamiento de vocablos estruendosos, pero sin transparencia, sin fuerza evocadora; sin intensidad. A lo sumo, tenían viento fonético.

El lector pronunciaba el párrafo masticando las palabras, y no creo que sintiera otro goce fuera del de la redondez en la lección, un goce labial o dental, que no solía comunicarse al corazón ni al entendimiento.

Nunca anduvieron más unidas la Literatura y la Oratoria que entonces, una oratoria turgente, de períodos brillantes que tiene por ayuda y medianero de su éxito un brazo que vaya trazando en el aire gestos de ramas parabólicas, y por remate, el aplauso del público.

El aplauso es indispensable para la feliz entereza de esta oratoria.

Las manos del oyente se grifan, se estremecen por mandato nervioso, se entreabren, se perciben

para premiar el malabarismo de la pronunciación. El ánimo espera con angustia y delicia el descanso del que habla, el final de la cláusula a la que glosa y pone término el aplauso.

Un párrafo sin palmadas no lo era verdaderamente, ni para quien lo escuchaba ni para quien lo decía.

Precisaba que no quitásemos ese cuidado de la filatería, esa faena en hacer leudo o párrafo literario, por inocente y de absoluta ineficacia estética. La masa, hasta en el Arte, es producto vulgar.

Y nació el estudio y delectación de la palabra. Era el «párrafo» trabajo de ensembladura, que podría lograrse separadamente de la idea. La palabra es la misma idea hecha carne, es la idea viva transparentándose gozosa, palpitante, porque ha sido poseída. Quien la tuvo hallóse iniciado y purificado para merecerla, y padeció y fué dichoso. Pasa, después, al lector, tan casta y verdadera, que percibe como la emoción inicial, y si también tiene preparada su alma, se apodera de la idea desnuda y madre de todas las evocaciones que en su regazo hierven como un dulce y sagrado abejeo, y le parece que llega a la suprema bienaventuranza de crear al lado del autor.

* * *

Hablando del patriciado de la palabra, no es posible callar el nombre de Martínez Ruiz. Quien lo olvide será hombre desagradecido.

Azorín ha alumbrado aguas vivas que han hecho del yermo de nuestras letras un huerto de mucha abundancia.

Todos los escritores castellanos de los años recientes, escritores novicios de la llanura del Arte, y escritores que pisan los altos de la nombradía, todos, si son hombres veraces y honrados, confesarán que el renacimiento de la *palabra literaria* en

España se debe principalmente a *Azorín*. Y él, más que otros, ha hecho fuerte, sabio, claro, intenso y luminoso ese joyel y cifra del estilo que se llama *adjetivo* (tan oxidado y pobre antes), vehemente y rico, pero de tanta templanza y sobriedad, que nos ofrece en esencia toda la substancia de la emoción como un sorbo de vino añejo, del cual, aguándolo, se inflaban odres enteros de páginas.

Que *Azorín* haya resucitado el íntimo valor de la palabra, entregándonosla, en la pureza y hermosura de su desnudez, de su transparencia, y que en *Azorín* se halle el origen de nuevas y escondidas bellezas, no significa que a él le deban las plumas todo su ímpetu y enjundia.

Esas plumas han ensanchado el descubrimiento léxico de *Azorín*. Y con abundancia y sencillez idiomática han iluminado zonas de vida que para aquél permanecen apagadas, quizá voluntariamente y por reconcentración, por la intensidad de su temperamento, nunca por enjutez de sus «entrañas artísticas», como algunos han dicho. Es que *Azorín* libróse siempre del fácil pecado de la sensiblería, pero su pluma, irónica y sobria, se hundió en profundas y nobilísimas ternuras. De *Azorín* se ha murmurado, también, que es tornadizo, y no me parece mal que lo sea.

Algunos llegan a señalarle dos épocas. La primera, colmada de interés, densa, de altísimo humorismo; la otra, blanda, desabrida. A mí me parece siempre interesante.

Su cambio o tránsito literario es honradísimo. Leed la confesión de su moderna doctrina, copiada de una carta suya:

«Yo voy creyendo que la perfección en el estilo es la naturalidad. Todo lo que he leído en alta voz, en voz de conversación, y que parezca afectado, ridículo, artificioso, será malo. Flaubert estuvo toda

su vida preocupado en *hacer estilo;* al final de su carrera vió la inanidad de su ilusión y escribió «Bouvard y Pecuchet» sin estilo. Y ésa es precisamente la obra que ahora se reputa, entre todas las suyas, por maestra. El estilo supremo es no tenerlo, o sea escribir *como todos,* pero con una cantidad de observación y de exactitud que *nadie tenga...*»

Estos subrayados *como todos* y *que nadie tenga,* ¿no constituirán una encantadora paradoja? Yo no sé cómo pueda decirse lo que *nadie* haya atinado a ver y con justeza que *nadie* posea de la misma manera que pudieran escribirlo *todos* sin tener esas cosas. La palabra justa, preciada, necesaria hasta entonces, habrá de ser distinta a todos, ella será el *estilo* como nadie lo tenga; y si se dice vulgarmente, no se logrará esa exactitud como *nadie* tenga.

Es lo cierto que *Azorín* sigue teniendo un estilo como ninguno. Que lo haya simplificado no lo niego.

Clarín, a quien cada día admiro más, consideró al *naturalismo* como una especie de *oportunismo,* y no de *exclusivismo* en la novelo. ¿No habrá juzgado *Azorín* el resurgimiento y la exquisitez de la palabra como otro oportunismo para avivar el fuego del lenguaje que estaba ya bajo la ceniza de la vulgaridad, y conseguida la llama, tiende a localizarla para que no se escalde o consuma todo el hogar idiomático con las cargas de leña mala que van arrojando los plagiarios y adocenados?

Y esto que de él he dicho es una impresión somerísima. El que apetezca un estudio copioso y sabio de este hombre admirable éntrese hasta los codos en el que hizo Andrés González-Blanco, que no tiene quien le iguale en agudeza y fecundidad literaria.

1911.

Noticia de un libro de «Azorín»

Azorín ha publicado otro libro que se titula «Castilla». Los críticos, y los que no lo somos, al pasar las páginas de este breviario de nuestro espíritu, han dicho, o hemos pensado, que este ingenio ha subido ya a la más alta y clara pureza. Pasma la serenidad de este artista. Y sin embargo, es un libro de emoción; y es una emoción que parece desnuda, limpia de egotismo, de individualidad, de lirismo; es una emoción objetiva, originaria de la vida, encima de la cual ha puesto *Azorín* una lente prodigiosa para que nuestra pobre mirada alcance lo escondido y sutil de las cosas, de las almas, de lo fatal, de la huella del tiempo, pero todo apurado y diáfano; y después que lo hemos visto, nos sentimos comunicados de la sencillez, de la gracia, de la claridad; nos hemos explicado fácilmente lo que antes estaba bajo una niebla. Todo es suave y leve; se hace una blanda sonrisa en nuestra conciencia; pero, quedamos dulcemente heridos, porque decimos: «¡Nada más es eso, y yo creía!», que equivale a: «Pero ¡eso es inmenso!...»

Y entretanto, la herida de la verdad lograda nos produce un escozor y como un peso delicioso.

Nuestros ojos llegan a la cabecera de la página, y allí se quedan leyendo: *Azorín.* El mismo *Azorín* parece que nos sonríe diciendo: Yo no tengo culpa de lo que te sucede. Es la emoción de la vida...

Y sí que tiene *culpa.*

Azorín llega a lo más intenso que tiene la sere-

nidad de lo perdurable y de lo agostadizo; porque todo sigue y todo se renueva, todo pasa repitiéndose como las nubes. Un capítulo hay en el libro titulado «Las nubes», parábola maravillosa que hallamos íntimamente en otros capítulos. Todos ellos son remansos del tiempo; en sus páginas está el tiempo recogido, guardado; es un agua honda, lisa, sosegada, y en su faz asoma el pasado y se copia también nuestra vida fundiéndose las imágenes. Nos quedamos perplejos ante esta semejanza de encantamiento que nos resigna buenamente; vemos nuestro hoy de la misma color dorada del antaño, y sentimos lo que nuestra memoria dejará en los corazones de mañana. Nos incorporamos a toda la vida, participamos *objetivamente* de ella sin mengua de la individualidad para sentirla, pero sin violencias ni aturdimientos de nuestra alma ni engaños en nuestros ojos.

«Castilla» se ve bajo un día de invierno; un día luminoso, seco, quietísimo y profundo en que llega la mirada a contar las más delgadas arrugas de los montes lejanos y los surcos de las tierras labradas de las laderas, y se distinguen hasta las pedrezuelas de los senderos.

Los relatos de este libro son de una técnica firme y simplísima insuperable, que sólo este artista ha logrado. Cuenta enlazando dulcemente la imaginativa y la reconstitución. Su fantasía es una sabia señora de espléndida madurez, alimentada con los ricos jugos del pasado. En el «viejo tronco» de la crónica reverdece la nueva vida.

* * *

Tiene este libro catorce capítulos. Nadie ha trazado tan espiritualmente la historia de los ferrocarriles y de su emoción en nuestro solar. La documentación y los testimonios de que se vale *Azorín* son de una curiosidad singularísima. Y descono-

cíamos estas cifras o no nos cuidábamos de ellas, juzgándolas buenas nada más para memorias heladas. Pero elegidas por este hombre, muestran una gracia y un interés eficacísimo. Son éstos dos capítulos de *Los Ferrocarriles,* dos jornadas del tiempo sobre el alma española, tan altiva, tan perezosa, tan reacia.

Ventas, posadas y fondas descubre un lado de la vida de nuestro pueblo. El dibujo es de una sobriedad y exactitud que maravillan; y después brota un adiós irónico y dolorido del clasicismo del abandono y rudeza de nuestra casa.

Sigue el capítulo de *Los Toros.* El hastío y la ferocidad de estas fiestas, expresadas con palabras nuestras y forasteras, le sirven a *Azorín* para hacer una condenación de este brutal y fatigoso espectáculo. Y el autor no necesita *asomarse* a Europa, tópico cansado y embustero.

Después vienen las páginas más conmovedoras del libro: *Una ciudad y un balcón, La Catedral, El mar, Las nubes, Lo fatal, La fragancia del vaso, Cerrera, cerrera, Una flauta en la noche, Una lucecita roja* y *La casa cerrada.*

Conocemos muchas figuras de estos capítulos. Por la soberanía de *Azorín* abandonan el estrado del Siglo de Oro y alientan en el nuestro. El artista ha enlazado la vida sin que se conozca la recia y primorosa soldadura, porque encima de ella florece la melancolía.

La evocación, de tan intensa, sobrecoge el ánimo para dejarlo en una grandeza visionaria. Después de leída una de estas páginas quedamos con el libro abierto en nuestras rodillas, el codo sobre el brazo del sillón, la frente reposando en la mano, nuestros ojos se hunden en un confín desconocido, y de nuestra alma se apodera la secular tristeza del caballero de la casa blasonada, el eterno caba-

llero a quien todos los ahincos y disipaciones de los siglos «no podrán quitarle el dolorido sentir»; y de esta manera vemos cómo «las piedras areniscas de la catedral fina, frágil y sensitiva van deshaciéndose poco a poco; y se comunica hasta nuestra carne la opresión de la vieja Castilla que no puede ver el mar; y como Calixto, vemos pasar, allá en lo alto, las «nubes fugaces e inmutables»; y nos penetra «el fulgor de eternidad» de los ojos del hidalgo que «escucha en la noche el latir lejano del can, siempre despierto; y aguardamos, con una íntima inquietud, que brille la «lucecita roja» y nos envuelva la «fragancia del vaso».

La palabra de *Azorín* es la exacta, la única reveladora de la visión. Si la sospechamos, si la tuvimos alguna vez, se nos aparecería empañada. *Azorín* nos la ofrece en su inmaculada desnudez y entereza.

Lector: no hay prosista que más sabiamente aplique las riquezas de una hacienda idiomática tan inmensa como la que este hombre posee y suministra.

1912.

Poetas

Siempre que le escribo, hablándole de sus libros, a un admirable ingenio de Cataluña, ya citado en mis crónicas y cuyo nombre ha de ser motivo y título de otra *plática,* le confieso mi entristecimiento cuando en la lectura de sus páginas noto detenida y como extraviada mi emoción por las frondosidades de la lengua catalana.

¿Por qué no había yo de poseerla, o él de escribir alguna vez en vuestro romance?

Así lo digo; y no quiero entretenerme ni enfadaros razonando estos deseos, que aquél no ha de realizarse por mi escaso vagar y mi mucha torpeza; y el último no es para que yo le encomie, que contra mi egoísmo puede oponerse otro probablemente necesario y de estirpe regional. Claro que dentro de ese egoísmo mío hay un sentimiento generoso, pues quisiera que se difundiesen las bellezas contenidas en un solar idiomático no muy vasto. Ya otros escritores hicieron examen y alzaron contienda de este asunto. Lo mío no es contencioso, ¡líbreme Dios! Yo sé que, además del amor al habla catalana que vuestros intensos poetas y prosistas han ido heredando de sus primeros padres históricos, cuando conciben un libro o un poema lo piensan en catalán. Es preciso. El pensamiento nace vestido de luz de la palabra. Tampoco se me olvida que Cervantes pedía que los poetas escribieran «en la lengua que mamaron en la leche» y que no se desestimase el poeta alemán porque escribe en su lengua, ni el castellano *ni aun el vizcaíno porque escribe en la suya.*

¡Por qué no sabré yo más la brava lengua catalana!

Debo a López-Picó la alegría estética purísima de haber hallado en «efigie de poesía» algunas emociones recogidas en este puerto levantino, *Nit en el port, La borrasca, La gavina* y *Mariners exótics* me han resucitado la visión de la noche *freda i morna* con su luna roja como un *glop de sang* abandonándose en las aguas del muelle; la tristeza de la barcaza remendada, fatigosa, de costados decrépitos, negra y vieja; de la gaviota hundiéndose en el confín azul, por encima de las velas hechas de luz; de los marineros extranjeros. A estos hombres yo los he visto bajar de sus vapores panzudos y hoscos. Les he seguido mirándolos, mirándolos sin cansarme. Traen zuecos o zapatones ferrados; caminan por el medio de la calle; sus pasos son anchos, enormes, de gigante y retumban como los pasos de una legión de héroes homéricos. Estos marineros son de una raza hecha de todas las razas, y sus ojos, de una impasibilidad fraguada en la grandeza de todos los peligros. A estos hombres terribles e infantiles que despiertan la evocación de nieblas y hielos, de sol, de paz, de una vida de inmensidades, les he mirado insaciable y respetuosamente los pies porque

En el pas d'aquets homes de la mar
aprenguèm els de terra a caminar.

Después, el poeta, muy sutil, deseoso y apenado por el amor, hace orificia con sus sonetos y epigramas; y tiene su pluma un galanísimo hechizo cuando «no sabe si es que en el pecho de la beldad reposa, o si es que en su pecho floreció una rosa». Y tiene su pluma una intimidad dulcemente comunicativa y un intenso poderío en la descripción

al sorprender la vieja calle, apenas acabada la lluvia, que todavía gotea de la gárgola con suave sonecillo cuando aparece una estrella palpitando en el cielo...

Verdaderamente merece vuestro amor y vuestra alabanza esta obra recién labrada por toda el alma de López-Picó; mirad; yo, que apenas balbuceo leyendo los libros catalanes, quiero y admiro mucho a ese poeta tan delicado y tan fuerte.

* * *

En los escasos días que estuve en Barcelona, conocí otra de las figuras más insinuantes de la literatura catalana y de las más silenciosas también. Es la de un hombre recio, que apenas habla, que se ríe como un infantico a pesar de sus moschos frondosísimos, que mira con una dulzura y recogimiento, que de tarde en tarde aparece con timidez ante la atención de las gentes que leen, con un delgado librito de poesías, y luego se esconde como apesadumbrado de haber salido al bullicio y claridad de la sala de la vida, hasta que después de muchos meses y aún de años de un afanoso escuchar el último estrecimiento y pulso de las criaturas, reaparece con otro breviario de mieles poéticas libadas y exprimidas pacientemente de los más principescos jardines de nuestra señora la Belleza.

Hablo de Francisco Sitjá. Y decidme, ¿no es un prodigio dado sólo a los buenos que con algunas páginas se logre asiento en las cabeceras de la augusta mesa del Arte? ¿No son admirables estos poetas que pasan aladamente delante de nosotros, ligeros y luminosos, llevando en sus manos un tomo de versos, una preciosa copa de vino viejo y espeso de la emoción, y la alzan con ademán patricio y luego se retiran para seguir depurando su

vida, clarificando en el divino alambique de la sabiduría? ¿No es maravilla de todos y gracia de muy pocos escritores el hacerse inolvidables sin necesitar una carga de volúmenes?

Abrid por donde os plazca los breves libros de este silencioso, y hallaréis en todas sus páginas una reconcentración poética, una exacta fijeza de la imagen y de la palabra.

La escuela poética catalana ha alcanzado la costosa perfección en ese recamado, en esa exquisitex de lo íntimo de las cosas, de los seres, de los rasgos y emociones que estaban esparcidos y como olvidados desde el gusto sereno del clasicismo. Ha resurgido sencilla, casta y triunfante la poesía en España; y nótase que los catalanes, sin menoscabo de su personalidad, se han apoderado sabiamente de agudezas y elegancias de un noble sabor italiano.

Si antaño, y primero que casi toda Europa, recibió Cataluña los sustentos de la cultura de la madre Italia, no hemos de asombrarnos de esa querencia o predilección espiritual que sienten sus artistas.

1912.

Xenius

En una sala blanca, de mucho recogimiento, de la casa de *La Veu de Catalunya,* había dos mesas grandes y lisas, y seis sillones de haya, anchos, rudos, de asiento y respaldar de cordeles de cáñamo. De la misma madera y hechura, de la misma austeridad y reposo para el trabajo y meditación, eran los sillones que ví en las silenciosas estancias del «Institut d'Estudis Catalans».

Pues en aquel cuarto de *La Veu,* a donde fuí llevado por José Carner, pluma de una serenidad maravillosa, y gesto y palabra de una inquietadora complejidad, había dos hombres sentados a la mesa cabecera: uno, leía, el otro le escuchaba.

Era aquél de una palidez y elegancia patricias; en su figura, en sus rasgos, en sus movimientos, había una intimidad de ensueño, una blandeza como de apurados deleites. El conde Baltasar Castellón nos lo hubiera escogido para un coloquio del perfecto *Cortesano.* Tan suave y apagadamente leía, que sólo escuchándole con la fijeza del señor que estaba frontero podía averiguarse que pronunciaba palabras catalanas. Este hombre era *Xenius.*

El otro era rubio; la blancura de su frente se esfumaba entre el oro fino y liso de sus cabellos; y el azul de sus pupilas se perdía en un misterio de resplandores de anteojos. Tenía avanzado el busto; los codos poderosamente puestos sobre la orilla de la tabla; la cabeza, ladeada, recogiendo en su oído lo más hondo de la palabra de *Xenius.* En su quietud, el pliegue de su frente, en su gesto, denotaba

el ahincamiento de su atención. Era el señor Prat de la Riba.

Xenius leía una *glosa* recién nacida, encendida y trémula de amor a la *Raza.* Y toda la Raza, hecha carne en Prat de la Riba, le escuchaba ávidamente. ¡Cuán raros y dichosos los escritores que tienen la compañía de un Prat de la Riba! Hombre cabal que guarda, como arca de la fe, las tablas de la cultura y grandeza de Cataluña. Hombre generoso, porque de él han nacido los Cambó, y los *Xenius,* la obra de las Mancomunidades y los hogares de la mentalidad barcelonesa.

¿Es que *Xenius* no podía serlo sin ese varón fuerte y luminoso? Sí; *Xenius* resuena y se estremece de vida propia; hay en su alma un seguido fragor de mar y de abejas, y es indomable por su fortaleza, y es dulce y encendido por la miel y la cera de su trabajo.

Pero, sin Prat de la Riba ¿no se hubiera sentido demasiado solo?

Xenius es (entre otras cosas) un depurador exquisito del corazón y de la figura de la *raza*; y acaso ese artista maravilloso no hubiera logrado trazar esa renovación, esa venustidad y soberanía de Cataluña si Prat de la Riba no hubiera ido manteniendo su entereza *étnica,* soldando la tradición con el presente y el mañana.

Claro es que *Xenius* hubiera sido siempre un sediento de emoción, de bellezas y de ciencia, un ensayista mediterráneo intenso y alado; pero quizás alguno de sus libros lo leeríamos en castellano y yo sería de los primeros en regocijarse. Y conste que soy mediterráneo también. ¡Y quién sabe si no viendo en el corazón de la *raza* las virtudes, hubiese quedado sin plasma ni encarnación la *Ben Plantada,* ese breviario de ensañamientos y de idealismos regionales!

* * *

Los hombres distraídos o los *escasamente* «mediterráneos», si hubiesen encontrado a la *Ben plantada* solazándose con sus hermanitas y amigas por la ribera del mar, es posible que no le hubieran tomado por símbolo del restauramiento y continuación de una raza. Pintada esta figura por *Xenius,* se viste de resplandores y hermosura, y es tanta la lumbre de que la envuelve su creador, que llega a mostrar algunas angulosidades y durezas.

Confieso que yo no debo haber recogido toda la anterior fragancia de ese peregrino libro por mi cortedad para entenderlo; y así sucede que creo equivocadas algunas de sus definiciones o adjetivaciones, como el concepto del nombre de Teresa en Castilla. Prueba también mi torpeza el no gustar del orden y disciplina que traza para el ejercicio de la caridad, singularmente que así la practique la *Ben plantada* y aquella glosa, en bastardilla, de la madre: *no deu ser d'aquí.*

Después, ¡cuán magno y dulce resulta ese evangelio de armonía, de paz, de pureza, de indulgencia, de templanza y de ironía, virtudes de una admirable *sophrosyne,* que la Elegida predica antes de su tránsito para mitigar los ardores y tribulaciones de *Xenius.*

Siendo éste un libro de la raza y para la raza, su autor habla también *particularmente, individualmente,* a los hombres; y cada hombre puede sentir los fervores de *Xenius,* recibir enseñanzas y comunicarse de sus ansiedades. ¿No tiene esto más eficacia que las palabras de lección que oímos algunas veces y que no recogemos porque no nos sentimos aludidos como hombres, sino como conjunto, como nación, como especie, y consideramos tan repartidos y derramados los avisos y consejos que

dejamos que los demás los recojen y practiquen?

La *Ben plantada* es un libro intenso, de *aparente* serenidad, libro de consagración», según algunos, y libro de malquerencias y recelos para otros.

* * *

¿Qué habéis dicho, que habéis sentido vosotros, hombres de Cataluña, escuchando o leyendo lo que dijo *Xenius* en el estrado cultural de Gerona?

Y vosotras, *eterno femenino,* que tenéis el sublime tesoro de la «memoria del corazón», ¿cómo recordáis los párrafos del discurso presidencial de Eugenio D'Ors, párrafos fastuosos que, siendo tan profusos y casi plateresco, siguen dócilmente la línea amplia, fina, atrevida y única del pensamiento que prorrumpe en la primera palabra de la oración y acaba exacto en la postrera, haciendo una curva de ideación serena y firme como un arco iris en el cielo latino?

¿Recordaréis la comunicada emoción del ««capvespre veneziá» pagano y místico, de la ciudad dorada y trémula fundiéndose en el sueño de las aguas de los canales y en la blanda palidez del cielo y en la gracia de leyenda de los palacios; y aspiraréis el perfume del donaire melancólico «de les renovades Afrodites», y os sentiréis poseídos de toda la exaltada visión del artista sin que éste se os ofrezca como hecho de su mismo verbo poderoso?

Son para mí estas páginas dei inspirado *Discurso presidencial* las más *legítimas* de la inflamada pluma de Eugenio D'Ors, sin excluir las de la *Ben plantada.*

No quisiera yo que en ese vocablo «inspirado» que antes puse, viérais un adjetivo traído y hasta roído por el uso. Lo he escrito con la gustosa posesión de la verdad de la palabra. En toda obra de

Xenius será justo, pero aquí es el único. Y, sin embargo, de ese arrebato «original» que parece presuponer la inspiración, hay en *Xenius* un reposo contemplativo, una transparencia y claridad científica. Porque el corazón calenturiento de este hombre aplaca muchas veces su sed en los vivos y profundos raudales de la ciencia. Alabada ha sido la ciencia por los artistas; pero muchos de ellos nada más poseen un don intuitivo, y el arte de estos espíritus sólo deja un sabor agradable y ligero, una dulzura destilada de una sola planta. La obra de *Xenius* sabe densamente; su miel está hecha de muchos jugos, algunos han zumado de flores amargas y bravías del huerto de las musas y de otras tierras que llevan el árbol del Bien y del Mal, y su miel no es dulce del todo.

...La oración que leyó *Xenius* en Gerona «a punta de tardor» nace de las lacerías de una criatura monstruosa.

En otra tarde... envuelto el artista de fragancias de bellezas vivas y de aromas de antigüedad, buscó descanso bajo la gracia de su templo amado. Allí se hacía un remanso de silencio y de paz. Venecia se le desnudaba, se le entregaba en toda su hermosura, y a su lado, un jiboso le ofrecía toda su fealdad y mancilla.

Acaso el alma de *Xenius* padeció un instante de inquietud, la angustiosa vacilación entre el Horror y el Amor.

Santa María della Salute surgía de calamidades y muerte, como brota la flor del estiércol. Y *Xenius* fué encontrando la parábola de purificación estética y social.

Su mirada, expandida en la belleza del crepúsculo veneciano, se retrajo y contuvo en las torturas de un monstruo.

Entonces, pudo haber nacido la lamentación so-

llozante del desconsuelo y el grito de repugnancia y de protesta; pero el artista, alimentado de sabiduría, vió la raigambre del templo y surgió la idea consoladora.

Para bien de *Xenius* y de la espiritualidad catalana, quiera Dios que siempre que ese hombre halle en su vida una criatura ruin y jibosa, sienta sobre su abrasada frente el amparo y gracia de una Santa María della Salute...!

1912.

DE UNA CONFERENCIA DEL DOCTOR INGENIEROS

Estaban abiertos los balcones. Las verdes frondas de los plátanos entraban su serena impresión de huerto académico en la sala; pero el vocerío, el fragor, la inquietud de la ciudad invadían y hollaban el reposo que conviene a todo recinto de sabiduría.

Para mitigar los ruidos, el ilustre doctor Galcerán cerró los cristales cuando el conferenciante apareció en el estrado. Y en seguida, la noble y ancha frente de Ingenieros sudó como en una alcoba de enfermo que no se orea. Su pañuelo, que al salir de la angostura del bolsillo palpitaba gozosamente como una ave blanca y sagrada, fué marchitándose, crispándose, reduciéndose en la mano del orador. El pañuelo tuvo que constituirse en rasgo inseparable de su figura; ya fué carne y vida del admirado psiquiatra. Todo esto quizá aconseje que las casas de estudio, de meditación, se hallen en lugar silencioso, donde se tenga recogimiento con las ventanas abiertas, y llegue la serenidad de los cielos, la emoción de la naturaleza a los ojos y a la frente del hombre que nos da su saber.

Alumbróse la sala del Colegio Médico, y resplandecieron los dorados del menaje y los frascos de los armarios que cubren las paredes. ¡Qué enorme farmacia! Vió Sigüenza un óleo viejecito de la reina María Cristina. Este olvido o pereza del decorado del Colegio Médico es de mucha placidez. Tiene una grata paz de filósofo, descuidado del tiempo

—que va perdiendo «categoría» metafísica— y distraído de sus pompas, se viste unas ropas anticuadas y arrugaditas, de una profunda fuerza evocadora.

Demasiadas evocaciones debía tener la levita de nuestro sabio Ramón y Cajal cuando no le dejaron que la trajese en su primera salida al extranjero. Y cuentan que sus devotos le ofrecieron otra levita nueva de estupendo corte británico. Son terribles los admiradores de los hombres excelsos.

* * *

Parece ya acordado que un conferencista llegue a su tribuna entre una masa torrencial de gente, como los predicadores suben al púlpito pisando mantos, haldas y rodillas de devotos. Pues Ingenieros no hizo esa entrada tumultuosa. Sigüenza fué temprano, y ya estaba Ingenieros en la sala conversando con algunos señores, como si hubiese ido para escuchar a otro.

Encima de la mesa, todavía apagada, el sombrero de paja del esclarecido maestro bonaerense cubría amorosamente un libro muy rollizo.

La figura de Ingenieros es de una blanda gentileza. Su juventud al lado de su copiosa labor hace imaginar una vida atropellada, desbordando de sus años. Y en ese hombre hay una amplia armonía de holgura de tiempo; tienen sus labios el gesto de suavidad irónica de los que se complacen largamente, sin agobios de horas, en las ideas y contemplaciones, exprimiendo desde la miel hasta el hondo amargor.

Pero no coincide la sutil burlería de su boca con el ahinco de sus ojos breves, ávidos, afilados.

Está sonriendo porque ha sentido el vuelo de una sabrosa memoria, y ya su mirada y su frente se han asomado a otro horizonte.

Dijo el doctor Galcerán su panegírico. La mano,

las mesuras, de elegancia académica y presidencial, dirigían los adjetivos hacia el insigne huésped, que estaba a su costado; éste le escuchaba con curiosidad tan «anónima», tan sencilla, tan de «público», que Sigüenza se preguntó: ¿Es que no será Ingenieros ese señor que se está enjugando las sienes, las mejillas, los dedos, los pulsos?

Y sí que era Ingenieros. El doctor Galcerán se puso la mano izquierda en el talle y con la diestra le ofreció muy galanamente un enrollado pergamino.

* * *

El anuncio de una conferencia atrae más a Sigüenza por el conferenciante que por su asunto, siquiera prometa maravillas.

Un discurso de Unamuno, afirmando o negando —da lo mismo— que nuestros primeros padres Adán y Eva hablaron en eúskaro bajo el hermoso manzano del Paraíso, sería tan sugestivo, tan íntimo, tan inquietador, de tan gustoso jadear de toda el alma, como otra oración del glorioso rector de Salamanca tratando de los caminos vecinales.

En cambio, ese tema de «Psiquiatría nueva y leyes viejas» puesto sobre los hombros de un orador resplandeciente, sería un recitado sonoro de todo Zimmer, si queréis, pero de una aplicación casuística de códigos, y de tanto resol retórico, que Sigüenza se dormiría sin ningún remordimiento.

Hay eminencias que son nada más que el tema, y aún menos.

Ingenieros es en sí un tema, de manera que será siempre la humanización de lo que diga, sin rigidez de legajo; y su ciencia tiene la flexibilidad caliente de su temperamento de artista.

Del claro análisis que hizo de la Psiquiatría vieja, la lóbrega, de endemoniados, aojamientos y maleficios, sin otra terapéutica que el poderío de un mago

y los exorcismos; y la Psiquiatría nueva, la histológica, sin otro misterio que el fatalismo fisiológico contemplado bajo la lente del microscopio, sin otro tratamiento que el secuestro del alienado, llegó Sigüenza a preguntarse si la Psiquiatría de mañana no impondrá un régimen preventivo. Porque Ingenieros reclama fervorosamente la defensa de la sociedad; y la sociedad futura, como más perfecta, sentirá un acendrado egoísmo de su conservación.

Ingenieros exige del psiquiatra, del médico que ha de asesorar a la justicia, que sea puro, austero, y no un abogado «de la parte contraria».

Sí, sí; es necesaria la ética severa del médico, para que, al menos, las gentes no sonrían y se desorienten oyendo que una eminencia forense afirma un «estado crepuscular» y de irresponsabilidad absoluta, y que otra eminencia lo niega.

Pero, señor Ingenieros ¿no le daría lástima tanta ética en un dictamen para un juez que no supiese lo que significa *abulia parcial*?

Acabó su plática el ilustre catedrático de la Argentina lamentándose de que nos cuidemos más de la tradición heroica y de la flamenca que de la cultura. Fué su único párrafo «oratorio»; y tuvo una limpia y generosa belleza.

Cree Sigüenza que nadie se acuerda ya del Cid fuera de algún poeta de Juegos Florales o de algún coronel en una alocución a su regimiento.

Y en cuanto a la majeza, toda Europa se obstina en que la conservemos, aunque tengamos que disfrazarnos de flamenquismo.

1914.

EL DEDO DE DIOS

Cuando vino la luna grande que esperaba Granados salieron de las calles de la ciudad las tres familias de los tres amigos.

Iban a la *Sala,* toda blanca y perfecta, que un hombre fervoroso del maestro le ofreció para que los devotos se juntasen y comiesen la dulce *Pascua* de la Música.

Bien sabéis que está casi en el principio de la montaña y de la intimidad campesina. El fresco ruido del agua y de los árboles, el cántico de delirios y congojas de los ruiseñores, el balbuceo de oro de los sapos van desnudando el silencio. Allí no han llegado las chimeneas de las fábricas. ¡Es una lástima que pase un tranvía y que pasen tantos autos, o que no vayan descalzos, o «de puntillas»!

Esa noche, en su casa, el maestro no hubiese podido tocar como deseaba: los alaridos de bocinas, estridencias de carriles y cables, estrépito de calle adoquinada, habrían roto el recogimiento apetecido.

—¡Huyamos de los tranvías! — gritó como un muchacho; y para huir se subieron a uno pesado y gordo, de sombrero duro de *imperial.*

Y se acomodaron encima del sombrero.

Llegados a la Avenida del Tibidabo, los hijos y los padres, las tres familias, corrieron infantilmente por la cuesta, entre reposo y luna de noche de campo.

Después la *Sala.* En lo hondo, un aposento de

paredes lisas. La luz caía cernida desde un fanal de ropa. Los sillones dejaban una sensación olorosa de ramas tiernas. Y la mesa, ancha y desnuda, recibió la llamarada de gracia y de júbilo selecto y geórgico de las fresas y cerezas heladas, de los limoncillos con las entrañas cuajadas en nieve dulcísima. Estaba abierta la ventana y venían las palpitaciones de los huertos dormidos.

...Conversaban de los terrores estéticos y humanos que uno de estos amigos sintió, de noche, vagando por los claustros desgarrados, por los cementerios y los caminos de ronda ruinosos del monasterio de Poblet. Ojos fosforescentes de aves agoreras le miraban, le seguían fijos y yertos como a través de un párpado de moribundo. Un miedo de apariciones, miedo de un mundo deshecho en el pasado, un mundo viscoso, resbaladizo, y la complacencia en su terror le hincaban en una quietud también de vida pasada y fría, y estando él inmóvil, vió respirar el pecho mutilado de una estatua de tumba. Y huyó perseguido de miradas azules de buhos, de pasos de piedra de pies esqueléticos. En el ciello prorrumpía la fantasma del cimborrio; y él sepultóse entre yedras, y subió con ansia de sentir más miedo...

Granados escuchaba dilatando sus ojos, aquellos ojos tan inmensos y amargos que semejaban recoger la proyección de un vuelo de aves aciagas invisibles para las otras miradas; retorcía las manos, sus manos largas y pálidas, que tenían emoción de frentes pensativas. Una de ellas, plasmada en yeso, guardan los hijos, y contemplándola, se ve como un estremecimiento de vida de creaciones que le dejó el contacto de la piel, y surge todo el padre...

Y alzóse Granados; y ¡dijo que él quería y casi necesitaba crisparse de aquellos terrores del mò-

nasterio, y sumergirse en sus soledades, que laten como el corazón de una humanidad trágica!

De súbito, se detuvo delante de un cuadro, de un grabado con vidrio verdoso, como de agua de mar clara, quieta y fatídica. Y profirió:

—¡Ese monasterio impresionará tanto como esta estampa!

Todos se acercaron.

Era un fragmento de *La Creación* de Miguel Ángel. Dios tiende su brazo, y bajo la punta de su índice se produce el primer hombre, que palpita de vida recién hecha, sobrecogido, maravillado de Dios y de sí mismo.

Y mirando al Creador, que le manda que sea; y mirando a la criatura que obedece, nos imaginamos otro cuadro de otro hombre temblando bajo el mismo dedo que le manda que muera... Quizá lo imaginó Granados, porque se puso lívido y se apartó del índice...

1916.

RAFAEL ROMERO

ALONSO QUESADA

Al lado de un muerto se habla muy despacio, dentro del silencio que se quedó en la casa como una niebla, la niebla de su vida ya tan remota, y está parada delante de él.

Si alguien viene gritando, nos volvemos a mirar, y aguardamos que pase para seguir en nuestra quietud junto a la inmovilidad tan rígida.

¿Quién nos pide que bajemos la voz, que no hagamos ruido? Un índice que nos parece de su mano se fija en nuestra boca apretada. Se siente muy profundo el pulso del tiempo.

Siempre que muere alguien que tuvo un acento suyo, por lejos que sonase, siempre lo decimos y hasta lo pregonamos; y cuando murió Rafael Romero, no. El silencio estremecido del mar se anilló al silencio de su muerte.

Siempre se publican elogios con orlas. Los leemos, los repetimos, los gritamos a los otros. Y, entonces, no. Abrí un telegrama; y leí con los labios cerrados: «Rafael ha muerto». — Luego, el nombre de su mujer. Yo no dije nada. Los demás que estaban mirándome, también callaron.

* * *

Pero él sí que dijo muchas veces que se iba a morir.

En seguida se nos aparecieron los presentimientos que debimos tener, y no tuvimos.

Nos avisaba de su fugacidad, y no le creíamos, quitándole, apartándole a él para quedarnos únicamente con el temor desnudo de su lírica.

Un día llegó a escribir:

¡Has de ser tú, Amada Muerte aquella...
la que ha de darme toda
la mar para la sed del ánima!
¡Y no ha de ser la otra
que yo más quise, mi salud lejana...!

Ni aún entonces creíamos en la promesa de su verdad. Pero ¿es que él la creía y aceptaba? ¿No comete el artista un entrañable repudio objetivando lo que le posee y desespera, creándolo con la forma, haciéndolo realidad desincorporada de su vida? Escribió *La Umbría,* la tragedia de la familia que lleva la maldición en sus pulmones y en las piedras y en las vigas y en los árboles y en el pan de su casa. Volcó el espanto de su sangre en las criaturas cuajadas con sus manos. Y habla de persuadirse que desincorporándose su mal creaba un semejante.

Cuando se viera a sí mismo en si mismo principiaría el dolor de hombre que no pudo valerse ni de su arte. Realidad estricta, sin distancias donde proyectarse; el artista trocado en asunto concreto. Bajo sus ojos nada más que él.

* * *

Por las preciosas páginas que don Miguel de Unamuno escribió para el libro inicial de «Alonso Quesada» se desliza la figura de Manuel Macías Casanova, un amigo de Rafael Romero, que muere calcinado por un cable de alta tensión.

En ese libro pasa el *Coloquio en las Sombras;* el viejo sillón vacío era el del amigo muerto, y don Alonso sueña con torceduras en el seso y prorrumpe: «¡Ah, el azul del Amor!»

En ese libro está *El Último Dolor,* cuando los ojos clarísimos de la madre dejan partir la luz sin detenerla; pero el hijo se queda en el sendero delante sí que todavía ha de caminar desde el principio...

Y en ese libro *el Poeta llama a la Muerte* amada la eterna; pero tiene el monte a sus pies, una estrella y un signo en su mano y el rojo sol encima.

Allí le sobra al día oro sin hilar y le dicen al oído, con todo el corazón que está viviendo; y allí se pone atirantado en la orilla de la isla, y el velero no se aparta jamás del horizonte.

Un aire fino mueve el copo del lino de los sueños. Frescor de la misma blancura todavía con el oloroso tacto vegetal; blancura que se desdobla en la mañana tan inmensa y toda embebida del lino nuevo. Primorosa felicidad —su demasiado bienestar de la vida —guardada en las cápsulas maduras de la planta; y cae de las bayas la simiente de la sonrisa rebotando en el frío de los rótulos de la banca inglesa colonial. Gracia y limpidez en la severidad anglicana de escritorio y capilla. Zumba de buen sonido español en atmósfera británica. No lastimará al gerente ni al tenedor de libros ni a la razón social que tiene casa en una isla de fruta y de sol y con un poeta dentro.

Los pliegues de lino envuelven una inglesita muerta. Virgen. Blanca, Leve. Nada. Una hoja de rosa en el azul de un verano eterno.

Está muy lejos la muerte de «Alonso Quesada».

* * *

¿Y después?

Su obstinación es la vida. El silencio encendido y el grito ávido en su soledad y en su hallazgo.

¿Qué hay detrás de la mar para que tienda sus brazos con el ímpetu de un brinco de orilla a orilla? Detrás, el que le llama para que salte es él; él sin isla. Y Rafael Romero es «Alonso Quesada» por la isla.

Tomás Morales y «Alonso Quesada» —ya se juntaron los dos en la orilla eterna— se deben opuestamente a la roca que pisan, a las aguas de sal que

les rodean. Las magníficas lumbres, los filos de la geología recremada, las leguas de distancias, las muchas rutas de los horizontes trasatlánticos, las lonas hinchadas de los veleros, las antenas radiotelegráficas, tránsito de gentes con sus delicias y pobrezas por los muelles insulares, les dieron el tono y el sabor y la medida de su arte.

«Alonso Quesada» es prosista cabal en sus cuentos, construyéndose y contándolos. Sus muros son firmes, y no dejan transparentar la otra técnica del vecino, más afanosa si el vecino es poeta y el poeta es él mismo.

Su obstinación es vivir. Vivir espacialmente. Verse a lo lejos. «Es que era el espacio—. Y no sabía serlo». Pronto él, en su plenitud atravesándolo, porque había de cerrarse con celeridad su órbita espacial y breve.

Y se sumergió en el silencio tan grande y en el silencio de todos, como una lámpara en las aguas de círculos salobres, incesantes.

...Pasado el año de su muerte tan callada, se publican, por generosa voluntad de «Atenea», las Obras Completas de Romero. La muerte ha completado el camino casi recién abierto. Obras Completas que significan aquí que ya no lo serán. Se quedó tendida su mano a lo largo de todas las que no pudo escribir. Estaba deseando acabar de decirlo para añadir encima lo contrario; pero tendrá más exactitud ponerlo al lado: los libros que nos dejó son cabales; todo él en ellos: rebeldías, infantilidades y torceduras; casa y soledad acometida de crispado ademán y encogimiento de hombros, con los puños en los bolsillos, sonriendo a los luceros y a las piedras...

¡Si hubiese vivido más! Pero diciéndolo, ¿no pretenderemos disculparnos de haber pasado distraídos junto a su portal entornado?

1926.

UNA FOTOGRAFÍA DE DON MIGUEL

Don Miguel lleva en su mano y en su brazo el manuscrito de «El Cristo de Velázquez».

Acabo de leerlo delante del altar mayor. Esperó que se fuese el conserje del Monasterio. No se marchó el buen hombre sin contarnos que el inmenso retablo, todo de alabastro de Serral, era obra de Damián Formente, por la que pidió 4,060 ducados de oro — 12,900 pesetas — y una mula de adehala. Probablemente no le regalarían la mula, porque dejáronle a deber 1.400 ducados.

Los Misterios de la Pasión, los Gozos de Nuestra Señora, los Profetas, los Apóstoles; ángeles, follajes, frutas, azucenas, viñas, pechinas, cornucopias, atributos, todo fué arrancado, mutilado, roto a martillazos; martillazos en la exactitud del primor, porque a ciegas atina el que destruye. El general Van-Halen rozó las seis mejores estatuas.

Sentóse don Miguel en los escalones de un sepulcro del lado de la Epístola, precisamente de un rey poeta, don Alfonso II de Aragón, que está con hábitos de diácono y corona de laurel.

Leyó don Miguel, y sus palabras tenían siglos de riquezas. El Cristo suyo, blanco, puro, liso — cordero, alabastro, luz —, se quedó para siempre colgado de la hornacina más alta del Cristo roído de Poblet. Y entran las hiedras, los pájaros de los bancales y de la soledad, los arqueólogos, los turistas, los aires, los silencios, el firmamento.

—Don Miguel, suba por aquí al techo del claustro de San Esteban...

—Asómese, don Miguel, desde el dormitorio de los novicios...

—Llegaremos a lo último del cimborrio y saldremos a la carena del tejado, para ver todo el señorío de los frailes.

Encima de las tejas hay un vial de losas hasta la enorme espadaña sin esquilón. Un grito de la piedra, un anhelo de boca muda, atirantada en el azul.

Don Miguel se queda mirando la coordinación de los recintos del Cister: ocho siglos de claustros, de palacios, de accesorios de la abadía en escombros y desgarraduras. Y el tiempo, al revés del furor a ciegas de los hombres, ha dejado intactos rasgos y ápices de pureza, para que los sabios definan, reconstruyan y se equivoquen y para que otros ojos recojan la emoción sin mirar al dictado de los sabios.

Montes, campos y hortales de las masías monásticas, ahora de piadosos señores de la desamortización. Algunas de esas fincas de placer siguen ceñidas de muros almenados cistercienses. Dentro, frutas, rosas, avellanedos, pinos de 1608, aguas vivas, trozos de mármoles, capiteles, artesones; una cruz como un brocado de piedra, una columna que sirve de puntal de cuadra. Pero esto ya es anecdotario de todas las ruinas venerables, máximo interés para el turista y filosofía melancólica del turista.

Don Miguel contempla estremecido, aleteándole el aire de la espadaña, el aire que pasó por las glorias y los incendios de Poblet. Pero don Miguel contempla casi rápidamente: lo preciso para él, que ve a costa de su palabra. Y la carne, la piedra, el espacio, se hace verbo. De grandes escritores se dice que son tallistas, músicos, plateros, pintores. Don Miguel *únicamente* es lo que se ha de ser siendo escritor cabal.

En las piedras y sierras frescas, rojas, eternas, de Poblet miraba, miraba lo preciso y decía. Miraba concretamente hasta los confines, removiendo, *disociando* —según su precepto, para asociar y crear según su palabra. Así toda su obra. El silencio es planicie, ladera, página, y va su palabra hendiéndola y vuelve a pasar —incisos, paréntesis—, y crujen jugosas las raíces en el limpio dental. Después de leerle o de oírle está la anchura mullida de la contemplación con sus volúmenes, sabores, esencias.

Mirar sin disipaciones las cosas inertes, la Historia mostrenca. Todo lo contrario del excursionismo, del turismo literario.

Ese instante de mirar los términos de Poblet para hacerlos suyos desde la corona ciega del cimborrio es el de la fotografía de don Miguel, con el manuscrito de «El Cristo de Velázquez» en el costado de su corazón. Hace catorce años. Dentro de ese tiempo, un silencio y un horizonte de soledad de muchos años mirando concretamente, esperando, resistiendo, se han roto en don Miguel los martillos y ha quedado intacta y pura la preciosa piedra labrada.

1930.

ÍNDICE DE AUTORES DE LA COLECCIÓN AUSTRAL

De los 1110 Primeros Volúmenes

ABOUT, Edmond
723-El rey de las montañas. *
ABRANTES, Duquesa de
495-Portugal a principios del siglo XIX.
ABREU GÓMEZ, Ermilo
1003-Las leyendas del Popol Vuh.
ADLER, Alfredo
775-Conocimiento del hombre. *
AFANASIEV
859-Cuentos populares rusos.
AGUIRRE, Juan Francisco
709-Discurso histórico. *
AIMARD, G.
276-Los tramperos del Arkansas. *
AKSAKOV, S. T.
849-Recuerdos de la vida de estudiante.
ALARCÓN, Pedro A. de
37-El capitán Veneno. - El sombrero de tres picos.
428-El escándalo. *
473-El final de Norma.
1072-Historietas nacionales. *
ALCALÁ GALIANO, A.
1049-Recuerdos de un anciano. *
ALFONSO, Enrique
964-...Y llegó la vida. *
ALIGHIERI, Dante
875-El convivio. *
1056-La divina comedia. *
ALONSO, Dámaso
595-Hijos de la ira.
ALSINA FUERTES, Fidel
1037-El mundo de la mecánica.
ALTAMIRANO, Ignacio M.
108-El Zarco.
ÁLVAREZ QUINTERO, S. y J.
124-Puebla de las mujeres. - El genio alegre.
321-Malvaloca. - Doña Clarines.
ALLISON PEERS, E.
671-El misticismo español. *
AMADOR DE LOS RÍOS
693-Vida del marqués de Santillana.
ANDREIEV, Leónidas
996-Sachka Yegulev. *
1046-Los espectros.
ANÓNIMO
5-Poema del Cid. *
59-Cuentos y leyendas de la vieja Rusia.
156-Lazarillo de Tormes.
337-La historia de los nobles caballeros Oliveros de Castilla y Artus Dalgarbe.
359-Libro del esforzado caballero Don Tristán de Leonís. *
374-La historia del rey Canamor y del infante Turián, su hijo. - La destruición de Jerusalem.
396-La vida de Estebanillo González. *
416-El conde Partinuples. - Roberto el Diablo. - Clamades y Clarmonda.
622-Cuentos populares y leyendas de Irlanda.
668-Viaje a través de los mitos irlandeses.
712-Nala y Damayanti.
892-Cuentos del Cáucaso.
ARAGO, F.
426-Grandes astrónomos anteriores a Newton.
543-Grandes astrónomos. (De Newton a Laplace.)
556-Historia de mi juventud.
ARCIPRESTE DE HITA
98-Libro de buen amor.
ARÉNE, Paul
205-La Cabra de Oro.
ARISTÓTELES
239-La Política. *
296-Moral. (La gran moral. Moral a Eudemo.) *
318-Moral, a Nicómaco. *
399-Metafísica. *
803-El arte poética.
ARNOLD, Matthew
989-Poesía y poetas ingleses.
ARRIETA, Rafael Alberto
291-Antología.
406-Centuria porteña.
ASSOLLANT, Alfredo
386-Aventuras del capitán Corcorán. *
AUNÓS, Eduardo
275-Estampas de ciudades. *
AUSTEN, Jane
823-Persuasión. *
1039-La abadía de Northanger. *
1066-Orgullo y prejuicio. *
AVELLANEDA FERNÁNDEZ DE, ALONSO
603-El Quijote. *
AZORÍN
36-Lecturas españolas.
47-Trasuntos de España.
67-Españoles en París.
153-Don Juan.
164-El paisaje de España visto por los españoles.
226-Visión de España.
248-Tomás Rueda.
261-El escritor.
380-Capricho.
420-Los dos Luises y otros ensayos.
461-Blanco en azul.
475-De Granada a Castelar.
491-Las confesiones de un pequeño filósofo.
525-María Fontán.
551-Los clásicos redivivos. Los clásicos futuros.
568-El político.
611-Un pueblecito.
674-Rivas y Larra.
747-Con Cervantes. *
801-Una hora de España.
830-El caballero inactual.
910-Pueblo.
951-La cabeza de Castilla.
BABINI, José
847-Arquímedes.
1007-Historia sucinta de la ciencia. *
BAILLIE FRASER, Jaime
1062-Viaje a Persia.
BALMES, J.
35-Cartas a un escéptico en materia de religión. *
71-El criterio. *
BALZAC, H. de
77-Los pequeños burgueses.
793-Eugenia Grandet. *
BALLANTYNE, Roberto M.
259-La isla de coral.
517-Los mercaderes de pieles. *
BALLESTEROS BERETTA, A.
677-Figuras imperiales.
BARNOUW, A. J.
1050-Breve historia de Holanda. *
BAROJA, Pío
177-La leyenda de Jaun de Alzate.
206-Las inquietudes de Shanti Andía. *
230-Fantasías vascas.
256-El gran torbellino del mundo. *
288-Las veleidades de la fortuna.
320-Los amores tardíos.
331-El mundo es así.
346-Zalacaín el aventurero.
365-La casa de Aizgorri.
377-El mayorazgo de Labraz.
398-La feria de los discretos. *
445-Los últimos románticos.
471-Las tragedias grotescas.
605-El laberinto de las sirenas. *
620-Paradox, rey. *
720-Aviraneta o La vida de un conspirador. *
1100-Las noches del Buen Retiro. *
BASHKIRTSEFF, María
165-Diario de mi vida.

BAUDELAIRE, C.
885-Pequeños poemas en prosa.-Crítica de arte.
BAYO, Ciro
544-Lazarillo español. *
BEAUMARCHAIS, P. A. Caron de
728-El casamiento de Fígaro
BÉCQUER, Gustavo A.
3-Rimas y leyendas.
788-Desde mi celda.
BENAVENTE, Jacinto
34-Los intereses creados. Señora ama.
84-La Malquerida. - La noche del sábado.
94-Cartas de mujeres
305-La fuerza bruta. - Lo cursi.
387-Al fin, mujer.-La honradez de la cerradura.
450-La comida de las fieras. - Al natural.
550-Rosas de otoño. - Pepa Doncel.
701-Titania. La Infanzona.
BENEYTO, Juan
971-España y el problema de Europa. *
BERCEO, Gonzalo de
344-Vida de Sancto Domingo de Silos. - Vida de Sancta Oria, virgen.
716-Milagros de Nuestra Señora.
BERDIAEFF, N.
26-El cristianismo y el problema del comunismo.
61-El cristianismo y la lucha de clases.
BERGERAC, Cyrano de
287-Viaje a la Luna. - Historia cómica de los Estados e Imperios del Sol *
BERKELEY, G.
1108-Tres diálogos entre Hilas y Filonús
BERLIOZ, Héctor
992-Beethoven.
BERNÁRDEZ, Francisco Luis
610-Antología poética. *
BJOERNSON, Bjoernstjerne
796-Synnœve Solbakken.
BLASCO IBÁÑEZ, Vicente
341-Sangre y arena. *
351-La barraca.
361-Arroz y tartana. *
390-Cuentos valencianos.
410-Cañas y barro. *
508-Entre naranjos. *
581-La condenada. - Otros cuentos.
BOECIO, Severino
394-La consolación de la filosofía.
BORDEAUX, Henri
809-Yamilé.
BOSSUET
564-Oraciones fúnebres. *
BOSWELL, James
899-La vida del Dr. Samuel Johnson. *
BOUGAINVILLE, L. A. de
349-Viaje alrededor del mundo. *
BOYD CORRELL, A.
1057-La rueda oscura. *
BREWSTER, Ralph H.
890-Las seis mil barbas de Athos.
BRUNETIÈRE, Fernando
783-El carácter esencial de la literatura francesa.
BURTON, Robert
669-Anatomía de la melancolía.
BUTLER, Samuel
285-Erewhon. *
BYRON, LORD
111-El Corsario.-Lara.-El sitio de Corinto - Mazeppa.
CADALSO, José
1078-Cartas marruecas.
CALDERÓN DE LA BARCA
39-El alcalde de Zalamea. - La vida es sueño. *
289-Casa con dos puertas mala es de guardar. - El mágico prodigioso.
384-La devoción de la cruz. - El gran teatro del mundo.
496-El mayor monstruo del mundo. - El príncipe constante.
593-No hay burlas con el amor. - El médico de su honra. *
659-A secreto agravio, secreta venganza. - La dama duende.
CAMBA, Julio
22-Londres.
269-La ciudad automática.
295-Aventuras de una peseta
343-La casa de Lúculo.
654-Sobre casi todo.
687-Sobre casi nada.
714-Un año en el otro mundo.
740-Playas, ciudades y montañas.
754-La rana viajera.
791-Alemania. *
CAMOENS, Luis de
1068-Los Lusiadas. *
CAMPOAMOR, R. de
238-Doloras. - Cantares. - Los pequeños poemas.
CANCELA, Arturo
423-Tres relatos porteños y Tres cuentos de la ciudad.
CANÉ, Miguel
255-Juvenilia y otras páginas argentinas.
CANOVAS DEL CASTILLO, A.
988-La campana de Huesca. *
CAPDEVILA, Arturo
97-Córdoba del recuerdo.
222-Las invasiones inglesas.
352-Primera antología de mis versos. *
506-Tierra mía.
607-Rubén Darío.
810-El Padre Castañeda. *
905-La dulce patria.
970-El hombre de Guayaquil.
CAPUA, San Francisco de
678-Vida de Santa Catalina de Siena. *
CARLYLE, Tomás
472-Los primitivos reyes de Noruega.
906-Recuerdos. *
1009-Los héroes. *
1079-Vida de Schiller.
CARRERE, Emilio
891-Antología poética.
CASARES, Julio
469-Crítica profana. *
CASTELAR, Emilio
794-Ernesto. *
CASTELO BRANCO, Camilo
582-Amor de perdición. *
CASTIGLIONE, Baltasar
549-El cortesano. *
CASTRO, Guillén de
583-Las mocedades del Cid. *
CASTRO, Miguel de
924-Vida del soldado español Miguel de Castro. *
CASTRO, Rosalía
243-Obra poética.
CEBES
733-La tabla de Cebes.
CERVANTES, M. de
29-Novelas ejemplares.
150-Don Quijote de la Mancha.
567-Novelas ejemplares.
686-Entremeses.
774-El cerco de Numancia y El gallardo español.
1065-Los trabajos de Persiles y Sigismunda.
CÉSAR, Julio
121-Comentarios de la Guerra de las Galias. *
CICERÓN
339-Los oficios.
CIEZA DE LEÓN, P. de
507-La crónica del Perú. *
CLARÍN (Leopoldo Alas)
444-¡Adiós, «Cordera»! y otros cuentos.
CLERMONT, Emilio
816-Laura. *
COLOMA, P. Luis
413-Pequeñeces. *
421-Jeromín. *
435-La reina mártir. *
COLÓN, Cristóbal
633-Los cuatro viajes del Almirante y su Testamento. *

CONCOLORCORVO
609-El lazarillo de ciegos caminantes. *
CONDAMINE, C. María de la
268-Viaje a la América meridional.
CONSTANT, Benjamín
938-Adolfo.
CORNEILLE, Pedro
813-El Cid. - Nicomedes.
CORTÉS, Hernán
547-Cartas de relación de la conquista de Méjico. *
COSSÍO, Francisco de
937-Aurora y los hombres.
COSSÍO, José María de
490-Los toros en la poesía.
762-Romances de tradición oral.
COSSÍO, Manuel B.
500-El Greco. *
COUSIN, Víctor
696-Necesidad de la filosofía.
CROCE, B.
41-Breviario de estética.
CROWTHER, J. G.
497-Humphry Davy. - Michael Faraday (hombres de ciencia británicos del siglo XIX).
509-J. Prescott Joule. W. Thomson, J. Clerk Maxwell (hombres de ciencia británicos del siglo XIX). *
518-T. Alva Edison. J. Henry (hombres de ciencia norteamericanos del siglo XIX).
540-Benjamín Franklin. J. Willard Gibbs (hombres de ciencia norteamericanos). *
CRUZ, Sor Juana Inés de la
12-Obras escogidas.
CUEVA, Juan de la
895-El infamador. - Los siete infantes de Lara.
CUI, César
758-La música en Rusia.
CURIE, Eva
451-La vida heroica de María Curie. *
CHAMISSO, Albert de
852-El hombre que vendió su sombra.
CHATEAUBRIAND, F.
50-Atala. - René. - El último Abencerraje.
CHEJOV, Antón P.
245-El jardín de los cerezos.
279-La cerilla sueca.
348-Historia de mi vida.
418-Historia de una anguila.
753-Los campesinos.
838-La señora del perro y otros cuentos.
923-La sala número seis y otros cuentos.
CHERBULIEZ, Víctor
1042-El conde Kostia. *
CHESTERTON, Gilbert K.
20-Santo Tomás de Aquino.
125-La Esfera y la Cruz. *
170-Las paradojas de Mr. Pond.
523-Charlas. *
535-El hombre que fué Jueves. *
546-Ortodoxia. *
580-El candor del padre Brown. *
598-Pequeña historia de Inglaterra. *
625-Alarmas y digresiones.
637-Enormes minucias. *
CHMELEV, Iván
95-El camarero.
CHOCANO, José Santos
751-Antología poética. *
DANA, R. E.
429-Dos años al pie del mástil.
DARÍO, Rubén
19-Azul.
118-Cantos de vida y esperanza.
282-Poema del otoño.
404-Prosas profanas.
516-El canto errante.
860-Poemas en prosa.
871-Canto a la Argentina - Oda a Mitre. - Canto épico a las glorias de Chile.
880-Cuentos.
DAUDET, Alfonso
738-Cartas desde mi molino.
755-Tartarín de Tarascón.
972-Recuerdos de un hombre de letras.
D'AUREVILLY, J. Barbey
968-El caballero Des Touches.
DÁVALOS, Juan Carlos
617-Cuentos y relatos del Norte argentino.
DELEDDA, Grazia
571-Cósima.
DELFINO, Augusto Mario
463-Fin de siglo.
DELGADO, José María
563-Juan María. *
DEMAISON, André
262-El libro de los animales llamados salvajes.
DESCARTES
6-Discurso del método.
DÍAZ CAÑABATE, Antonio
711-Historia de una taberna. *
DÍAZ DE GUZMÁN, Ruy
519-La Argentina. *
DÍAZ-PLAJA, Guillermo
297-Hacia un concepto de la literatura española.
DICKENS, C.
13-El grillo del hogar.
658-El reloj del señor Humphrey.
717-Cuentos de Navidad. *
772-Cuentos de Boz.
DICKSON, C.
757-Murió como una dama. *
DIEGO, Gerardo
219-Primera antología de sus versos.
DINIZ, Julio
732-La mayorazguita de los cañaverales. *
DONOSO, Armando
376-Algunos cuentos chilenos. (Antología de cuentistas chilenos.)
DONOSO CORTÉS, Juan
864-Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo. *
D'ORS, Eugenio
465-El valle de Josafat.
DOSTOYEVSKI, F.
167-Stepántchikovo.
267-El jugador.
322-Noches blancas - El diario de Raskólnikov.
1059-El ladrón honrado.
1093-Nietochka Nezvanova.
DROZ, Gustavo
979-Tristezas y sonrisas.
DUHAMEL, Georges
928-Confesión de medianoche.
DUMAS, Alejandro
882-Tres maestros (Miguel Ángel, Ticiano, Rafael).
DUNCAN, David
887-La hora en la sombra.
EÇA DE QUEIROZ, J. Mª
209-La ilustre casa de Ramires. *
524-La ciudad y las sierras. *
799-La correspondencia de Fadrique Mendes. *
ECKERMANN
973-Conversaciones con Goethe.
ECHAGUE, Juan Pablo
453-Tradiciones, leyendas y cuentos argentinos.
1005-La tierra del hambre.
EHINGER, H.
1092-Clásicos de la música. *
EICHENDORFF, José de
926-Episodios de una vida tunante.
ELIOT, George
949-Silas Marner. *
ELVAS, FIDALGO DE
1099-Expedición de Hernando de Soto a Florida.
EMERSON, R. W.
1032-Ensayos escogidos.
EPICTETO
733-Enquiridión o Máximas.
ERASMO
682-Coloquios. *
ERCILLA, Alonso de
722-La Araucana.

ERCKMANN-CHATRIAN
486-Cuentos de orillas del Rhin.
912-Historia de un recluta de 1813.
945-Waterloo. *
ESPINA, A.
174-Luis Candelas, el bandido de Madrid.
290-Ganivet. El hombre y la obra.
ESPINOSA, Aurelio M.
585-Cuentos populares de España. *
ESPINOSA, Aurelio M. (h.)
645-Cuentos populares de Castilla.
ESPRONCEDA, José de
917-Poesías líricas y El estudiante de Salamanca.
ESQUILO
224-La Orestíada. - Prometeo encadenado.
ESTÉBANEZ CALDERÓN, S.
188-Escenas andaluzas.
EURÍPIDES
432-Alcestes. - Las Bacantes. - El cíclope.
623-Electra, Ifigenia en Táuride. - Las Troyanas.
653-Orestes. - Medea. - Andrómaca.
EYZAGUIRRE, Jaime
641-Ventura de Pedro de Valdivia.
FALLA, Manuel de
950-Escritos sobre música y músicos.
FAULKNER, W.
493-Santuario. *
FERNÁN CABALLERO
56-La familia de Alvareda.
364-La Gaviota. *
FERNÁNDEZ DE VELASCO Y PIMENTEL, B.
662-Deleite de la discreción. - Fácil escuela de la agudeza.
FERNÁNDEZ-FLÓREZ
145-Las gafas del diablo.
225-La novela número 13. *
263-Las siete columnas.
284-El secreto de Barba Azul. *
325-El hombre que compró un automóvil.
FERNÁNDEZ MORENO, B.
204-Antología 1915-1947. *
FIGUEIREDO, Fidelino de
692-La lucha por la expresión.
741-Bajo las cenizas del tedio.
850-★Historia literaria de Portugal (Introducción histórica. - La lengua y literatura portuguesas. - Era medieval: De los orígenes a 1502.)
861-★★Historia literaria de Portugal. (Era clásica: 1502-1825.) *
878-★★★Historia literaria de Portugal. (Era romántica: 1825-Actualidad.)
FÓSCOLO, Hugo
898-Últimas cartas de Jacobo Ortiz.
FOUILLÉE, Alfredo
846-Aristóteles y su polémica contra Platón.
FOURNIER D'ALBE
663-Efestos. Quo vadimus.
FRANKLIN, B.
171-El libro del hombre de bien.
FRAY MOCHO
1103-Tierra de matreros.
FÜLOP-MILLER, René
548-Tres episodios de una vida.
840-Teresa de Ávila, la Santa del éxtasis.
930-Francisco, el santo del amor.
1041-¡Canta, muchacha, canta!
GABRIEL Y GALAN
808-Castellanas. - Nuevas castellanas. - Extremeñas. *
GÁLVEZ, Manuel
355-El gaucho de Los Cerrillos.
433-El mal metafísico. *
1010-Tiempo de odio y angustia. *
1064-Han tocado a degüello. *
GALLEGOS, Rómulo
168-Doña Bárbara. *
192-Cantaclaro. *
213-Canaima. *
244-Reinaldo Solar. *
307-Pobre negro. *
338-La trepadora. *
425-Sobre la misma tierra. *
851-La rebelión y otros cuentos.
902-Cuentos venezolanos.
1101-El forastero. *
GANIVET, A.
126-Cartas finlandesas. - Hombres del Norte.
139-Idearium español. - El porvenir de España.
GARCÍA DE LA HUERTA, Vicente
684-Raquel. - Agamenón vengado.
GARCÍA GÓMEZ, E.
162-Poemas arábigoandaluces.
513-Cinco poetas musulmanes. *
GARCÍA ICAZBALCETA, J.
1106-Fray Juan de Zumárraga. *
GARCÍA Y BELLIDO, A.
515-España y los españoles hace dos mil años, según la geografía de Strábon. *
744-La España del siglo I de nuestra era. *
GARIN, Nicolás
708-La primavera de la vida.
719-Los colegiales.
749-Los estudiantes.
883-Los ingenieros. *
GASKELL, Isabel C.
935-Mi prima Filis.
1053-María Barton. *
1086-Cranford. *
GÉRARD, Julio
367-El matador de leones.
GIBBON, Edward
915-Autobiografía.
GIL, Martín
447-Una novena en la sierra.
GOBINEAU, Conde de
893-La danzarina de Shamakha y otras novelas asiáticas.
1036-El Renacimiento. *
GOETHE, J. W.
60-Las afinidades electivas. *
449-Las cuitas de Werther.
608-Fausto.
752-Egmont.
1023-Hermann y Dorotea.
1038-Memorias de mi niñez. *
1055-Memorias de la Universidad. *
1076-Memorias del joven escritor. *
1096-Campaña de Francia y Cerco de Maguncia. *
GOGOL, N. V.
173-Tarás Bulba. - Nochebuena.
746-Cuentos ucranios.
907-El retrato y otros cuentos.
GOLDONI, Carlos
1025-La posadera.
GOLDSMITH, Oliverio
869-El vicario de Wakefield. *
GOMES DE BRITO, Bernardo
825-Historia trágico-marítima. *
GÓMEZ DE AVELLANEDA, G.
498-Antología (poesías y cartas amorosas).
GÓMEZ DE LA SERNA, R.
14-La mujer de ámbar.
143-Greguerías 1940-45.
308-Los muertos, las muertas y otras fantasmagorías.
427-Don Ramón M. del Valle-Inclán. *
920-Goya. *

GOMPERTZ, Maurice
529-La panera de Egipto.
GONCOURT, Edmundo de
873-Los hermanos Zemganno. *
GONCOURT, E. y J. de
853-Renata Mauperin. *
916-Germinia Lacerteux. *
GÓNGORA, L. de
75-Antología.
GONZÁLEZ DE CLAVIJO, Ruy
1104-Embajada de Enrique III al Gran Tamorlán. *
GONZÁLEZ DE MENDOZA, Pedro
689-El concilio de Trento.
GONZÁLEZ MARTÍNEZ, E.
333-Antología poética.
GONZÁLEZ OBREGÓN, L.
494-México viejo y anecdótico.
GOSS, Madeleine
587-Sinfonía inconclusa. *
670-Brahms. *
GOSSE, Philip
795-Los corsarios berberiscos. - Los piratas del Norte. (Historia de la piratería.)
814-Los piratas del Oeste. - Los piratas de Oriente. (Historia de la piratería.) *
GRACIÁN, Baltasar
49-El héroe. - El discreto.
258-Agudeza y arte de ingenio. *
400-El criticón. *
GRANADA, Fray Luis de
642-Introducción del símbolo de la fe. *
GUÉRARD, Albert
1040-Breve historia de Francia. *
GUEVARA, Antonio de
242-Epístolas familiares.
759-Menosprecio de corte y Alabanza de aldea.
GUICCIARDINI, Francesco
786-De la vida política y civil.
GUINNARD, A.
191-Tres años de esclavitud entre los patagones.
GUNTHER, John
1030-Muerte, no te enorgullezcas. *
HARDY, T.
25-La bien amada.
HARTE, Bret
963-Cuentos del Oeste. *
HAVEN SCHAUFFLER, R.
670-Brahms. *
HAWTHORNE, Nathaniel
819-Cuentos de la Nueva Holanda.
1082-La letra roja. *
HEARN, Lafcadio
217-Kwaidan.
1029-El romance de la Vía Láctea.
HEBBEL, C. F.
569-Los Nibelungos.
HEBREO, León
704-Diálogos de amor. *
HEGEL, G. F.
594-De lo bello y sus formas. *
726-Sistema de las artes.
773-Poética. *
HEINE, E.
184-Noches florentinas.
952-Cuadros de viaje. *
HENNINGSEN, C. F.
730-Zumalacárregui. *
HERCZEG, F.
66-La familia Gyurkovics. *
HERNÁNDEZ, J.
8-Martín Fierro.
HERNÁNDEZ, Miguel
908-El rayo que no cesa.
HESSE, Hermann
925-Gertrudis.
HESSEN, J.
107-Teoría del conocimiento.
HEYSE, Paul
982-El camino de la felicidad.
HOFFMANN
863-Cuentos. *
HOMERO
1004-Odisea. *
HORACIO
643-Odas.
HUARTE, Juan
599-Examen de ingenios. *
HUDSON, G. E.
182-El ombú y otros cuentos rioplatenses.
HUGO, Víctor
619-Hernani. - El rey se divierte.
652-Literatura y filosofía.
673-Cromwell. *
HUMBOLDT, Guillermo de
1012-Cuatro ensayos sobre España y América. *
HURET, Jules
1075-La Argentina.
IBARBOUROU, Juana de
265-Poemas.
IBSEN, H.
193-Casa de muñecas. - Juan Gabriel Borkman.
INFANTE, don Juan Manuel
676-El conde Lucanor.
INSÚA, A.
82-Un corazón burlado.
316-El negro que tenía el alma blanca. *
328-La sombra de Peter Waid. *
IRIBARREN, Manuel
1027-El príncipe de Viana. *
IRVING, Wáshington
186-Cuentos de la Alhambra.
476-La vida de Mahoma. *
765-Cuentos del antiguo Nueva York.
ISAACS, Jorge
913-María. *
ISÓCRATES
412-Discursos histórico-políticos.
JAMESON, Egon
93-De la nada a millonarios.
JAMMES, Francis
9-Rosario al Sol.
894-Los Robinsones vascos.
JANINA, Condesa Olga («Robert Franz»)
782-Los recuerdos de una cosaca.
JENOFONTE
79-La expedición de los diez mil (Anábasis).
JOKAI, Mauricio
919-La rosa amarilla.
JOLY, Henry
812-Obras clásicas de la filosofía. *
JONES, T. W.
663-Hermes.
JUNCO A.
159-Sangre de Hispania.
KANT
612-Lo bello y lo sublime. - La paz perpetua.
648-Fundamentación de la metafísica de las costumbres..
KARR, Alfonso
942-La Penélope normanda.
KELLER, Gottfried
383-Los tres honrados peineros y otras novelas.
KEYSERLING, Conde de
92-La vida íntima.
KIERKEGAARD, Sören
158-El concepto de la angustia.
KINGSTON, W. H. G.
375-A lo largo del Amazonas. *
474-Salvado del mar. *
KIPLING, Rudyard
821-Capitanes valientes. *
KIRKPATRICK, F. A.
130-Los conquistadores españoles. *
KITCHEN, Fred
831-A la par de nuestro hermano el buey. *
KLEIST, Heinrich Von
865-Michael Kohlhaas.
KOTZEBUE, Augusto de
572-De Berlín a París en 1804. *
KSCHEMISVARA
215-La ira de Caúsica.
LABIN, Eduardo
575-La liberación de la energía atómica.
LAERCIO, Diógenes
879-*Vidas de los filósofos más ilustres.
936-**Vidas de los filósofos más ilustres.
978-***Vidas de los filósofos más ilustres.
LA FAYETTE, Madame de
976-La Princesa de Clèves.

LAIN ENTRALGO, Pedro
784-La generación del noventa y ocho. *
911-Dos biólogos: Claudio Bernard y Ramón y Cajal.
1077-Menéndez Pelayo. *
LAMARTINE, Alfonso de
858-Graziella.
922-Rafael.
983-Jocelyn. *
1073-Las confidencias. *
LAMB, Carlos
675-Cuentos basados en el teatro de Shakespeare. *
LAPLACE, P. S.
688-Breve historia de la astronomía.
LARBAUD, Valéry
40-Fermina Márquez.
LA ROCHEFOUCAULD, F. de
929-Memorias. *
LARRA, Mariano José de
306-Artículos de costumbres.
LARRETA, Enrique
74-La gloria de don Ramiro. *
85-«Zogoibi».
247-Santa María del Buen Aire. - Tiempos iluminados.
382-La calle de la vida y de la muerte.
411-Tenía que suceder... - Las dos fundaciones de Buenos Aires.
438-El linyera. - Pasión de Roma.
510-La que buscaba Don Juan. - Artemis. - Discursos.
560-Jerónimo y su almohada. - Notas diversas.
700-La naranja.
921-Orillas del Ebro. *
LATORRE, Mariano
680-Chile, país de rincones. *
LATTIMORE, Owen y Eleanor
994-Breve historia de China. *
LEÓN, Fray Luis de
51-La perfecta casada.
522-De los nombres de Cristo. *
LEÓN, Ricardo
370-Jauja.
391-Desperta ferro!
481-Casta de hidalgos. *
521-El amor de los amores. *
561-Las siete vidas de Tomás Portolés.
590-El hombre nuevo. *
LEOPARDI
81-Diálogos.
LERMONTOF, M. I.
148-Un héroe de nuestro tiempo.
LEROUX, Gastón
293-La esposa del Sol. *
378-La muñeca sangrienta.
392-La máquina de asesinar.
LEUMANN, C. A.
72-La vida victoriosa.
LEVENE, Ricardo
303-La cultura histórica y el sentimiento de la nacionalidad. *
702-Historia de las ideas sociales argentinas. *
1060-Las Indias no eran colonias.
LEVILLIER, R.
91-Estampas virreinales americanas.
419-Nuevas estampas virreinales: Amor con dolor se paga.
LI HSING-TAO
215-El círculo de tiza.
LINKLATER, Eric
631-María Estuardo.
LISZT, Franz
576-Chopin.
763-Correspondencia.
LOEBEL, Josef
997-Salvadores de vidas.
LONDON, Jack
766-Colmillo blanco. *
LOPE DE RUEDA
479-Eufemia. - Armelina. - El deleitoso.
LOPE DE VEGA
43-Peribáñez y el Comendador de Ocaña. - La Estrella de Sevilla. *
274-Poesías líricas.
294-El mejor alcalde, el rey. - Fuente Ovejuna.
354-El perro del hortelano. - El arenal de Sevilla.
422-La Dorotea. *
574-La dama boba. - La niña de plata. *
638-El amor enamorado. - El caballero de Olmedo.
842-Arte nuevo de hacer comedias. - La discreta enamorada.
LÓPEZ IBOR, Juan J.
1034-La agonía del psicoanálisis.
LO TA KANG
787-Antología de cuentistas chinos.
LOWES DICKINSON, G.
685-Un «banquete» moderno.
LUGONES, Leopoldo
200-Antología poética. *
232-Romancero.
LUIS XIV
705-Memorias sobre el arte de gobernar.
LULIO, Raimundo
889-Libro del Orden de Caballería. - Príncipes y juglares.
LUMMIS, C. F.
514-Los exploradores españoles del siglo XVI. *
LYTTON, B.
136-Los últimos días de Pompeya. *
MA CE HWANG
805-Cuentos chinos de tradición antigua.
MACDONALD, Philip
1057-La rueda oscura. *
MACHADO, Antonio
149-Poesías completas. *
MACHADO, Manuel
131-Antología.
MACHADO, Manuel y Antonio
260-La duquesa de Benamejí. - La prima Fernanda. - Juan de Mañara. *
706-Las Adelfas. - El hombre que murió en la guerra.
1011-La Lola se va a los puertos. - Desdichas de la fortuna o Julianillo Valcárcel. *
MACHADO Y ÁLVAREZ, Antonio
745-Cantes flamencos.
MAETERLINCK, Mauricio
385-La vida de los termes.
557-La vida de las hormigas.
606-La vida de las abejas. *
MAEZTU, María de
330-Antología-Siglo XX. - Prosistas españoles. *
MAEZTU, Ramiro de
31-Don Quijote. - Don Juan y La Celestina.
777-España y Europa.
MAGDALENO, Mauricio
844-La tierra grande. *
931-El resplandor. *
MAISTRE, Javier de
962-Viaje alrededor de mi cuarto.
MAISTRE, José de
345-Las veladas de San Petersburgo. *
MALLEA, Eduardo
102-Historia de una pasión argentina.
202-Cuentos para una inglesa desesperada.
402-Rodeada está de sueño.
502-Todo verdor perecerá.
602-El retorno.
MANACORDA, Telmo
613-Fructuoso Rivera.
MANRIQUE, Gómez
665-Regimiento de príncipes y otras obras.
MANRIQUE, Jorge
135-Obra completa.
MANSILLA, Lucio V.
113-Una excursión a los indios ranqueles. *

MANTOVANI, Juan
967-Adolescencia. Formación y cultura.
MANZONI, Alejandro
943-El conde de Carmagnola.
MAÑACH, Jorge
252-Martí, el apóstol. *
MAQUIAVELO
69-El Príncipe (comentado por Napoleón Bonaparte).
MARAGALL, Juan
998-Elogios.
MARAÑÓN, G.
62-El Conde-Duque de Olivares. *
129-Don Juan.
140-Tiempo viejo y tiempo nuevo.
185-Vida e historia.
196-Ensayo biológico sobre Enrique IV de Castilla y su tiempo.
360-El «Empecinado» visto por un inglés.
408-Amiel. *
600-Ensayos liberales.
661-Vocación y ética y otros ensayos.
710-Españoles fuera de España.
MARCO AURELIO
756-Soliloquios o Reflexiones morales. *
MARCOY, Paul
163-Viaje por los valles de la quina. *
MARCU, Valeriu
530-Maquiavelo. *
MARECHAL, Leopoldo
941-Antología poética.
MARÍAS, Julián
804-La filosofía española actual.
991-Miguel de Unamuno. *
1071-El tema del hombre. *
MARICHALAR, A.
78-Riesgo y ventura del Duque de Osuna.
MARÍN, JUAN
1090-Lao Tszé o El universismo mágico.
MARMIER, Javier
592-A través de los trópicos. *
MÁRMOL, José
1018-Amalia. *
MARRYAT, Federico
956-Los cautivos del bosque. *
MASSINGHAM, H. J.
529-La Edad de Oro.
MAURA, Antonio
231-Discursos conmemorativos.
MAURA GAMAZO, Gabriel
240-Rincones de la historia.
MAUROIS, André
2-Disraeli. *
660-Lord Byron. *
731-Turguenlev.
750-Diario. (Estados Unidos, 1946.)
1021-Cinco rostros del amor.
MAYORAL, Francisco
897-Historia del sargento Mayoral.
MEDRANO, Samuel W.
960-El Libertador José de San Martín. *
MELVILLE, Herman
953-Taipi. *
MÉNDEZ, PEREIRA, O.
166-Núñez de Balboa
MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino
251-San Isidoro, Cervantes y otros estudios.
350-Poetas de la Corte de Don Juan II. *
597-El abate Marchena.
691-La Celestina. *
715-Historia de la poesía argentina.
820-Las cien mejores poesías líricas de la lengua castellana. *
MENÉNDEZ PIDAL, R.
28-Estudios literarios. *
55-Los romances de América y otros estudios.
100-Flor nueva de romances viejos. *
110-Antología de prosistas españoles. *
120-De Cervantes y Lope de Vega.
172-Idea imperial de Carlos V.
190-Poesía árabe y poesía europea.
250-El idioma español en sus primeros tiempos.
280-La lengua de Cristóbal Colón.
300-Poesía juglaresca y juglares. *
501-Castilla, la tradición, el idioma.
800-Tres poetas primitivos.
1000-El Cid Campeador. *
1051-De primitiva lírica española y antigua épica
1110-Miscelánea histórico-literaria.
MERA, Juan León
1035-Cumandá. *
MEREJKOVSKY, D.
30-Vida de Napoleón. *
737-El misterio de Alejandro I *
764-El fin de Alejandro I. *
884-Compañeros eternos. *
MÉRIMÉE, Próspero
152-Mateo Falcone y otros cuentos.
986-La Venus de Ille.
1063-Crónica del reinado de Carlos IX. *
MESA, E. de
223-Poesías completas.
MESONERO ROMANOS, R. de
283-Escenas matritenses.
MEUMANN, E.
578-Introducción a la estética actual.
778-Sistema de estética.
MIELI, Aldo
431-Lavoisier y la formación de la teoría química moderna.
485-Volta y el desarrollo de la electricidad.
1017-Breve historia de la biología.
MILTON, John
1013-El paraíso perdido. *
MILL, Stuart
83-Autobiografía.
MILLAU, Francisco
707-Descripción de la provincia del Río de la Plata (1772).
MIQUELARENA, Jacinto
854-Don Adolfo, el libertino
MIRÓ, Gabriel
1102-Glosas de Sigüenza.
MISTRAL, Federico
806-Mireya.
MISTRAL, Gabriela
503-Ternura.
1002-Desolación. *
MOLIÈRE
106-El ricachón en la corte. - El enfermo de aprensión.
948-Tartufo. - Don Juan o El convidado de piedra.
MOLINA, Tirso de
73-El vergonzoso en Palacio. - El Burlador de Sevilla. *
369-La prudencia en la mujer. - El condenado por desconfiado.
442-La gallega Mari-Hernández. - La firmeza en la hermosura.
MONCADA, Francisco de
405-Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos.
MONTAIGNE, Miguel de
903-Ensayos escogidos.
MONTERDE, Francisco
870-Moctezuma II, Señor del Anahuac.
MONTESQUIEU
253-Grandeza y decadencia de los romanos.
862-Ensayo sobre el gusto.
MOORE, Tomás
1015-El epicúreo.
MORAND, Paul
16-Nueva York.
MORATIN, L. Fernández de
335-La comedia nueva. - El sí de las niñas.
MORETO, Agustín
119-El lindo don Diego. - No puede ser el guardar una mujer.

MUÑOZ, Rafael F.
178-Se llevaron el cañón para Bachimba.
896-¡Vámonos con Pancho Villa! *
MUSSET, Alfredo de
492-Cuentos.
NAPOLEÓN III
798-Ideas napoleónicas.
NAVARRO Y LEDESMA, F.
401-El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra. *
NERUDA, Jan
397-Cuentos de la Malá Strana.
NERVAL, Gerardo de
927-Silvia. - La mano encantada. - Noches de Octubre.
NERVO, Amado
32-La amada inmóvil.
175-Plenitud.
211-Serenidad.
311-Elevación.
373-Poemas.
434-El arquero divino.
458-Perlas negras. - Místicas.
NEWTON, Isaac
334-Selección.
NIETZSCHE, Federico
356-El origen de la tragedia.
NODIER, Carlos
933-Recuerdos de juventud.
NOVALIS
1008-Enrique de Ofterdingen.
NOVÁS CALVO, L.
194-El Negrero. *
573-Cayo Canas.
NOVO, Salvador
797-Nueva grandeza mexicana.
NÚNEZ CABEZA DE VACA, Alvar
304-Naufragios y Comentarios. *
OBLIGADO, Carlos
257-Los poemas de Edgar Poe.
848-Patria. - Ausencia.
OBLIGADO, Rafael
197-Poesías. *
OPPENHEIMER, FERMI, MERCK Y otros
987-Hombre y ciencia. *
ORDÓÑEZ DE CEBALLOS, P
695-Viaje del mundo. *
ORTEGA Y GASSET, J.
1-La rebelión de las masas. *
11-El tema de nuestro tiempo.
45-Notas.
101-El libro de las misiones.
151-Ideas y creencias.
181-Tríptico: Mirabeau o el político. - Kant. - Goethe.
201-Mocedades.
OSORIO LIZARAZO, J. A.
947-El hombre bajo la tierra. *
OVIDIO, Publio
995-Las Heroidas. *
OZANAM, Antonio F.
888-Los poetas franciscanos en Italia en el siglo XIII.
939-Una peregrinación al país del Cid y otros escritos.
PALACIO VALDÉS, A.
76-La Hermana San Sulpicio. *
133-Marta y María. *
155-Los majos de Cádiz.
189-Riverita. *
218-Maximina. *
266-La novela de un novelista. *
277-José.
298-La alegría del capitán Ribot.
368-La aldea perdida *
588-Años de juventud del doctor Angélico. *
PALMA, Ricardo
52-Tradiciones peruanas, (1ª selec.).
132-Tradiciones peruanas, (2 selec.).
309-Tradiciones peruanas, (3ª selec.).
PAPP, Desiderio
443-Más allá del Sol... (La estructura del Universo.)
980-El problema del origen de los mundos.
PARDO BAZÁN, Condesa de
760-La sirena negra.
PARRY WILLIAM, E.
537-Tercer viaje para el descubrimiento de un paso por el Noroeste.
PASCAL, Blas
96-Pensamientos.
PELLICO, Silvio
144-Mis prisiones.
PEMÁN, José María
234-Noche de levante en calma. - Julieta y Romeo.
PEREDA, J. M. de
58-Don Gonzalo González de la Gonzalera. *
414-Peñas arriba. *
436-Sotileza. *
454-El sabor de la tierruca. *
487-De tal palo, tal astilla. *
528-Pedro Sánchez. *
558-El buey suelto... *
PEREYRA, Carlos
236-Hernán Cortés. *
PÉREZ DE AYALA, Martín
689-El concilio de Trento.
PEREZ DE AYALA, R.
147-Las Máscaras. *
183-La pata de la raposa. *
198-Tigre Juan.
210-El curandero de su honra.
249-Poesías completas. *
PÉREZ DE GUZMÁN, Fernán
725-Generaciones y semblanzas.
PÉREZ GALDÓS, B.
15-Marianela.
1001-Fortunata y Jacinta. *
1014-La fontana de oro. *
1024-Miau. *
1031-Ángel Guerra. *
1044-Lo prohibido. *
1070-Trafalgar.
1074-La corte de Carlos IV. *
1081-El 19 de Marzo y el 2 de Mayo. *
1087-Bailén. *
1094-Napoleón en Chamartín. *
1105-Zaragoza
PÉREZ LUGIN, Alejandro
357-La casa de la Troya. *
PÉREZ MARTÍNEZ, Héctor
531-Juárez, el impasible.
807-Cuauhtémoc. (Vida y muerte de una cultura.) *
PFANDL, Ludwig
17-Juana la Loca.
PIGAFETTA, Antonio
207-Primer viaje en torno del Globo.
PLA Cortés
315-Galileo Galilei.
533-Isaac Newton. *
PLATÓN
44-Diálogos. *
220-La República o el Estado. *
639-Apología de Sócrates. - Critón o El deber del ciudadano.
PLOTINO
985-El alma, la belleza y la contemplación.
PLUTARCO
228-Vidas paralelas: Alejandro-Julio César.
459-Vidas paralelas: Demóstenes-Cicerón. Demetrio-Antonio.
818-Vidas paralelas: Teseo-Rómulo. Licurgo-Numa.
843-Vidas paralelas: Solón-Publícola. Temístocles-Camilo.
868-Vidas paralelas: Pericles-Fabio Máximo. Alcibíades-Coriolano.
918-Vidas paralelas: Arístides-Marco Catón. Filopemen-Tito Quincio Flaminino.
946-Vidas paralelas: Pirro-Cayo Mario. Lisandro-Sila.

969-Vidas paralelas: Cimón-Lúculo. Nicias-Marco Craso.
993-Vidas paralelas: Sertorio-Eumenes. Foción-Catón el Menor.
1019-Vidas paralelas: Agis-Cleómenes. Tiberio-Cayo Graco.
1043-Vidas paralelas: Dion-Bruto.
1095-Vidas paralelas: Timoleón - Paulo Emilio - Pelópidas - Marcelo.
POE, E. Allan
735-Aventuras de Arturo Gordon Pym. *
POINCARÉ, Henri
379-La ciencia y la hipótesis. *
409-Ciencia y método. *
579-Últimos pensamientos.
628-El valor de la ciencia.
POLO, Marco
1052-Viajes. *
PORTNER KOEHLER, R.
734-Cadáver en el viento. *
PRAVIEL, A.
21-La vida trágica de la emperatriz Carlota.
PRÉLAT, Carlos E.
1037-El mundo de la mecánica.
PREVOST, abate
89-Manon Lescaut.
PRÉVOST, Marcel
761-El arte de aprender.
PRIETO, Jenaro
137-El socio.
PUIG, Ignacio
456-¿Qué es la física cósmica? *
990-La edad de la Tierra.
PULGAR, Fernando del
832-Claros varones de Castilla.
PUSHKIN
123-La hija del Capitán. - La nevasca.
QUEVEDO, Francisco de
24-Historia de la vida del Buscón.
362-Antología poética.
536-Los Sueños. *
626-Política de Dios y gobierno de Cristo. *
957-Vida de Marco Bruto.
QUILES, Ismael
467-Aristóteles.
527-San Isidoro de Sevilla.
874-Filosofía de la religión.
1107-Sartre y su existencialismo.
QUINTANA, M. J.
388-Vida de Francisco Pizarro.
826-Vida de los españoles célebres: El Cid. Guzmán el Bueno. Roger de Lauria.
RACINE, Juan
839-Athalía. - Andrómaca.
RADA Y DELGADO, Juan de Dios de la
281-Mujeres célebres de España y Portugal (1ª selec.).
292-Mujeres célebres de España y Portugal (2ª selec.).
RAINIER, P. W.
724-África del recuerdo. *
RAMÍREZ CABAÑAS, J.
358-Antología de cuentos mexicanos.
RAMÓN Y CAJAL, S.
90-Mi infancia y juventud. *
187-Charlas de café. *
214-El mundo visto a los ochenta años. *
227-Los tónicos de la voluntad. *
241-Cuentos de vacaciones. *
RAMOS, Samuel
974-Filosofía de la vida artística.
1080-El perfil del hombre y la cultura en México.
RANDOLPH, Marion
817-La mujer que amaba las lilas.
837-El buscador de su muerte. *
RAVAGE, M. E.
489-Cinco hombres de Francfort. *
REID, Mayne
317-Los tiradores de rifle. *
REISNER, Mary
664-La casa de telarañas. *
RENARD, JULES
1083-Diario.
RENOUVIER, Charles
932-Descartes.
REY PASTOR, Julio
301-La ciencia y la técnica en el descubrimiento de América.
REYES, Alfonso
901-Tertulia de Madrid.
954-Cuatro ingenios.
1020-Trazos de historia literaria.
1054-Medallones.
REYLES, Carlos
88-El gaucho Florido.
208-El embrujo de Sevilla.
REYNOLDS LONG, A.
718-La sinfonía del crimen.
977-Crimen en tres tiempos.
RICKERT, H.
347-Ciencia cultural y ciencia natural. *
RIVADENEIRA, Pedro de
634-Vida de Ignacio de Loyola. *
RIVAS, Duque de
46-Romances. *
656-Sublevación de Nápoles capitaneada por Masaniello. *
1016-Don Álvaro o la fuerza del sino.
RODENBACH, Jorge
829-Brujas, la muerta.
RODEZNO, Conde de
841-Carlos VII, Duque de Madrid.
RODÓ, José Enrique
866-Ariel.
ROJAS, Fernando de
195-La Celestina.
ROJAS, Francisco de
104-Del rey abajo, ninguno. - Entre bobos anda el juego.
ROMANONES, conde de
770-Doña María Cristina de Habsburgo y Lorena.
ROMERO, Francisco
940-El hombre y la cultura.
ROSENKRANTZ, Palle
534-Los gentileshombres de Lindenborg. *
ROUSSELET, Luis
327-Viaje a la India de los Maharajahs.
ROUSSELOT, Xavier
965-San Alberto, Santo Tomás y San Buenaventura.
RUIZ DE ALARCÓN, Juan
68-La verdad sospechosa. - Los pechos privilegiados.
RUSKIN, John
958-Sésamo y lirios.
RUSSELL, B.
23-La conquista de la felicidad.
RUSSELL WALLACE, A. de
313-Viajes al archipiélago malayo.
SAENZ HAYES, R.
329-De la amistad en la vida y en los libros.
SAID ARMESTO, Víctor
562-La leyenda de Don Juan. *
SAINT-PIERRE, Bernardino de
393-Pablo y Virginia.
SAINTE-BEUVE, C.
1045-Retratos contemporáneos.
1069-Voluptuosidad. *
1109-Retratos de mujeres.
SAINZ DE ROBLES, F.
114-El «otro» Lope de Vega.
SALOMÓN
464-El cantar de los cantares. (Versión de Fray Luis de León.)
SALTEN, Félix
363-Los hijos de Bambi.
371-Bambi.
395-Renni «El Salvador». *
SALUSTIO, Cayo
366-La conjuración de Catilina. - La guerra de Jugurta.

SAMANIEGO, Félix María
632-Fábulas.
SAN AGUSTÍN
559-Ideario. *
SÁNCHEZ-SÁEZ, Braulio
596-Primera antología de cuentos brasileños. *
SAND, George
959-Juan de la Roca. *
SANDERS, George
657-Crimen en mis manos. *
SAN FRANCISCO DE ASÍS
468-Las florecillas. - El cántico del Sol. *
SAN JUAN DE LA CRUZ
326-Obras escogidas.
SANTA CRUZ DE DUEÑAS, Melchor de
672-Floresta española.
SANTA MARINA, L.
157-Cisneros.
SANTA TERESA DE JESÚS
86-Las Moradas.
372-Su vida. *
636-Camino de perfección.
999-Libro de las fundaciones. *
SANTILLANA, El Marqués de
552-Obras.
SANTO TOMÁS
310-Suma Teológica. (Selección.)
SARMIENTO, Domingo Faustino
1058-Facundo. *
SCOTT, Walter
466-El pirata. *
877-El anticuario. *
SCHIAPARELLI, JUAN V.
526-La astronomía en el Antiguo Testamento.
SCHILLER, F.
237-La educación estética del hombre.
SCHLESINGER, Erna C.
955-La zarza ardiente. *
SCHMIDL, Ulrico
424-Derrotero y viaje a España y las Indias.
SÉNECA
389-Tratados morales.
SHAKESPEARE, W.
27-Hamlet.
54-El rey Lear. - Pequeños poemas.
87-Otelo, el moro de Venecia. - La tragedia de Romeo y Julieta.
109-El mercader de Venecia. - La tragedia de Mácbeth.
116-La tempestad. - La doma de la bravía.
127-Antonio y Cleopatra.
452-Las alegres comadres de Windsor. - La comedia de las equivocaciones.
488-Los dos hidalgos de Verona. - Sueño de una noche de San Juan.
635-A buen fin no hay mal principio. - Trabajos de amor perdidos. *
736-Coriolano.
769-El cuento de invierno.
792-Cimbelino.
828-Julio César. - Pequeños poemas.
872-A vuestro gusto.
SHAW, Bernard
615-El carro de las manzanas.
630-Héroes. - Cándida.
640-Matrimonio desigual. *
SIBIRIAK, MAMIN
739-Los millones. *
SIENKIEWICZ, Enrique
767-Narraciones. *
845-En vano.
886-Hania. - Orso. - El manantial.
SIGUENZA Y GÓNGORA, Carlos de
1033-Infortunios de Alonso Ramírez.
SILIÓ, César
64-Don Álvaro de Luna. *
SILVA, José Asunción
827-Poesías.
SILVA VALDÉS, Fernán
538-Cuentos del Uruguay. *
SIMMEL, Georg
38-Cultura femenina y otros ensayos.
SLOCUM, Joshua
532-A bordo del «Spray». *
SÓFOCLES
835-Ayante. - Electra. - Las Traquinianas.
SOLALINDE, A. G.
154-Cien romances escogidos.
169-Antología de Alfonso X el Sabio. *
SOLÍS, Antonio
699-Historia de la conquista de Méjico. *
SOUBRIER, JACQUES
867-Monjes y bandidos. *
SPENGLER, O.
721-El hombre y la técnica y Otros ensayos.
SPINELLI, MARCOS
834-Misión sin gloria. *
SPRANGER, Eduardo
824-★Cultura y educación. (Parte histórica.)
856-★★Cultura y educación. (Parte temática.)
STAEL, Madame de
616-Reflexiones sobre la paz.
655-Alemania.
742-Diez años de destierro. *
STARK, L. M.
944-Ciencia y civilización. *
STENDHAL
10-Armancia.
789-Victoria Accoramboni.
815-★Historia de la pintura en Italia. (Escuela Florentina - Renacimiento - De Giotto a Leonardo - Vida de Leonardo de Vinci.)
855-★★Historia de la pintura en Italia. (De la belleza ideal en la antigüedad. Del bello ideal moderno. Vida de Miguel Ángel.) *
909-Vida de Rossini.
STERNE, Laurence
332-Viaje sentimental.
STEVENSON, R. L.
7-La isla del Tesoro.
342-Aventura de David Balfour.
566-La flecha negra. *
627-Cuentos de los mares del Sur.
666-A través de las praderas.
776-El extraño caso del doctor Jekyll y Mr. Hyde. - Olalla.
STOKOWSKI, Leopoldo
591-Música para todos nosotros. *
STORM, Theodor
856-El lago del Immen.
STORNI, Alfonsina
142-Antología poética.
STRINDBERG, A.
161-El viaje de Pedro el Afortunado.
SUÁREZ, Francisco
381-Introducción a la metafísica. *
SWIFT, Jonatán
235-Viajes de Gulliver. *
SYLVESTER, E.
483-Sobre la índole del hombre.
934-Yo, tú y el mundo.
TÁCITO
446-Los Anales: Augusto-Tiberio.
462-Historias. *
1085-Los Anales: Claudio-Nerón.
TAINE, Hipólito A.
115-★Filosofía del arte.
448-Viaje a los Pirineos. *
505-★★Filosofía del arte.
TALBOT, Hake
690-Al borde del abismo. *
TAMAYO Y BAUS, Manuel
545-La locura de amor. - Un drama nuevo. *
TASSO, Torcuato
966-Noches.
TEJA, Zabre A.
553-Morelos. *
TELEKI, José
1026-La corte de Luis XV.
TEOFRASTO
733-Caracteres morales.
TERENCIO, Publio
729-La Andriana. - La suegra. - El atormentador de sí mismo.

743-Los hermanos. - El eunuco. - Formión.
TERTULIANO, C. S.
768-Apología contra los gentiles.
THACKERAY, W. M.
542-Catalina.
1098-El viudo Lovel.
THIERRY, Agustín
589-Relato de los tiempos merovingios. *
THOREAU, Henry de
904-Walden o Mi vida entre bosques y lagunas. *
TICKNOR, JORGE
1089-Diario.
TIEGHEM, Paul Van
1047-Compendio de historia literaria de Europa. *
TOEPFFER, R.
779-La biblioteca de mi tío.
TOLSTOI, León
554-Los cosacos.
586-Sebastopol.
TORRES VILLARROEL
822-Vida. *
TURGUENEFF, I.
117-Relatos de un cazador.
134-Anuchka. - Fausto.
482-Lluvia de primavera. - Remanso de paz. *
TWAIN, Mark
212-Las aventuras de Tom Sawyer.
649-El hombre que corrompió a una ciudad.
679-Fragmento del diario de Adán y Diario de Eva.
698-Un reportaje sensacional y otros cuentos.
713-Nuevos cuentos.
1049-Tom Sawyer detective. - Tom Sawyer en el extranjero.
UNAMUNO, M. de
4-Del sentimiento trágico de la vida. *
33-Vida de Don Quijote y Sancho. *
70-Tres novelas ejemplares y un prólogo.
99-Niebla.
112-Abel Sánchez.
122-La tía Tula.
141-Amor y pedagogía.
160-Andanzas y visiones españolas.
179-Paz en la guerra. *
199-El espejo de la muerte.
221-Por tierras de Portugal y de España.
233-Contra esto y aquello.
254-San Manuel Bueno, mártir, y tres historias más.
286-Soliloquios y conversaciones.
299-Mi religión y otros ensayos breves.
312-La agonía del cristianismo.
323-Recuerdos de niñez y de mocedad.
336-De mi país.
403-En torno al casticismo.
417-El Caballero de la Triste Figura.
440-La dignidad humana.
478-Viejos y jóvenes.
499-Almas de jóvenes.
570-Soledad.
601-Antología poética.
647-El otro. - El hermano Juan.
703-Algunas consideraciones sobre la literatura hispanoamericana.
781-El cristo de Velázques.
900-Visiones y comentarios.
UP DE GRAFF, F. W.
146-Cazadores de cabezas del Amazonas. *
URIBE PIEDRAHITA, César
314-Toá.
VALDÉS, Juan de
216-Diálogo de la lengua
VALERA, Juan
48-Juanita la Larga.
VALLE, R. H.
477-Imaginación de México
VALLE-ARIZPE, Artemio de
53-Cuentos del México antiguo.
340-Leyendas mexicanas.
881-En México y en otros siglos.
1067-Fray Servando. *
VALLE-INCLÁN, R. del
105-Tirano Banderas.
271-Corte de amor.
302-Flor de santidad. - Coloquios románticos.
415-Voces de gesta. - Cuento de Abril.
430-Sonata de primavera. - Sonata de estío.
441-Sonata de otoño. - Sonata de invierno.
460-Los Cruzados de la Causa.
480-El resplandor de la hoguera.
520-Gerifaltes de antaño.
555-Jardín umbrío.
621-Claves líricas.
651-Cara de Plata.
667-Águila de blasón.
681-Romance de lobos.
811-La lámpara maravillosa.
VALLERY-RADOT, René
470-Madame Pasteur.
VAN DINE, S. S.
176-La serie sangrienta.
VARIOS
319-Frases.
VASCONCELOS, J.
802-La raza cósmica. *
961-La sonata mágica.
1091-Filosofía estética.
VÁZQUEZ, Francisco
512-Jornada de Omagua y Dorado. (Historia de Lope de Aguirre, sus crímenes y locuras.)
VEGA, El Inca Garcilaso de la
324-Comentarios reales. (Selección.)
VEGA, Garcilaso de la
63-Obras.
VEGA, Ventura de la
484-El hombre de mundo. - La muerte de César. *
VELA, Fernando
984-El grano de pimienta.
VÉLEZ DE GUEVARA, Luis
975-El Diablo Cojuelo.
VERLAINE, PAUL
1088-Fiestas Galantes. - Romanzas sin palabras. - Sensatez.
VICO, Giambattista
836-Autobiografía.
VIGNY, Alfredo de
278-Servidumbre y grandeza militar.
748-Cinq-Mars. *
VILLA-URRUTIA, Marqués de
57-Cristina de Suecia.
VILLALÓN, Cristóbal de
246-Viajes de Turquía. *
264-El Crótalon. *
VILLIERS DE L'ISLE-ADAM, Conde de
833-Cuentos crueles. *
VINCI, Leonardo de
353-Aforismos.
650-Tratado de la pintura. *
VIRGILIO
203-Églogas. - Geórgicas.
1022-La Eneida. *
VITORIA, Francisco de
618-Relecciones sobre los indios.
VIVES, Juan Luis
128-Diálogos.
138-Instrucción de la mujer cristiana.
272-Tratado del alma. *
VOSSLER, Carlos
270-Algunos caracteres de la cultura española.
455-Formas literarias en los pueblos románticos.
511-Introducción a la literatura española del Siglo de Oro.
565-Fray Luis de León.
624-Estampas del mundo románico.
644-Racine.
694-La Fontaine y sus fábulas.
771-Escritores y poetas de España.
WAGNER, Ricardo
785-Epistolario a Matilde Wesendonk.

WAGNER-LISZT
763-Correspondencia.
WAKATSUKI, Fukuyiro
103-Tradiciones japonesas.
WALSH, W. T.
504-Isabel la Cruzada. *
WALLON, H.
539-Juana de Arco. *
WASSILIEW, A. T.
229-Ochrana. *
WAST, Hugo
80-El camino de las llamas.
WATSON WATT, R. A.
857-A través de la casa del tiempo o El viento, la lluvia y seiscientas millas más arriba.
WECHSBERG, Joseph
697-Buscando un pájaro azul. *
WELLS, H. G.
407-La lucha por la vida.*
WHITNEY PHYLLIS, A.
584-El rojo es para el asesinato. *
WILDE, José Antonio
457-Buenos Aires desde setenta años atrás.
WILDE, Oscar
18-El ruiseñor y la rosa.
65-El abanico de Lady Windermere. - La importancia de llamarse Ernesto.
604-Una mujer sin importancia. - Un marido ideal. *
629-El crítico como artista. - Ensayos. *
646-Balada de la cárcel de Reading. - Poemas.
683-El fantasma de Canterville. - El crimen de Lord Arturo Savile.
WILSON, Mona
790-La reina Isabel.
WILSON, Sloan
780-Viaje a alguna parte. *
WISEMAN, Cardenal
1028-Fabiola. *
WYNDHAM LEWIS, D. B.
42-Carlos de Europa, emperador de Occidente. *
WYSS, Juan Rodolfo
437-El Robinsón suizo. *
YÁÑEZ, Agustín
577-Melibea, Isolda y Alda en tierras cálidas.
YEBES, Condesa de
727-Spínola, el de las Lanzas y Otros retratos históricos.
ZAMORA VICENTE, Alonso
1061-Presencia de los clásicos.
ZORRILLA, José
180-Don Juan Tenorio. - El puñal del godo.
439-Leyendas y tradiciones.
614-Antología de poesías líricas. *
ZUNZUNEGUI, Juan A. de
914-El barco de la muerte. *
981-La úlcera. *
1084-Ramón o La vida baldía. *
1097-Beatriz o La vida apasionada. *
ZWEIG, Stefan
273-Brasil. *
541-Una partida de ajedrez. - Una carta.
1006-La Viena de ayer.

* Volumen extra.

FACILIDADES DE PAGO PARA LA ADQUISICIÓN DE ESTA COLECCIÓN COMPLETA, O LOS VOLÚMENES QUE LE INTERESEN. SOLICITE CONDICIONES Y FOLLETOS EN COLORES.

EXPLICACION DE LOS COLORES DE LA "COLECCION AUSTRAL"

Serie AZUL:
Novelas y cuentos en general.

Serie VERDE:
Ensayos y Filosofía

Serie ANARANJADA:
Biografías y vidas novelescas

Serie NEGRA:
Viajes y reportajes

Serie AMARILLA:
Libros políticos y documentos del tiempo

Serie VIOLETA:
Teatro y Poesía

Serie GRIS:
Clásicos

Serie ROJA:
Novelas policíacas, de aventuras y femeninas

Serie MARRON:
Ciencia y técnica. Clásicos de la ciencia.

Volumen corriente (de 160 a 222 páginas).
Volumen extra (de 224 páginas en adelante).

●

ULTIMOS VOLUMENES EN VENTA:

1088. PAUL VERLAINE: **Fiestas galantes - Romanzas sin palabras - Sensatez.**
1089. JORGE TICKNOR: **Diario.**
1090. JUAN MARÍN: **Lao-Tszé o El universismo mágico.**
1091. J. VASCONCELOS: **Filosofía estética.**
1092. H. EHINGER: **Clásicos de la música.** *
1093. F. DOSTOYEVSKI: **Nietotchka Nezvanova.**
1094. BENITO PÉREZ GALDÓS: **Napoleón en Chamartín.** *
1095. PLUTARCO: **Vidas paralelas: Timoleón-Paulo Emilio. Pelópidas-Marcelo.**
1096. J. W. GOETHE: **Campaña de Francia y Cerco de Maguncia.** *
1097. JUAN A. DE ZUNZUNEGUI: **Las novelas de la quiebra **. Beatriz o La vida apasionada.** *
1098. W. M. THACKERAY: **El viudo Lovel.**
1099. FIDALGO DE ELVAS: **Expedición de Hernando de Soto a Florida.**
1100. PÍO BAROJA: **Las noches del Buen Retiro.** *
1101. RÓMULO GALLEGOS: **El forastero.** *

* Volumen extra.

Véase la lista completa, por orden de autores, en las últimas páginas del texto.

●

PIDANSE LOS FOLLETOS ESPECIALES DE LA COLECCION AUSTRAL, QUE SE ENVIAN GRATIS

S P A S A - C A L P E, S. A.
os Rosas 26 - Madrid

COLECCION AUSTRAL AU